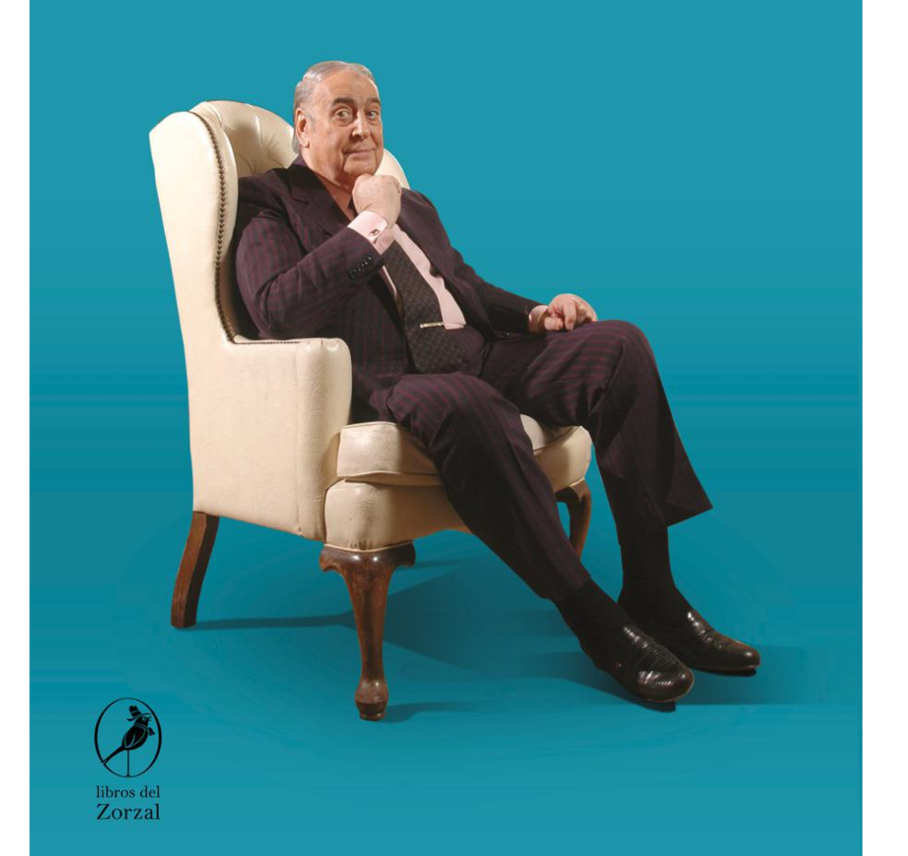
MeSamorfosis

Memorias de un artesano del humor

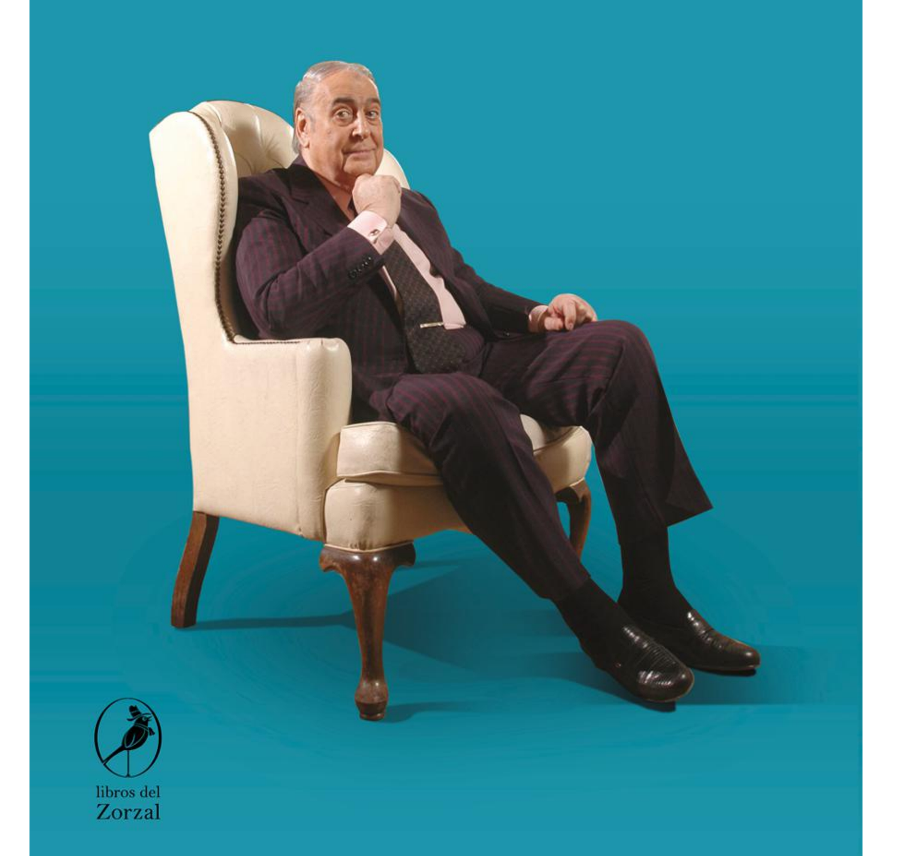
JUAN CARLOS MESA



MeSamorfosis

Memorias de un artesano del humor

JUAN CARLOS MESA



MeSamorfosis

Memorias de un artesano del humor

JUAN CARLOS MESA



libros del Zorzal

Juan Carlos Mesa

Mesamorfosis

Memorias de un artesano

del humor



libros del
Zorzal

▪

Mesa, Juan Carlos Mesamorfosis : memorias de un artesano del humor / Ju

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

© Libros del Zorzal, 2015

Buenos Aires, Argentina

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de este libro, escríbanos a: <info@delzorzal.com.ar>

También puede visitar nuestra página web:

<www.delzorzal.com>

Índice

A Edith,

mi novia, mi esposa, mi amiga,

la madre de mis hijos, la mujer de mi vida.

Un, dos, tres, ¡sketch!

He aquí el libro de alguien que durante sesenta años (o tal vez más) les dio letra brillante, vivaz, oportuna a voces ajenas y que hoy retoma y reordena palabras y recuerdos para referirse a sí mismo.

El autor de este libro encantador fue flaco y lungo. A los 84 años, cosas de la involución de las especies, algún que otro centímetro debe haber dejado en el camino, pero sigue grandote y es gordo. Fue el Flaco Mesa, así como en un determinado momento (nada de discriminación, estricta justicia visual) pasó a ser el Gordo Mesa. Y él, que tuvo hijos y plantó árboles, escribió un libro que lo representa y explica.

Criado en el argentino concepto de que las cosas hay que hacerlas aunque sea mal, hizo de todo y, desafiando el aserto, las hizo casi todas bien, en especial porque de cada una, aun de las fallidas, aprendió un poco. La prueba está en esta memoria de su tan extensa trayectoria. Se hizo de abajo, a chiste por minuto, convirtiendo en pan familiar los chascarrillos de cada día, a mil gags por hora. Laburante y remador, artesano y rimador, se formó humanamente en la vida provincial de mitad del siglo pasado y se moldeó profesionalmente en la radio inolvidable y única de los años cincuenta. Juan Carlos saca diez en esta prueba escrita singular, en la que revela que nada de lo vital y sensible le resulta ajeno, que fue capaz de ilustrar cada uno de sus pasos, privados y públicos, con una confesión, con una anécdota, con una broma.

El hijo de don Diego, dueño del almacén Casa Currito, heredó de él su prosapia refranera. El hijo de doña Deidamia incorporó a sus genes su función de "entretenedora". Y de los que lo trajeron al mundo, que mezclaban con sabiduría sus respectivas estirpes campesinas e inmigrantes, obtuvo un mundo gigantesco en gracias y práctico en recursos. Es lo que hoy lo lleva a decir: "Yo todo lo aprendí mirando".

El Loto (así lo llamaban de chico) exhibió su chapa de diferente

cuando los de su edad recitaban de memoria la formación de sus equipos de fútbol preferidos, y él, en cambio, recitaba a Rubén Darío y Almafuerte: “Era tan bueno escribiendo, que los sonetos me salían de doce versos”, ironiza. La primera vez que viajó de Córdoba a Buenos Aires era un preadolescente, y fue para recibir un galardón. En el concurso radial El Gauchito Mejoral había salido primero escribiendo un acróstico para su mamá, que leyó, en vivo, en el auditorio de lr3 Radio Belgrano. Antes de convertirse, micrófono mediante, en el despertador de los cordobeses, ganó otros concursos de poesía, escribió glosas y continuidades para numerosos programas, fue presentador de la orquesta típica del maestro Lorenzo Barbero y, en especial, afectuoso cómplice de su hermano nacido Edgardo pero apodado el Gringo. Junto a él o solo, allá en Córdoba cumplió con todos los escalafones del guionista y conductor radial, de la propaladora a la gala en algún estudio de la época de oro.

Y, como era natural y previsible, un día partió a Buenos Aires. En relación con este punto y con su trayectoria, sería desaconsejable y absolutamente imposible hacer una descripción en un prólogo. Fundamentalmente porque todo se cuenta en el libro. Pero, en síntesis, quien desde joven había sido compositor de letras de tango y de folclore escribió memorables ciclos de televisión y de radio; fue el autor de obras de teatro y guiones de cine y, como si fuera poco, también brilló como intérprete. ¿Con quién le habrá faltado trabajar a Mesa? Un día, alguien le dijo, como chanza: “A vos sólo te falta escribirle a Diego de la Vega, El Zorro, y al sargento García”. Y hasta eso se le dio, porque él fue el autor cuando un canal los contrató para hacer temporada en Argentina.

Persona con inclinaciones de alumno permanente, confiesa haber aprendido de Pepe Biondi y de Don Pelele, de Héctor Gagliardi y de Toto Maselli, de Luis Sandrini y de Luis Arata. Testigo de épocas nada sencillas aunque, en ciertos aspectos, más cándidas y previsibles, el libro es también una puesta al día de registros afectivos, de oportunos reconocimientos y de observaciones para quienes fueron y son sus amigos y referencias, los de la vida y los del trabajo. Ahora puede contar con gusto que dos de sus hijos y un nieto continúan su actividad. Y hablando de cercanías y lejanías, el Flaco Mesa fracasó en un intento comercial (un supermercadito en

Córdoba con un socio), pero el Gordo Mesa triunfó en el amor. El libro se lo dedica a Edith, socia en afecto continuo.

Una advertencia. En toda su larga parte final, Mesa nos depara una sorpresa mayúscula, pone en nuestro camino un artefacto explosivo que, como no nos mata, nos hace crecer. Es una ficción que le da título al libro, un imperdible alegato de actualidad que permite comprender ciertas cosas que nos pasan (e incluso que no nos pasan) y que, en ocasiones, nos hacen sentir muy solos. Un texto enjundioso que de imaginario no tiene nada.

Juan Carlos se vale de La metamorfosis, el cautivante y durísimo libro de Franz Kafka, que utiliza la metáfora de la espantosa transformación de un hombre en un escarabajo para condenar aspectos de la vida actual (el libro fue escrito y publicado entre 1912 y 1915). ¿Quién no se sintió un insecto ante alguna grave incomprensión fuerte e injusta? Desconozco —y tampoco se advierte con claridad en el libro— si Mesa sufrió alguna clase de degradación profesional, un ninguneo que lo hizo padecer. No sería algo extraño conociendo a los bueyes que aran su ambiente.

En su Mesamorfosis, cuenta lo que le sucede al autor de una tira televisiva llamada La familia unida. Por sugerencias de quienes lo atienden (sin ponerle atención alguna, en realidad) y para sobrevivir a las nuevas exigencias de la época, debe modificarle el título por La familia biodegradable, cambiar la naturaleza de sus personajes y disimular su identidad bajo el nombre de Gregorio Samsa, el mismo del desdichado protagonista del libro de Kafka.

En este caso, el infortunio es que nada de lo que el autor había conocido queda en pie. Poderosas productoras privadas deciden lo que antaño se resolvía en los canales; la figura del director artístico fue remplazada por la del gerente de contenidos y ya no queda un propietario al que se podía llegar con el solo filtro de una secretaria; ahora es atendido por un ceo desconocido e infranqueable. Mesa lo resuelve con gracia, y con ironía desafía la hostilidad generacional y la decisión de ignorar las jerarquías no arbitrarias, sino ganadas con justicia y con trayectoria. Debe ser por eso que, mientras lo leía, el libro también me hizo rodar alguna que otra lágrima.

Pero más que nada me arrancó muchas sonrisas. Y por eso pensé

que, cuando el libro apareciera, debería estar acompañado por un Juan Carlos Mesa para llevarse a la mesita de luz, que tenga la función de despertarnos, cada mañana, con un chiste distinto, de los miles que escribió en su vida. Yo lo compraría.

Carlos Ulanovsky

Hubo un día que quise ser otro. Y aquí lo cuento. Pero entre tanta, pero tanta gente que me ayudó a contarlo, están los que creyeron en mis ganas de ser siempre yo mismo. A ellos, mi profundo agradecimiento: Leopoldo Kulesz, Daniel Divinsky, Federico Juega Sicardi, Carlos Ulanovsky, José Narosky, Gustavo Yankelevich, Félix Garzón Maceda, Daniel Rodríguez, Pablo Rodríguez de la Torre, Arq. Gonzalo Vivián, Jorge Ignacio Vaillant, Fernando Marín, Carlos Montero, Héctor Maselli.

Travesuras de ayer y hoy

Lo único que me faltaba…

Tener un hijo, plantar un árbol, escribir un libro. He aquí un punto de partida. Escribir mi libro, el de la vida propia, es lo que me faltaba después de haber escrito, durante más de medio siglo, libros para vidas prestadas. Porque al hijo lo tuve cuatro veces, pero fue siempre uno distinto, claro; de haber sido el mismo, no creo que se hubiese animado a reincidir. El libro en cuestión no podía quedar como una asignatura pendiente, porque se iba a tratar de mis memorias y todavía quedaba tiempo para buscarle otro final. De todos modos, conocía de antemano su prólogo, con una dedicatoria a Edith —la mujer que amo— como una retribución, puesto que ella fue quien me dedicó en su momento los cuatro hijos con palabras mucho menos elegantes, pues los estaba pariendo. Con respecto al árbol, planté cierta vez una palmera en un patiecito de dos por dos y al fondo de un chalecito que teníamos en Mar del Plata. El del vivero me dijo que si bien algunas especies de las monocotiledóneas podían alcanzar hasta veinte metros de altura, la que me vendía era pigmea y no iba a sobrepasar los noventa centímetros. También recuerdo que me recomendó no comprar tierra negra, ya que por su característica tropical lo mejor era rodearla con un poco de granza que podía conseguir en cualquier corralón o cantera de la costa. Mi experiencia de plantar un árbol pudo haber sido causa de divorcio. Primero porque el tipo del corralón me preguntó por teléfono cuántos metros de granza quería, y yo, sin tener la menor idea, le dije: “Y qué sé yo…, serán tres metros, tres metros y medio…”. A la mañana siguiente mi mujer me despertó para urgirme que me quejara a la Municipalidad porque un camión volcador había tapado el porche y la vereda con piedras. Hasta ese momento, yo ignoraba que con tres metros y medio de granza se podían alfombrar los canteros de la plaza Colón. Paso por alto el descalabro que fue reducir las proporciones para rodear la palmera. Lo que no

pude pasar por alto, ni yo ni nadie, fue la palmera pigmea que, sin dar ni palmitos, ni dátiles, ni cocos, creció hasta casi diez metros asomando por sobre todos los tejados de la manzana. Cuando alguien preguntaba por dónde se iba a Playa Grande, o a Mogotes, la referencia era: “De la palmera aquella, para acá o para allá”. Mi primer árbol fue referencial como el obelisco, y los guías de turismo lo habían incluido en el circuito anunciando en los buses: “Esto que ven a la izquierda es el famoso chalet Los Troncos, y aquella palmera que asoma a la distancia es de la casa del Gordo Mesa”.

No obstante, el apotegma, aforismo o como se llame estaba cumplido a medias; esto es, planté el árbol, tuve el hijo, pero me faltaba el libro. Aquí está. Te lo presento, querido lector, porque mucho antes te conté mis ficciones; primero, como a un oyente, y luego, como a un televidente. Ahora pretendo atraparte como lector, pero ya no de ficciones, porque eso pertenece a la gloria de Borges. Para poder encontrarle un sentido a este correlato, voy a echar mano a uno de los tantos neologismos que le da entidad a una historia cuando no tiene pies ni cabeza: el flashback. Cualquier guionista que se precie justificará ir de atrás para adelante y de adelante para atrás con su relato a través del flashback. Y esto me permitirá encontrar el final, el de mi vuelta al trabajo cuando ya era tiempo de retirarme. No es mala idea: el flashback es una técnica que ya usaba mi abuela malagueña cuando mi abuelo se iba al cortijo para la cosecha de aceitunas, y ella, que se había enterado de lo de Penélope, le tejía de día una bufanda de lana y se la destejía a la noche para tornar a tejerla a la mañana siguiente.

Esto del tejido viene a cuento porque me lleva a los primeros años de la televisión en Córdoba. Hasta ese entonces, mi vieja tejía crochet mientras escuchaba por radio el teatro Palmolive del aire. Pero con la tele, que en un principio era experimental, mi madre tejía mirando la señal de ajuste. Para mi vieja era como seguir un molde de la revista Labores. En mi casa, el centro de mesa, la carpeta de la cómoda y los visillos de las ventanas estaban simétricamente tejidos al crochet con la figura de la señal de ajuste. Esa marca fue como un signo, un anticipo de lo que significaría para mí años después trabajar en esa fábrica de ilusiones.

La radio había dominado aquella década con las novelas y los

distintos programas que nos llegaban “en cadena” desde Buenos Aires. Del aparato Berna con seis válvulas, mi padre había pasado a una rca Víctor onda corta y larga que venía con ojo eléctrico. Aquello era todo un acontecimiento, no sólo para mi familia, sino también para algunos vecinos que solían decir: “Esta noche, cuando entre la cadena, vamos a ir a la casa de don Diego, que tiene radio con ojo eléctrico”.

Uno de aquellos programas elegidos era El Gauchito Mejoral, que conducía el periodista y escritor uruguayo Juan José de Soiza Reilly, aquel que se presentaba con su “arriba los corazones” y se despedía con su “pasó mi cuarto de hora”. Esto sucedía en 1948, cuando yo era un bisoño aprendiz de poeta y me sabía de memoria “Víctor Hugo y la tumba”, la oda de Rubén Darío, que recitaba en el gallinero de casa debajo de una higuera. Como la oda era larguísima, las gallinas se habían acostumbrado a acostarse tarde. Un anciano escritor, César Burell, se tomó el trabajo de leer y corregir mis primeros intentos; renegaba del ripio, amaba las formas, y me regaló una preceptiva literaria que leí cuidadosamente y, a poco de hacerlo, aprendí a distinguir silvas, liras, estancias, redondillas, espinelas, a la vez que declamaba los sonetos medicinales de Almafuerte hasta que mamá me prohibió hacerlo en el fondo de casa porque las gallinas habían dejado de poner. Pero ese despertar mío a la poesía me dio coraje para intervenir en un concurso literario de aquel programa de Mejoral, denominado “Carta a mi madre”, cuyo premio era tentador: un viaje a Buenos Aires para el premiado y su madre. Ni yo ni mi vieja conocíamos Buenos Aires. Escribí un acróstico con la secreta esperanza de ganarme el viaje. Y se me dio. Al enviar mis datos y las referencias de mi reducida familia, la compañía Sidney Ross, promotora comercial del ciclo, extendió la invitación para que también viajaran mi papá y mi hermano. Nos embarcamos los cuatro en el Rayo de Sol y, para que nos reconocieran, al revés de lo que habitualmente sucede (cuando uno llega a otro país, en general lo están esperando con un cartel que dice “familia tal”, o “señor tal”), tuvimos que pasearnos por Retiro con unos almanaques de Mejoral; supongo que muchos deben haber pensado que vendíamos analgésicos en el andén. Nos identificó Carlitos Renna, quien por entonces era el productor de la firma y nos llevó al hotel Mundial de la Avenida de Mayo. Fue una semana inolvidable. Nos hicieron

conocer los lugares emblemáticos de la ciudad, el Obelisco, el Puerto, el Congreso, la calle Corrientes, donde presenciamos en el Presidente Alvear una pieza teatral que era el éxito del momento: El otro yo de Marcela, con Delia Garcés, Mariano Mores, Blackie y un formidable elenco. Qué lejos estaba de imaginar ese flaco, que estaba sentado debajo de un jopo, que muchos años después iba a conocer personalmente a Blackie y hasta producir un programa con ella (No hay más localidades), y que iba a escribirle una comedia a Juan Carlos Thorry, singulares coprotagonistas de aquella luminosa noche.

Finalmente llegó el momento de leer mi acróstico premiado. Me presentó De Soiza Reilly en el salón teatro auditórium de lr3 radio Belgrano, Ayacucho y Posadas. Se me doblaban las rodillas, recitaría mis versos en un programa que "salía en cadena" por todo el país. Soiza le permitió saludar a mi vieja ("las madres sólo sabemos llorar de alegría", dijo), y yo subrayaba sus palabras con unos pocos versos: "Córdoba mía, cuánto te quiero, / le pido al cielo tu bendición… / de aquí, de lejos, desde muy lejos, / te tira un beso mi corazón". Pero cuando todo terminó, la frutilla de la torta la puso mi vieja. Nos sirvieron un cóctel, y un directivo de Mejoral le preguntó: "¿Y usted, señora, cómo se siente?". A lo que mi vieja respondió: "Ay, yo he tenido tantos nervios...", y volviéndose a mi padre le dijo: "Diego, ¿no tenés un Geniol?". Fue como pedir una Pepsi en la fiesta de Coca Cola, de modo que me escurrí entre la gente y, de no haber sido tan lungo, me hubiera metido debajo del piano de cola.

A juventud ociosa, vejez trabajosa

Nací en Alta Córdoba. Mi barrio por adopción fue mucho después Barrio Observatorio; mi inolvidable barrio del Alto, donde el viejo construyó su casa (Pasaje Rector 866; hoy, Achával Rodríguez), el barrio de mis primeros sueños, de mis primeros versos, de mi primera novia. El barrio del Centro de Fomento, de la panadería Vílchez donde trabajé. El barrio donde sentí mi primera inclinación

por escribir. Esa inclinación me recorría desde las cervicales hasta el coxis. Ergo, la mía fue una cuestión de mala postura. Era bueno en lenguaje pero malo en matemáticas, los sonetos me salían de doce versos. La radio de mi provincia me tomó una prueba como locutor. Una prueba de aquellas era como un casting de ahora, que quiere decir lo mismo pero en inglés tiene otro estatus. Recuerdo que debía pasar una tanda de avisos con un profesional del micrófono y noté que al leer se doblaba una oreja para escucharse, de modo que cuando me tocó el turno, hice lo propio. El tipo me fulminó con la mirada…: "¿Qué hace?", me preguntó. "Doblo la oreja para escucharme", dije. "Bueno, ¡pero dóblese la suya!".

Don Diego —mi viejo—, en cuyo almacén de ramos generales yo había nacido y en cuya balanza Berkel de dos platos había sido pesado, me señaló con el lápiz y me dijo en su andaluz básico: "¡A ve, tú, niño, cuándo te dejas de pamplinas y haces argo úti!". A lo que Deidamia —mi vieja— agregó en su cordobés básico: "Tiene que buscarse un conchabo". De ahí en más probé todas las suertes. Fui cadete, pero no del Liceo Militar, si no de una casa que vendía máquinas para llenar sifones. Para no quedar como un infradotado, dije que sabía andar en bicicleta, y a la semana le pregunté al gerente si la bicicleta era de las nuevas que se doblaban por la mitad. Me dijo que no, y entonces le pedí que se asegurara, porque a mí se me había doblado contra una columna. Me dieron a elegir, o me iba por mis medios o me sacaban con la basura. Recalé en una semillería recomendado por mi viejo, y en la primera misión tuve que bajar al depósito y llenar un tacho de veinte litros con agricol, un combustible para la propulsión de los tractores. Advertí que el tacho, contenido en un esqueleto de madera, no tenía orificio, por lo que lo abrí ignorando que estaba al revés y tenía la salida del otro lado. Una estiba de seis metros de alto con doscientas bolsas de semilla de lechuga se impregnó en la base con el líquido derramado, y la lechuga que se cultivó ese año tenía un delicado sabor a petróleo refinado, en tanto mi viejo, cuando pasaba por la cuadra de la semillería, se cruzaba de vereda.

Todas estas historias, debo aclararlo, son rigurosamente ciertas aunque ligeramente salpimentadas. Para no ser irrespetuoso con el idioma que por ser español viene de mis mayores, he omitido los exabruptos que me correspondieron en cada caso y que también

venían de ellos. Mi madre Deidamia a veces me excusaba diciendo que estaba en la edad del pavo, y mi padre agregaba “que tenía mucha guasa no echarme guindas, y que mala puñalá te peguen” y otros etcéteras menos educados. Por los años cuarenta era adolescente. El adolescente adolece, que no es poco, de un mal que es congénito, literalmente connatural, nacido con él mismo. De ahí que pese a la voluntad que ponía me costara tanto ser menos estúpido. Mi hermano Edgardo —el Gringo, porque era pecoso— tenía (y el muy desgraciado sigue teniendo) siete años menos que yo, y se cuidaba de copiarse de mis torpezas, salvo cuando se casó con la hermana de mi mujer con el pretexto de tener una sola suegra. Sin embargo, el Gringo desde chico tuvo mejores oportunidades, porque entró como yo de cadete y repartía café, pero a él le dieron un triciclo. A mi hermano le salían las cosas naturalmente; si tenía un diente flojo, se le caía solo. Yo en cambio lo ataba a un cordel y el otro extremo lo anudaba en el picaporte de una puerta; esperaba media hora hasta enterarme de que la puerta abría hacia donde yo estaba aguardando.

Flaco y lungo como era, me costaba olvidar la timidez en casa... Iba al cine y para dejar ver a los de atrás me sentaba en la última fila del pullman, pero entonces no dejaba ver a los de adelante porque tapaba el agujerito de la cabina. Fue cuando tomé la decisión de aprender un oficio.

En aquellos años no había como ahora libros de autoayuda, que le han permitido a tanta gente ser virtuosa, de modo que para lograr mi objetivo me compré Mecánica Popular. Mi viejo tenía un Rugby modelo 1930 descapotable donde solía llevar y traer mercadería. Era un pequeño lujo de los domingos soleados tirar la capota hacia atrás y pasear como duques por Alta Córdoba, nuestro barrio, desde Sucre y Antonio del Viso, donde estaba Casa Currito, frente al Corazón de María. Casa Currito era el almacén del viejo. Un domingo lo escuché despotricar porque se había trabado el engranaje de la capota. No lo pensé dos veces. Era la ocasión para quedar como un héroe. Me llevé calladamente su caja de herramientas y siguiendo las instrucciones de Mecánica Popular desarmé el varillaje trasero. La capota se abrió lentamente como la flor de la avenida Figueroa Alcorta. “Lo ha hecho el Loto”, decía radiante mamá (el Loto era yo, siempre fue mi apodo). Y agregaba:

“¿Ahora qué vas a decir de tu hijo?”. Lo que pudo decir mi viejo de mí durante dos semanas fue excesivamente escatológico, porque la capota abrió pero no hubo poder de Dios que la cerrara, ni con la dínamo, ni a mano, ni a patadas. Durante quince días llovió catorce veces y mi viejo tuvo que llevar los pedidos tapados con la lona del toldo mientras manejaba sosteniendo con una mano el volante y con la otra el paraguas.

Casa Currito cerró, porque en aquellos años comenzó la crisis que permaneció durante tantas décadas. El viejo, alma de comerciante, entró como habilitado en un gran almacén del centro; mi hermano empezó a estudiar en el Colegio Monserrat, y yo, a sentir la culpa de ser la oveja negra de la casa. Pero como buen taurino, no desistí en la búsqueda de aprender un oficio. Un aviso de la revista El Tony me sedujo. Decía: “Sea técnico relojero en sólo tres meses”. Mi madre, cuándo no ella, me habilitó con unos pesos para la inscripción, y a vuelta de correo recibí por encomienda un manual y un juego de diminutas herramientas (coronas, piñones, áncoras y hasta un monóculo de relojero). Este último elemento fue relevante para mi curso a distancia. Era como una patente, una cualificación para que mis vecinos dejaran de murmurar “ese muchacho es un vago”. Me ofrecía la oportunidad de darme un aire con el petiso de enfrente que estaba en primer año de Medicina y andaba todo el día con el estetoscopio al cuello. Cuando me enteraba de que iban a venir mis primas a visitarnos, las esperaba en la puerta de calle, engominado y con el monóculo puesto. Mamá me contó que la señora de al lado le había preguntado qué me había pasado en el ojo, y la vieja orgullosamente le contestó que estaba estudiando para técnico en relojería. Ese fue el principio del fin, porque don Berto, el marido de mi vecina, tenía un Kaiser Bergantín de taxi, y al enterarse, me pidió que le revisara el reloj, ya que no le caía la ficha cada dos cuadras. El manual no incluía relojes de taxis, pero consideré que se me presentaba una gran ocasión para ganarme la simpatía de la Pirucha, su hija, a la que —en términos actuales— yo intentaba tirarle los galgos. Ayudado por una portátil que me facilitó don Berto, procedí a desconectar la tripa y desmontar la manivela que hacía girar la banderita de “libre” y “ocupado”. Pero al aflojarse la carcasa temí por mi vida y volví a poner todo como estaba. Eso sí, cuando don Berto me preguntó “¿qué te debo?”, le dije: “No, faltaba más”, y miré hacia la Pirucha sin mover un solo

músculo de la cara para que no se me cayera el monóculo. No creo necesario abundar en mayores precisiones para justificar la interrupción abrupta del curso. Sólo fueron dos mis actos fallidos. El reloj de la Selva Negra que le había regalado la salchichera Fráncfort al viejo en tiempos del almacén quedó colgado como un adorno en la pared del living, porque después de mi arreglo la puertita no se abrió más, el cucú cantaba desde adentro y nadie se enteraba si estaba ahí o se había mudado. Y en cuanto al Kaiser Bergantín, don Berto lo usó dos meses contando las cuadras en voz alta porque no le caía una ficha ni agarrando un bache.

La cajita de música

Tuve dos incursiones en sendos programas infantiles, El Viejo Noé y Gorjeos, audición tradicional de la señora Catalina Bottiglieri de Viso (doña Tremebunda), donde solía cantar y tocar el piano el Pocho Yanacone (Roberto Yanés) y donde mamá me llevaba a recitar mis versos de pantalón corto y un guardapolvo escolar que alargaba su ruedo de segundo a sexto grado al ritmo del pedal de la Singer. En aquella, mi radio del Pasaje Muñoz (lw1), me puse los pantalones largos y empecé a merodear por su control estudio y discoteca. A fuerza de husmear por los rincones me gané la confianza de su cálida gente, y un día empecé a escribir glosas de programas. Así llegué a convertirme en el editor irresponsable de un pequeño house-organ que se repartía por las oficinas mañana y tarde (al estilo de los periódicos rusos El Izvestia y El Prawda) para destacar, como una suerte de coplero, hechos destacables de nuestra radio-pasillo. A un apreciado locutor que lucía permanentemente un chambergo gardeliano, El Izvestia le apuntaba: “El frío también se impone en nuestra línea, Sigfrido, y ya nos tiene podridos el sombrero de Barone”. Cuando se trataba de alguna denuncia, los había escatológicos; si faltaba luz en el baño de personal, El Prawda señalaba: “Porque yo a usted le aseguro, querido señor gerente, que el culo no tiene lentes para cagar al oscuro”.

Fue por aquel tiempo que le acerqué un cuaderno con mis glosas

(por cierto, no de esta irreverente factura) a un destacado músico director, Lorenzo Barbero, que los fines de semana viajaba con su orquesta a Buenos Aires y se presentaba en los Domingos extraordinarios de Jabón Federal, por radio Belgrano. Barbero tenía un programa donde decía sus versos Héctor Gagliardi; tuve ocasión de frecuentarlo, admirador como fui y soy de aquellas pinceladas suyas, como los libros Puñado de emociones o Versos de mi ciudad. Cuando Barbero leyó mis apuntes, me invitó a ser el glosista de su típica. Pude recorrer en sus giras buena parte de mi provincia; escribí con él dos tangos (Serranita y Lluvia en el campo) grabados con su orquesta en el sello Pampa. En uno de sus multitudinarios carnavales en Redes Cordobesas, estaba presentando su espectáculo de luz negra, en el que quedaba todo el club a oscuras, y luego de una de mis glosas patrióticas, caía desde el techo del escenario una bandera con una imponente fosforescencia celeste y blanca mientras la orquesta iluminada con el mismo efecto atacaba con los acordes de la Marcha de San Lorenzo. No terminé de decir lo mío ("¡Suenen ya las clarinadas / a su augusta dignidad, / que aquí viene, alta la frente, / vistiendo el blanco y celeste / pendón de la libertad!"), cuando vimos caer un bulto envuelto en el lienzo que fue a estrellarse con un desparramo de botellas y vasos contra una de las mesas frente al escenario. ¿Qué había sucedido? El encargado de desplegar la bandera en medio de la penumbra, exigida para dar relieve a las imágenes, dio un paso en falso y se vino envuelto desde arriba del escenario con bandera y todo. Luego de los primeros segundos de sorpresa, la viejita que ocupaba la mesa desarmada se miró con las hijas y sin entender nada dijo con susto: "¿Esto será por lo del Negro Falucho?".

Mi experiencia como glosista de aquella orquesta me animó a decir mis versos en un concert de los años cuarenta (L'Aiglon Blue), un subsuelo frecuentado por las figuras que venían de Capital para actuar en la Confitería Del Plata o en el Teatro Comedia. Precisamente en esa sala hizo una temporada Carmen Amaya, la prestigiosa cultora del arte flamenco. Fui a una de sus funciones y mi sangre andaluza me subió por todas partes. La noche de su despedida, me llegó la noticia de que Carmen iba a visitar el concert donde yo recitaba mis versos. En una servilleta del bar de arriba le escribí un saludo que luego leí en su presencia y que finalizaba diciendo: "Yo no tengo otra cosa más que darte que mi verso

sincero, / y no tengo otra cosa que tirarte que mi viejo sombrero, / y si lo pides tú, Carmen Amaya, mi corazón te tiro, / ¡anda, llévatelo, y dile a tu España, me lo dio un argentino!”. Un recuerdo que guardo con la más genuina emoción fue el momento en que la vi incorporarse, subirse a la tarima y estrecharme. Morena, diminuta, gitana, ahí estaba ella diciéndome gracias como por soleares o por peteneras. Es uno de los abrazos que se quedó apretando para siempre mi corazón.

Fue también en ese reducto donde escribí con su pianista, Carmelo Taormina, una canción que titulé Crucecita, y cuando la conoció el famoso tenor Alfonso Ortiz Tirado, nos la estrenó en la confitería de don Egidio Belloni. En este punto regresaré a mi infancia para contar sobre mis veranos y el receso escolar. Si yo mejoraba el promedio en Aritmética, el premio era ir de vacaciones a Río Segundo, y ese viaje de apenas 36 kilómetros me iba descubriendo desde la ventanilla del micro todos los paisajes del mundo. Las dos primeras escalas, Ferreira y Toledo, eran para mi geografía como Europa y Asia. Amaba esa casona de pueblo en una esquina donde mi tío José, que era herrero de forja, exhibía el fruto de su trabajo más artesanal, el sulky. Por las tardes mi prima veinteañera tocaba estudios de Chopin en un piano vertical, y a la hora del crepúsculo la cosa era sentarse en el veredón acodados en el respaldo de las sillas. Cuando doblaba la esquina el del camión regador, su gesto de cortesía era bajar el bigote de agua para no mojar a la familia. Llegada la noche, escuchábamos a Jorge Lanza en el radioteatro de Roberto Valenti. Las noches eran tan silenciosas que metían miedo. Nada ni nadie osaba romper ese silencio, salvo las ranas, salvo los grillos, salvo mi travesura de aquella vez...

Sucedió que mi tía María tenía una caja de música de la Belle Époque, una suerte de bibelot con dos figuras de porcelana, una vaporosa bailarina y un aguerrido príncipe reverenciándola. Para intentar verlos en movimiento no tuve mejor idea que darle toda la cuerda, pero aparentemente el mecanismo estaba atascado vaya a saber desde cuándo. Mis tíos habían trabajado duramente en sus quehaceres durante toda la jornada, mis primos habían vuelto planchados después del baile y todo el mundo dormía a pierna suelta aquel domingo. Nunca supe por qué misterioso accidente el mecanismo de la caja de música se disparó a las cuatro de la

mañana, y toda la casona fue invadida por la suite Cascanueces de Tchaikovsky. En aquellos años, para economizar energía, la usina cortaba la luz después de las tres, hora en que terminaba el baile. Por mucho tiempo no se me borraron aquellas imágenes a la luz de la vela que sostenía mi tía por detrás de mi tío en calzoncillos llevando la caja de la sala al comedor, con las sombras de los bailarines, que girando se proyectaban por las paredes; con Tchaikovski, que se detenía para arrancar de nuevo; con mi tío insultando: "¡¿Cómo carajo se para esto, ese mocoso de mierda mañana se vuelve a Córdoba?!". Fue un concierto que desveló a mis anfitriones por todo el tiempo que duró la cuerda, con un iracundo tío que quería interrumpir el Cascanueces metiendo la caja en el balde del aljibe y una tía que amenazaba: "Si la llegás a romper, me voy a Córdoba con tu sobrino", mientras yo, el apabullado sobrino, temblaba blando debajo de las cobijas por miedo a que mi tío me doblara como una herradura. Pero qué hermoso… Si Proust vio las cosas entrañables de su pueblo dentro de una taza de té, yo hoy puedo evocar el de mis tíos metido en una cajita de música.

La resignación de mis padres

Mi hermano Edgardo vivía una infancia muy independiente de la mía, era muy menor, pero nos unieron hasta el presente fuertes lazos de cariño. Cuando avance con el relato, el lector sabrá de nuestras aventuras y desventuras al recorrer juntos la provincia. Pero por aquellos años cuarenta la única diversión posible en el barrio se producía con la llegada al baldío de un circo. En el Tony Tachuela (nuestro Sarrasani de bolsillo), la grada costaba diez centavos, y la platea, cincuenta, pero había que llevar la silla. Semanalmente cambiaban la obrita de cartel… Unas veces era Flor de durazno; otras, El rosal de las ruinas, y casi siempre, Juan Moreira, con el pericón de fin de fiesta por toda la compañía. A esa verdadera gala fuimos con los viejos y las sillas. Toda la primera parte transcurrió en el clima festivo del payaso y el Tony Tachuela, hasta que en la media pista de aserrín que concedía la platea, un domador enfundado en una gastada chaqueta con alamares

presentó la atracción de la noche: un oso boxeador. No debía llegar al metro y medio desde el hocico hasta la cola, pero visto desde nuestra perspectiva era como el gorila del Empire State. El domador anunció con voz engolada que si alguien del público se atrevía a enfrentar en un round al oso, la empresa lo premiaría con quince pesos. Para que se tenga una idea cabal de lo tentador del premio, debo decir que mi viejo laburaba como un descosido para ganar 150 pesos mensuales. Mamá suspiró y le dijo por lo bajo: "Es el diez por ciento de tu sueldo, Diego". Acicateado por esa doméstica revelación, la segunda vez que el domador preguntó si había alguien capaz de boxear con el oso, yo, sin que mi viejo lo notara, lo señalé desde atrás. El domador no demoró un segundo en acercarse y, apuntando con el dedo a mi padre, sin dejar su tono engolado, proclamó: "¡Señoras y señores, aquí hay un valiente!". Mi viejo la miró a mamá desconcertado: "¿Qué dice el tío este?". Mamá se encogió de hombros y aclaró con susto: "Yo no fui", y el Gringo, mi hermano, oficiando de correveidile, aclaró: "¡Fue el Loto!". A todo esto, el público comenzaba a hacer pan francés con las palmas; mamá le decía a papá: "Te aplauden a vos, Diego, saludá"; y mi viejo, con los mofletes súbitamente enrojecidos, le respondía iracundo: "¡¿Por qué coño voy a saludar?! ¡¿Tú crees que voy a salir yo a peleá con un oso porque a este puñetero se le ocurra?! ¡A casa!". Y allá salimos los cuatro entre los silbidos de la concurrencia, llevando cada uno su silla. Conservé la mía para defenderme del cinturón de mi viejo, que me corrió por el patio. Me acorralaba y bufaba, por momentos sentía que no era mi viejo, que era el oso, y yo el domador. Pero todo aquello no pasaba de una reacción que rara vez se convertía en paliza. Generalmente papá imponía el orden sin recurrir a la violencia doméstica. Cuando discutíamos en la mesa por cualquier motivo fútil, se limitaba a poner fin al entredicho con una frase lapidaria: "¡A comer y a callar!".

Don Juan Vílchez, dueño de la panadería del barrio, abastecía no sólo a las casas del Observatorio, sino también a otros sectores vecinos, como Pueblo Güemes y Bella Vista. Los encargados de esa tarea eran sus hijos, y habiéndole tocado cumplir con su servicio militar a uno de ellos, me ofrecieron reemplazarlo durante aquel año (1946). Hubo un día, hacia fines de noviembre, en que até mi caballo (llamado Muchacho) a la jardinera y luego de descargar en

ella las tipas llenas de pan crujiente, salí a paso de trote tomando un rumbo inesperado: me fui al centro porque ese mediodía le hacían su funeral a don Manuel de Falla, el eminente músico andaluz, que había fallecido el día anterior en Alta Gracia, donde estuvo varios años exiliado. Era mi intención estar cerca de aquella ceremonia porque mis ancestros eran tan andaluces y republicanos como el célebre autor de la Danza ritual del fuego. Presencié desde las escalinatas de la Catedral la salida del oficio, y cuando me di cuenta de que ya era el mediodía, corrí a buscar mi carruaje, pero no reparé en que todo el tránsito en cinco cuadras a la redonda estaba totalmente cerrado, no se podía entrar ni salir. Ergo, ese día dejé a mis clientes de tres barrios sin el pan nuestro de cada día, pero sentí la satisfacción de haber asistido a las exequias de un prócer de la música española, y por esa acción estaba librado del mal, amén.

Otro momento de ese reemplazo como panadero fue de una inusitada elegancia. Un domingo tuve que glosar la presentación de una orquesta en el Centro de Fomento del barrio. Me había puesto las mejores galas y cuando me disponía a salir, el viejo sentenció: “Tú, a las tres de la mañana en casa”. Discutir esa orden hubiera sido del todo inútil, papá consideraba que primero estaba mi trabajo en la panadería y punto. Cuando se hicieron las tres y monedas, corrí las casi cuatro cuadras que había desde el club a mi casa del pasaje. Me había pasado apenas veinte minutos de las tres. Intenté meter el brazo por la ventanita de la puerta para sacar el pestillo, pero a la ventanita la habían cerrado. Moví el picaporte pensando que la puerta estaba sin llave. Pero estaba con llave. Fui hasta la ventana del dormitorio que daba a la calle y con una moneda le di unos golpecitos a la celosía. Desde adentro la voz del viejo preguntó secamente: “¿Qué hora es?”. “Las tres y veinte...”, respondí. Y el viejo decretó: “¡Pues a trabajar, porque aquí no entras!”. Ensayar una defensa de mi parte hubiera servido sólo para despertar a los vecinos. De modo que creo que por primera y única vez en la historia de la panadería hice el reparto bajando y subiendo los canastos de la jardinera con cuello duro, moñito y un clavel en la solapa.

El año 1950 fue el del Libertador, en el centenario de su muerte. Participé de unos juegos florales dedicados a honrar su memoria y

me anoté en dos categorías: Romance y Soneto. Gané en ambas con el Romance del pequeño francés Jean y con el Soneto a la mano derecha del general San Martín. Este soneto, además de ser distinguido con el Premio Municipalidad de Córdoba, se exhibe en la histórica casa de 113 Grande Rue, Boulogne Sur Mer, Francia, gracias al generoso ofrecimiento de quien fue su curador, el suboficial principal Luis Eduardo Montangie. Lo transcribo:

¿No le visteis ayer? Fue una matrona

de airoso brío y definido trazo

y a poco de luchar tibio regazo

pudo encontrar en ella la tizona.

Sin ser dueña cabal de su persona,

predicó libertad a corto plazo

y arremetió al empuje de ese brazo

que no le conoció jamás temblona.

¿No le visteis ayer? Miradla entonces

al través de cien años dirigida

por quien supo inspirarla en la victoria.

Ora trocada en mármoles y bronces,

vedla orgullosa de morir tendida

¡con el índice puesto hacia la gloria!

Con una probada resignación, mis padres fueron aceptando de a poco que tanto yo como mi hermano buscáramos ganarnos la vida haciendo lo que más nos gustaba: trabajar en una radio. Cada uno de nosotros en un área diferente; mi hermano, en el informativo que por entonces tenía como jefe al recordado Sergio Villarruel, y yo, guionando las continuidades de las diferentes figuras que llegaban de Buenos Aires. En un estudio de aquella querida emisora, el flaco Orlando Ariaudo, pianista, arreglador y amigo, me enseñó el tono y el dominante en la guitarra.

Me hice rápidamente amigo de José Canet, autor de Los cosos del al lao, La abandoné y no sabía, Tarde y tantos otros éxitos. Me encantaba compartir su bohemia; lo acompañaba al Abasto, donde su amigo Fulería le regalaba una bolsa de pimientos. Caminábamos la noche de mis barrios y solía pararse en el medio de una calle a decirle versos a la luna: “Ay, lunita de albayalde, lunita de blanca tiza, en tu pocito de balde yo he lavado mi camisa”.

Los colimbas se divierten

Pero todo ese tiempo de holganza acabó cuando me tocó la colimba. Yo contaba con que no me diera “el piné”, pero se ve que sumaron mal o les dio cosa verme tan escuálido; el asunto es que me incorporaron como soldado a los servicios del comando de la Cuarta División. Debo decir que uno de los servicios era formar parte del Escuadrón Escolta del comandante, para lo cual era imprescindible saber andar a caballo. Por una cuestión de orgullo, se me ocurrió afirmar que era buen jinete, tal vez por el grado de familiaridad que había conseguido con Muchacho, mi caballo de la panadería. Nada que ver. Aquí era cosa de montar animales de desfile que caminaban de lado, había que llevar la brida con el puño a la altura del segundo botón de la chaqueta, el codo perpendicular con el otro puño donde se sostenía la lanza, y el mentón recogido. El primer día de franco no quise decir nada en casa, pero intenté ensayar la postura en cuanta ocasión se me

presentara de estar sentado. Durante el almuerzo, mi vieja me miraba desconcertada porque yo practicaba usando la silla a guisa de montura remedando con disimulo el paso de trote. La vieja me recriminaba: “¡Te vas a tirar esa sopa encima!”; y el viejo agregaba: “¿Qué coño quiere jasé este mala sombra con la cuchara?”. En el baño me ayudaba el espejo. Me costaba horrores afeitarme con el mentón recogido. Mucho peor era el momento de la micción en el inodoro tratando de llevar el puño a la altura del segundo botón de la bragueta. De más está decir que el lunes, cuando me presenté a diana, le hice saber al sargento que no me veía con aptitudes para ser escolta lancero. Me preguntó entonces cómo me veía para los timbales en la fanfarria. Como siempre tuve una tendencia por el absurdo, me imaginé con susto montado sin lanza pero con un timbal a cada lado, no se me pasó preguntar si había modo de tocar los timbales a pie y pienso que de haberlo preguntado me hubieran mandado dos años a la Marina, de modo que desistí totalmente de ser un montado. El tiempo después le dio la razón a mis aprensiones, porque en un trance similar un músico amigo que tocaba muy bien la trompeta pero no tenía la menor idea de andar a caballo se sumó a la fanfarria y con los saltos del trote se metía la boquilla en el ojo, en la frente, en el maxilar, total que se pasó dos meses soplando sin poder mantener un do sostenido.

Mi experiencia como soldado tuvo igualmente algunas zozobras. Por aquellos años, los colimbas uniformados podían viajar parados en la plataforma delantera del tranvía, detrás del mótorman, sin pagar boleto. Esa suerte de privilegio me creó un inesperado problema el día que crucé el puente de la 24 en tranvía y una ráfaga de viento me voló la gorra. Angustiado, vi cómo aterrizaba en el cauce del Río Primero, y cuando conseguí descolgarme de la plataforma, me di cuenta de que para rescatarla iba a tener que correr por toda la provincia. De lo que no pude salvarme fue de correr haciendo cuerpo a tierra por todo el cuartel, donde además me pusieron una gorra a cargo. Cuando me tocaba hacer imaginaria de noche en la cuadra donde todos dormían, me acercaba a la escalera del detal donde el principal solía matear escuchando en su radio portátil las Alegres fiestas gauchas de jabón El Gaucho, con el conjunto de Carlos Montbrun Ocampo. Ese injustamente olvidado autor y compositor de las mejores cuecas y valses de nuestro folclore (Las dos puntas, A unos ojos y tantas otras) me llegaba al

alma al punto de que me sabía (y me sé) todo su repertorio de memoria. El destino quiso que muchos años después lo conociera y le escribiera las glosas para una visita que hizo a nuestra radio. Don Carlos Montbrun, a quien visité también en su peña Mi Refugio de Mendoza, despertó en mí la inquietud de componer temas de espíritu cuyano, y así nació mi primera Cueca pa doña Pepa, grabada en aquellos años por un sinnúmero de solistas y conjuntos (Julia Vidal, Antonio Tormo, Las Hermanas Berón, Los Cantores del Alba, Sánchez Monges Ayala, Las Voces del Guaira y muchos otros). Fue mi pasaporte al folclore, donde incursioné con temas que llevaron al disco Los Fronterizos, Horacio Guaraní, Ramona Galarza, Antonio Tarragó Ros, el Cholo Aguirre, Los Andariegos, Las Voces Blancas, por citar algunos. En un principio, yo pensé que al hacer la conscripción iba a integrar el grupo de los soldados acomodados, pues la idea era que después del primer mes de instrucción cumpliría con un horario en las oficinas del comando, de modo que a la una de la tarde pudiésemos irnos de franco hasta la mañana siguiente, en que retornaríamos a las oficinas del centro. Eso ocurrió durante muy pocos días, porque el jefe de Estado Mayor dispuso que a partir de esa clase, los soldados de los servicios de comando, luego de cumplir las tareas de oficina, tenían que abordar un micro y regresar al cuartel. O sea que hasta como colimba tuve que hacer dos laburos.

No tardó en conocerse que ese flaco lungo que por estatura iba en la primera fila del pelotón era el mismo que en la vida civil había escrito un par de tangos para la orquesta de la argentinidad. El hecho se hizo público y notorio en una formación cuando el teniente preguntó destemplado: “¿Quién es el soldadito Lluvia en el Campo?” (título de uno de mis temas). Di un paso al frente y, por haber pedido un franco para un baile, me metí en otro, porque quedé privado de salida y bailando en el cuartel. Como se acercaba el Día del Soldado, me ofrecí al capitán jefe de la Agrupación para conducir la fiesta y aportar algunos números artísticos. Ambas cosas me fueron concedidas, y el Día del Soldado presenté no sólo esa fiesta en el teatro Rivera Indarte, sino varios espectáculos sucesivos en el mismo cuartel, desfilando por mi intermediación figuras como Martha de los Ríos, con Waldo de los Ríos al piano, el Príncipe Kalender, Ubaldo Martínez, y muchos más. El soldado Ronaldo de Juan, que años después triunfó en París como un notable exponente

de las artes plásticas, decoró las paredes del comedor de tropa con un mural del cruce de los Andes. Debo reconocer que todo aquello me eximió del lampazo por algún tiempo, pero no de la obligación de oficina y cuartel, donde hubo tardes en que me quedé sin llevar la ropa lavada a la formación por escuchar el fragmento de Ámame, Alfredo (La Traviata, de Verdi) que ensayaba la fanfarria vecina del Cuatro de Artillería. Inolvidable mi tardía aparición aquella vez que me distraje más de la cuenta y aparecí corriendo con la bolsa de ropa lavada al hombro, todo el escuadrón formado, y el principal vociferando: "¡Quiero que hagan vista derecha para ver al calandraca del soldadito Lluvia en el Campo que recién llega a formar!". También inolvidable ver al propio principal haciendo cuerpo a tierra en la enorme galería para indicarme en qué posición tenía que rasquetear los baldosones de un extremo al otro.

Luego de algunos meses salí en la primera baja, y por más de treinta años he viajado a Córdoba a reencontrarme con mis compañeros de colimba para evocar anécdotas, reunidos en generosas comilonas. En una de las últimas, el que ofreció el brindis dijo: "¡Hoy quiero agradecer en nombre de todos a Juan Carlos Mesa, el soldadito Lluvia en el Campo, que cada vez que le hacen una nota en alguna revista y confiesa su edad dice tener dos o tres años menos y automáticamente hace bajar en igual medida la edad de toda nuestra clase del treinta!". Pero ahí está mi tiempo cierto de colimba, en la desvencijada libreta de enrolamiento donde se consigna que fui soldado instruido, y con la que sin falsos patrioterismos memoro mi jura de la bandera en la plaza de Alta Córdoba, marcando el paso con la Marcha de San Lorenzo, con mi viejo entre la gente aplaudiendo y la vieja al lado diciendo como para ser escuchada: "El grandote que va en la primera fila es mi hijo".

Humor redondo

Muchas veces me han preguntado dónde aprendí el oficio de hacer reír. Yo todo lo aprendí mirando. Mirando aprendí a jugar al

ajedrez, a manejar, a rasguear una chacarera y a descubrir las aristas risueñas de la vida. Por cierto que antes de todo eso recibí un don del Dios en el que creo, y la herencia de un padre andaluz y un abuelo madrileño que importó las romerías a mi provincia, hecho que está documentado en la Historia de Córdoba, de Efraín Bischoff, donde se consigna que don Isidro Paz —"un mi abuelo", como diría León Felipe— era un comerciante baturro que a principios de siglo trajo las fiestas romeras donde bailó jotas con su hija, Deidamia Paz, o sea, mi madre. Mamá era una mujer que se convertía en el centro de toda reunión familiar porque expresaba una gracia innata con sus relatos y sus imitaciones. Esa virtud la heredó mi hermano, y pueden dar testimonio de ello todos los profesionales que trabajaron con él frente a un micrófono o una cámara. Acaso tanto mi hermano como yo no hemos hecho sino prolongar esa actitud de entretenedora que adornó a mi vieja, que se va transmitiendo de unos a otros en la familia. En los carnavales del 53, mientras yo presentaba las estampas de la orquesta de Barbero en el Club Belgrano, tuvimos la enorme desdicha de perderla. Me consoló siempre el hecho de que nos vio tanto a mí como a mi hermano ocupados en lo que más nos gustaba, del mismo modo que le hubiese enorgullecido conocer a sus nietos. Entre ellos, por parte de mi hermano, la primera mujer de la descendencia, Mariana, y el doctor Edgardo Horacio, profesional de la oftalmología. Además, los tres míos, que como yo heredaron su impronta. Mi hijo mayor, Juan Carlos, es arquitecto, pero además de construir casas construye también muy buenos cuentos. Mis dos hijos menores, Gabriel Alejandro y Juan Martín, tienen una ocurrente veta humorística y ambos son guionistas de televisión (he compartido con ellos la autoría de numerosos ciclos), cosa que también hace con probado ingenio mi nieto Ezequiel. Como se ve, esto del humor es una enfermedad transmisible y contagiosa.

Con mi hermano Edgardo nos asociamos en la tarea de divertir a la gente en el año 1956. A poco de ser transferida lw1 de la Red Splendid a los servicios de radio y televisión de la Universidad Nacional de Córdoba, asumió como su director Félix Garzón Maceda, a quien en muy buena parte le debo mi inserción en los medios y mi posterior venida a Buenos Aires. No bien se hizo cargo de la emisora, Garzón nos alentó tanto a mí como a mi hermano para que nos desempeñáramos cada uno en lo suyo en la emisora

que dirigió durante muchos años, imprimiéndole un sello y un estilo que la destacó como un verdadero exponente de la radiotelefonía del interior. En lo personal, llevé a su micrófono numerosos programas: Bocaditos de Mesa; Barriadas cordobesas; La España de mi padre; Bajo el alero; La barra de la esquina; Al pie de la letra. Pero fue sin duda uno de esos ciclos el que se convirtió en lo que podría llamar mi primer éxito de audiencia. La idea de Garzón era que despertara a los cordobeses con un programa diario desde las seis hasta las ocho de la mañana. Así nació El despertador, que permaneció en el aire hasta que por iniciativa del propio Garzón me vine a trabajar a Buenos Aires. Al mejor estilo de Carlitos Ginés, despertaba a mis oyentes con historias de humor acordes con sus oficios y profesiones. Si un lunes me ocupaba de despertar a los médicos, el martes despertaba a los pacientes, y los días subsiguientes era el turno de los empleados de comercio, de los peluqueros, los maestros, los alumnos, los panaderos, las enfermeras, etc. Para cada caso preparaba una rutina de humor en la que estaban también insertos a propósito los avisos de los anunciantes que yo mismo leía o cantaba, guitarra en ristre.

El último viernes de cada mes realizaba el programa en vivo con premios que se sorteaban entre los asistentes. Desde las primeras horas del día comenzaba a llegar gente de todas partes que colmaba el estudio y los pasillos de la emisora en el primer piso, su escalera, y todo el Pasaje Muñoz, de calle a calle. En muchas ocasiones me quedaba dormido en el tranvía porque había estado escribiendo los textos durante toda la noche y me iba a la radio sin haber pegado un ojo. Cuando me vine a Buenos Aires, Garzón no quiso interrumpir el ciclo, y acordamos que lo enviaría grabado en cinta fonomagnética una vez que nos acomodáramos en la Capital. Como era imposible coordinar el reloj a distancia, yo debía dar la hora y dejar el espacio para que el locutor en Córdoba agregara los minutos. De aquellas grabaciones en Buenos Aires recuerdo que vivíamos en un departamento de dos ambientes en un octavo piso de la calle Arenales. Me sentaba frente al grabador en una estrecha cocina que daba al pozo de aire, y grababa el programa con todos sus ruidos habituales para despertar a los oyentes, ya fuese soplando pitos y cornetas como haciendo girar matracas de todo tamaño y exclamando a viva voz: “¡Arriba, dormilones!”. El encargado del edificio habló un día con mi mujer para avisarle que

los vecinos se habían quejado al administrador haciéndole saber que el inquilino del octavo estaba totalmente chiflado. Porque yo no sólo despertaba a Córdoba sino también a todo un consorcio de la Capital Federal.

Pero no fue aquel despertador mi única ópera prima en tiempos de la radio cordobesa. Garzón Maceda me propuso como desafío, además, libretar un programa cómico, y en 1957 nació La Troupe de la Gran Vía, con un elenco integrado en su mayor parte por personal de la casa. Se trataba de locutores que con distintas capacidades artísticas excedían esa función profesional y le daban vida a los auténticos arquetipos que transitaban nuestra calle San Martín, la Gran Vía cordobesa, como así también parodiaban los diferentes programas de la radio local. El personaje central de aquel recorrido era el "vigilante" encargado de guardar el orden; esto es, el agente de la Gran Vía, actuado con un colorido y pintoresco acento cordobés por mi hermano Edgardo, que por entonces cumplía tareas periodísticas en el informativo.

Los memoriosos podrán confirmar que La Gran Vía se convirtió en un suceso popular que solamente pudo superar años después mi querido gordo Cognini con su revista Hortensia. El famoso "cana" que personificaba mi hermano fue citado en el diario de sesiones de la Legislatura, cuando un diputado, refiriéndose a la actuación descomedida de un funcionario policial, argumentó en pleno debate: "¡Ese comisario es lo mismo que el agente de La Gran Vía!". Fue tal su popularidad, que el empresario Marcos Bronenberg lo contrató para hacer una cortina en una revista teatral que escribí, Llegó el azúcar a Córdoba, aludiendo a la escasez de ese producto. La revista en cuestión tenía un elenco que encabezaba Pedrito Quartucci, con Tono y Gogó Andreu, y el debut como fin de fiestas de un conjunto musical que hacía sus primeras armas en el espectáculo. Lo integraban Ricardo Romero, Jorge Pataro, el Pichón Mariano Crisiglione, Héctor Buonsanti y la cantante Estela Raval, que nacían al éxito como Los Cinco Latinos. El monólogo que escribí para mi hermano y que interpretó uniformado como vigilante, acaso por el éxito alcanzado en la radio como por el color local de sus observaciones, se convirtió en el suceso cómico de cada función, a punto tal que Bronenberg lo puso como número final precediendo el gran cierre musical.

Aquella Troupe de la Gran Vía tuvo tal repercusión, que salió de gira por toda la provincia de Córdoba y por la de Santa Fe durante varias temporadas con diferentes comedias (El agente cuando era chico; Por fin se casó el agente; El agente en Buenos Aires; El rancho de Ña Fidela), llenando teatros, clubes y circos en todos los lugares que visitaba. El éxito económico nos permitió tener nuestro medio de movilidad propio, un colectivo Chevrolet de veinte asientos que por mucho tiempo manejó mi hermano. En la campiña de mi provincia, donde las colonias piamontesas eran mayoría, la llegada del viejo Chevrolet con la compañía era anunciada disparando una bomba de estruendo desde un mortero, que al estallar en la altura daba aviso, varios kilómetros a la redonda, de que habían llegado los artistas. Entrada la noche, una larga fila de luces convergía en el lugar del espectáculo donde muchas veces el escenario se improvisaba sobre fardos de alfalfa. Esos soles de noche preanunciaban el éxito, porque cada uno de ellos era un sulky, un tractor o una chata con familias de colonos que venían a divertirse con sus personajes favoritos.

En cierta ocasión, el encargado de disparar la bomba la colocó en el mortero, encendió su mecha, se retiró unos pasos y el artefacto sin ganar altura describió un círculo y fue a explotar en el follaje de un árbol donde se disponían a dormir las gallinas del dueño del recreo. Fue el caos. Un enorme alboroto de estridentes cacareos, hojas, ramas y plumas que volaban fue el prólogo del destemplado discurso en piamontés que nos dedicó el patrón de la finca mientras la compañía corría a refugiarse en el Chevrolet presumiendo que iba por su escopeta. Felizmente todo se superó porque la función fue un lleno total, y nos cuidamos en sucesivas plazas de disparar la bomba lejos del dormitorio de gallinas, patos o cualquier otro plumífero. No sería honesto si omitiera los nombres de algunos de los actores y colaboradores de aquella Gran Vía: Pinino Schapira, Eduardo Felice, Atilio Mancinelli, Ethel Marcó, Nelly Laprida, Héctor y Dora Gaitán, Eduardo Peire, Alfonso Mario Velazco, Santoni, Basile, Elías Antar, Marcos Duverñet, Francisco Olguín, la orquesta Los Colegiales, y tantos otros integrantes que nos acompañaron durante aquellos largos cinco años de aplausos.

Me tocó a su tiempo elegir reinas provinciales, tarea que compartí con un ocurrente amigo, el Gordo Rubén Thompson (Pedro

Centineo). Nos gastábamos mutuamente bromas crueles y nos colgábamos apodos característicos del folclore cordobés. Yo, por mi extremada delgadez de aquellos años, era para él chunchula, la tripa trenzada de las achuras. Él, tanto para mí como para muchos, era el cabezón que andando el tiempo me inspiró una serie de cuentos atribuidos a un personaje de mi invención: Fanfaifa. El Gordo Thompson tenía una velocidad increíble para fabular. Vendíamos publicidad en la provincia y de pronto pasábamos frente a era, una fábrica de lácteos. El Gordo entraba, pedía hablar con el gerente y le decía a quemarropa: “Tengo una gran frase para usted: ‘ERA leche, y ahora es queso’”.

En una ocasión, yo tenía que coronar una reina provincial. El Gordo, que organizaba la fiesta, me alquiló un esmoquin y contrató un auto de acompañamiento en una cochería. Esa noche, cuando íbamos camino al evento, llegando al arco de acceso a la ciudad donde había un puesto caminero, advertimos que un policía le hacía indicaciones al chofer para que se detuviese a un costado. El hombre palideció: “Tengo el registro vencido, ¡sonamos!”. El Gordo, que sacaba ideas como conejos de un sombrero, no se inmutó. Venía sentado al lado del chofer y se volvió hacia mí, que venía de esmoquin en el asiento trasero. Me hizo cruzar sobre el pecho la banda de seda que llevábamos para coronar a la reina, le dijo al chofer que encendiera la luz interior y, cuando se acercó el policía, le indicó señalándome: “El embajador de Siria”. El agente se cuadró haciendo la venia y pasamos con honores y todo.

Una de las bromas de mi colección fue la que le gasté un día que teníamos que ir en taxi al hipódromo de Barrio Jardín para un San Jerónimo. El Gordo tenía un leve tartamudeo más parecido a la dislexia, y no tuve mejor idea que invitar para ese viaje a otro recordado amigo, Pascualito, que tenía el mismo problema. Como no se conocían entre sí, le dije al Gordo que iba a viajar con nosotros un muchacho de mi barrio que era macanudo en todo, pero tenía la muy mala costumbre de mofarse de los defectos ajenos, y que no se molestara si, confianzudo como era, le hacía alguna broma sobre su prominente cabeza. El Gordo aceptó a regañadientes la advertencia; llegó Pascualito al punto de encuentro, subió al taxi, se saludaron con un hola y, a poco de andar, el Cabezón le pregunta: “¿Vo vo vos so sos bu burrero?”. Y

Pascualito, sentado adelante, le contesta: “Bu bu burrero no, pe pe pero algún bo bo boletito jue juego”. Se produjo un silencio y el Gordo se me acercó y me dijo al oído: “Este pe pe pelotudo que no no siga porque lo ha lo ha lo hago ba ba bajar en la esquina”. Ninguno de los dos habló más en toda la tarde.

El diluvio

En el plano de lo sentimental, debo admitir que no tuve muchas experiencias amorosas. Mi hermano fue siempre más picaflor que yo; se trepaba a su moto Gilera y siempre tenía una excusa para llevar a una rubia o una morocha tomada de su cintura. Lo mío se limitó a una novia de barrio, pero como yo no andaba en moto, solía ir a buscarla a la Pitman donde ella aprendía a escribir a máquina, valiéndome de una camioneta Plymouth (la chancha) con la que hacía publicidad callejera para Propalación Select. Recuerdo habernos paseado por el famoso corso de San Vicente a bordo del ostentoso vehículo. Siempre, de la primera novia, quedan los primeros versos:

Yo fui novio en la calle donde tuve

una novia de barrio, sólo una.

Qué impaciencia la nuestra si la luna

nos espiaba furtiva tras la nube.

En ese tiempo de zaguanes hube

de escarcear en la noche cuando bruna,

que es la manera de intentar fortuna

cuando el mercurio del deseo sube.

Ella, correspondiendo a mis urgencias;

yo, el vil profanador de sus turgencias,

y de pronto esa luz inesperada

que cruzando el vergel de las hortensias

nos volvía a sutiles inocencias

porque la abuela estaba levantada.

Tuve también algún que otro amorío digno de mejor causa, hasta que un compañero de trabajo, el querido Negro Hugo Peñéñory, me pidió un día que lo acompañara a un baile en Villa del Rosario, donde estaba festejando —palabra de uso común entonces— a una futura egresada del Colegio de las Hermanas Adoratrices.

Se trataba justamente de un baile que organizaban para colectar fondos destinados a su viaje de estudios. Allá fuimos Hugo y yo, ochenta kilómetros de micro: cincuenta por el asfalto y el resto por camino de tierra. Nos ubicamos en el enorme salón de la Sociedad Sportiva, y a poco de iniciarse el baile se acercó una de las organizadoras y me preguntó si quería recibir un telegrama del Correo del Amor, de la que era mensajera. Sin entender yo de qué se trataba, me explicó que una persona anónima me enviaba un mensaje, y para recibirlo, debía pagar un peso. Acepté y abrí el telegrama donde alguien había escrito: “Me gustaría que me sacara a bailar. ¿Podrá ser?”. Pese a ser muy patadura, me sentí provocado, y la mensajera dijo: “Si lo va a contestar, tiene que pagar otro peso”. Por cierto que el compromiso era ineludible, de modo que contesté afirmativamente, pero al cabo de unos minutos apareció la mensajera con un segundo telegrama. Mensaje va, mensaje viene, tuve que pedirle auxilio a Hugo porque me estaba gastando el pasaje de vuelta y el hospedaje en el hotel Zambelli, donde debíamos pernoctar. Sólo puedo decir que al cabo de ese

asedio telegráfico, casi sobre el final del baile, vine a descubrir que la señorita que me enviaba los mensajes era la propia mensajera, que era una futura egresada del Colegio de las Hermanas, que se llamaba Edith. Y para mayores datos, debo agregar que hace cincuenta y siete años que está casada conmigo, que es la madre de todos mis hijos y la abuela de todos mis nietos. Qué más se podía haber comprado con diez paupérrimos pesos de aquellos tiempos. Con la mensajera de aquella noche noviamos poco más de un año, el tiempo que por entonces se estimaba prudente para formalizar "el compromiso matrimonial". Hicimos, claro, una "gran fiesta gran" en la casa de sus tíos, y fletamos un micro para que trasladara a todos mis compañeros de la radio desde la ciudad hasta la Villa. Sólo les hablé de los cincuenta kilómetros de asfalto. Nada dije de los treinta kilómetros de tierra. Cuando el micro llegó a destino, los que habían ido de traje oscuro llegaron de traje claro, y los de traje claro vestían de gris oscuro. Pero me lo perdonaron bajo la promesa de no casarme hasta que pavimentaran. Desde luego que no intenté hacerle esa promesa ni a mi prometida ni a sus padres, y fue así que nos casamos en la Catedral de Córdoba el 15 de enero de 1955.

Esa noche se inundó la ciudad. En el pueblo de mi padre, Algodonales, provincia de Cádiz, había un dicho que tanto él como mis abuelos andaluces repetían cada vez que las nubes presagiaban tormenta: "Va llové más que cuando lo enterraron a Bigotes". Según mi viejo, cuando enterraron a Bigotes, un personaje de su pueblo, llovió tanto que se inundó hasta Sevilla. Papá, después de mi boda, modificó el refranero popular de su pueblo y, en cuanto oía un trueno, decía: "Va llové más que cuando se casó mi hijo". Esa tarde habíamos ido con mi novia al cementerio a llevarle unas flores a mi vieja. A la salida se había inundado todo el barrio de Alberdi, no andaba el transporte, ni ómnibus, ni taxis, ni tranvías; para usar un adjetivo actual: todo colapsado. Mi ansiedad aumentaba porque mi novia caminaba angustiada por el peristilo y decía: "No vamos a llegar, qué papelón, me están esperando la modista y la peluquera, qué le vamos a decir a los invitados, qué va a decir el cura, hoy no nos casamos". Con el afán de tranquilizarla, dije en un tono melifluo: "Y bueno, no importa, da lo mismo porque ya estamos casados por el civil". No debí haberlo dicho ni aun teniendo el cementerio a mano. Le afloró toda la prosapia de las Hermanas Adoratrices y refunfuñó: "Desde ya te aviso que vos conmigo no

contés para nada hasta que no estemos casados por Iglesia como Dios manda”. Y no recuerdo bien, pero agregó algo así como “¡sacrílego!”. Fue entonces cuando la idea de que se suspendiera mi casamiento por lluvia me entró a desesperar. Había pasado por la abstinencia de un noviazgo impoluto de más de un año y estaba tan ansioso que por poco no fui al Registro Civil de pijama. Pero estábamos en Córdoba, bien llamada la Aldea de las Jaculatorias, y se ve que las de mi novia se hicieron oír, porque habiendo llegado un cortejo fúnebre, el chofer del coche de acompañamiento se acercó y me dijo: “¿Usted es Mesa, el que se casa esta noche a las nueve?”. Nos miramos con mi novia, que repreguntó: “¿Y usted cómo sabe?”. A lo que el tipo contestó: “Porque ustedes contrataron el servicio en la cochería y yo los tengo que llevar a la iglesia; suban, que mientras entierran al finado los acerco lo más que pueda”. Esto que parece un chiste macabro es rigurosamente cierto, y al contárselo esa noche a mi padre, tan amigo de los refranes como Sancho, dijo: “Pos mira tú, ¡como siempre va el muerto al hoyo y el vivo al bollo!”.

Nuestra boda no se suspendió por mal tiempo, pero me salvé de bailar el vals porque el salón Giolitto de la calle Bulnes se quedó como media ciudad sin energía eléctrica. El agua tapaba las veredas. Hay quien afirma que los casamientos con lluvia son duraderos y, en lo que a nosotros respecta, así sucedió. Pasamos la luna de miel en Unquillo, el pueblito serrano de Nalbandian. A la tarde siguiente de la noche de bodas, salimos a caminar con mi mujer por los jardines del hotel que daban a la calle, disfrutando de lo que suponíamos era un paraíso de la intimidad, cuando de pronto se escuchó amplificado por un altoparlante: “Un aplauso para los recién casados, ¿cómo te fue anoche, flaco?”. Era el circo Espagueti, que desfilaba por ese lugar, y su maestro de pista, que me conocía de la radio, no tuvo mejor idea que despacharse con ese insólito saludo. Todos aplaudieron ruidosamente, el elefante se paró en sus patas traseras, la bandita tocó una Diana del Parque y mi flamante mujer se encerró en el dormitorio repitiendo: “¡Tenía razón la madre superiora, no debía casarme con un artista!”. Sin embargo, esa condición de su marido le permitió disfrutar de una luna de miel sin gastar un centavo, porque Juancito Gallardo —productor comercial de la radio— había sido designado gerente en lw7 de Catamarca y me propuso conducir en su filial un ciclo de

entretenimientos para vinos Falucho, que yo venía conduciendo en Córdoba desde meses atrás. Se trataba de un programa de preguntas, Póngale la efe, donde todas las respuestas se daban con palabras que comenzaban con esa letra. El asunto es que Juan me hizo ver la ventaja de hacer dos semanas en su filial salvando todos los gastos de mi luna de miel, y yo insistía en que me podía costar el divorcio trabajar en pleno himeneo. Pero ante la posibilidad de quedarme sin programa, acepté hacer las dos semanas en Catamarca, donde la bodega tenía su asiento. Mi mujer había preparado nuestras dos valijas con ropa de abrigo porque habíamos pactado volar a Bariloche. Me costó un largo discurso explicarle lo imprudente que sería volver de una luna de miel sin tener trabajo, y la ventaja que suponía trasladarnos esas dos semanas sin costo alguno de avión ni de hospedaje. A duras penas mi argumento la convenció y nos fuimos al norte en viaje de placer y trabajo. Creo haber destacado que me casé un 15 de enero. Esto sucedía a fines de ese mes.

De noche en la Cuesta del Portezuelo refrescaba, pero no parábamos en ese lugar donde mirando abajo parece un sueño. No mirábamos para abajo, parábamos abajo, en un hotel, con 43 grados, y sin haber tenido tiempo para cambiar el equipaje; me pasé muchas noches en el balcón con una bata de frisa y un pasamontaña.

Cuando se acabó lo que se daba y nos enfrentamos a la tarea de construir un hogar, lo primero que se nos ocurrió hacer con mi mujer fue un hijo. A mí me trajeron al mundo tres meses antes de que derrocaran a Yrigoyen. A mi primogénito lo trajimos al mundo un mes después de que derrocaran a Perón. Este dato de la casuística no me amedrentó para persistir en nuevos intentos, y en el lapso de los tres hijos siguientes no se produjeron más que otras tantas revoluciones. Pero vayamos a la cronología… de los hijos, claro. En total fueron cuatro, aunque para nuestra desdicha perdimos al segundo, Jorge Daniel, un ángel de ojos vivarachos y sonrisa seductora. A quienes a veces me preguntan cómo se hace para generar humor cuando a uno lo golpea la vida duramente, debo responderles que regresando a ciertos sucesos familiares que me tocó enfrentar. Cuando mi segundo hijo se agravó, me refugié en el trabajo, y mi trabajo era precisamente generar humor. Me llevé la vieja Smith Corona a la clínica y estuve días y días

inventando situaciones para mi programa cómico de entonces, buscando provocar la risa ajena y reservándome el dolor que me era propio. Porque aun para quienes se ocupan de otros menesteres, la vida es una constante sucesión de momentos que a veces nos alegran y a veces nos lastiman.

Regresemos a la década del sesenta. Yo sumaba algún que otro extra a mi sueldo de redactor, y mi mujer había conseguido un puesto de maestra de grado en una escuela de campaña (Campo Alonso). Para llegar a ese destino, se bajaba del micro en Laguna Larga y se trasladaba hasta el sulky que la estaba esperando para cubrir la legua desde el macadán hasta la escuela. En muchas ocasiones yo iba a buscarla en mi primer auto, que era mucho más frágil que el sulky. Toda esta aventura de caminos y paisajes me alentó para imaginar un programa de folclore (La Gauchada) al estilo de aquellas admiradas fiestas de Montbrun Ocampo. Pero en tanto lo gestionaba, había que pensar en algo inmediato y tal vez diferente; encarar algo ajeno a mi oficio de autor; ser, por ejemplo, comerciante.

Habida cuenta de que nací en un almacén, me propuse instalarme con un negocio de comestibles. En Córdoba recién se iniciaba la era del supermercadismo, y me asocié con un vecino que fabricaba zapatos alquilando un local en Villa Cabrera, a pocas cuadras del puente La Tablada, donde el general Paz libró la célebre batalla contra Facundo Quiroga. Vivíamos a la vuelta del local, en una casa con patio. No teníamos perro ni gallinas, pero teníamos en cambio un burro. Lo adoptamos piadosamente porque vagaba sin dueño por los canteros de la avenida Octavio Pinto. En menos de diez días nos había comido toda la fruta, las hojas y la corteza de las plantas. De noche, cuando cenábamos, asomaba por el ventiluz de la cocina rebuznando y mi mujer dejaba caer estrepitosamente los platos que lavaba. Fue en vano que arguyera defendiendo a la bestia la bonanza de su lánguida mirada y sus orejas radarizadas, parangonándolo con la peluda cabezota de Platero. La admonición no tardó en llegar de parte de mi consorte: “O se va el burro, o me voy a casa de mamá”. La casa de mi suegra estaba a una cuadra, en las calles Gato y Mancha. Por un momento pensé en rogarle que nos pensionara al burro, pero iba a tener que asilarme en la casa de mi padre, y en esa difícil coyuntura apareció el dueño del asno, a quien

se lo reintegré dándole las gracias por haber evitado una crisis familiar.

El plan de instalarme con un negocio siguió adelante y busqué un socio. Era un vecino que se llamaba Vernazza y convinimos una sigla con los dos apellidos, de modo que el flamante negocio abrió sus puertas como Supermercado Verme. Coca Cola nos financió las góndolas y estanterías realizadas en impecable guatambú lustrado en sus partes vistas. Convencí a mi primo Mario Franzone para que se hiciera cargo del área de carnicería, conocedor como era del oficio. El negocio era una joyita, teníamos las mejores carnes, el mejor pan, las mejores frutas y verduras, los mejores vinos y licores y un discreto surtido en comestibles, todo lo que permitía que el cliente pudiera llevarse desde una botella de coñac Napoleón hasta un paquete de dátiles de California. Mi mujer y la mujer de mi socio atendían las cajas con coloridos guardapolvos; la empleada de la verdulería estaba igualmente uniformada; mi primo, de punta en blanco controlando las reses, y yo, de traje y moñito como si de repente me hubieran nombrado gerente de Harrods.

Voy a enumerar algunas de las peripecias que tuve que sortear, sólo como advertencia para aquellos que a veces se aburren de hacer siempre lo que mejor saben hacer y pretenden dedicarse a algo de lo que no tienen ni la menor idea. Pudiendo haber comprado una heladera de ocho puertas como la de la carnicería, insistí en comprar una heladera abierta que a duras penas entró en el local. Era realmente la vedette del supermercado. Nos sacamos fotos con la heladera de fondo. Pero cuando fuimos a enchufarla, nos dimos cuenta de que funcionaba sólo con corriente trifásica, y el local no contaba con ese fluido. No sé por qué extraño tecnicismo, para hacer funcionar la heladera había que hacer tantas gestiones y cambios de cableado, permisos e instalación, que tuvimos que devolverla. Otra de las sorpresas fue enterarnos de que por una disposición municipal no podía instalarse una carnicería a menos de cien metros de otra, medida de la que nos informamos luego de que mi primo Mario desplegara todos sus conocimientos cárnicos comprando un refrigerador de ocho puertas y comprometiendo el abastecimiento de terneritas que no excedieran los cincuenta kilos. Antes de comunicarle la novedad de la ordenanza fatal, me fui asesorando para evitar que en un estallido de su sangre siciliana me

colgara de la ganchera. No tenía muy clara la disposición con respecto a la distancia entre carnicerías, ignorando si los cien metros se contaban linealmente de una calle a otra o dando la vuelta a la manzana. Los vecinos y transeúntes ocasionales no entendían qué hacía yo dando zancadas y contando cuadras por los alrededores. Felizmente el inconveniente se pudo zanjar por una diferencia a favor de pocos metros, y así se pudo evitar un enfrentamiento con mi primo y su muy querida familia.

Como toda escoba nueva, abrimos con buen éxito. Mi hermano tenía una furgoneta donde no sólo traíamos diariamente el pan, sino que también recorría la zona con una bocina Leea en el portaequipaje y un equipo a batería alternando los avisos de las ofertas con el pasodoble Quitapenas y Dónde está Zazá, de modo de estrechar vínculos con el socio. El cierre de cada alocución aludía al nombre del negocio repitiendo en cada caso: "No se olvide. Hoy sin falta venga a Verme". Por las tardes me asomaba orgulloso para ver pasar la furgoneta con lo que, a mi entender, era un hallazgo del marketing barrial.

Muy pronto nos dimos cuenta de que nuestro competidor más cercano, una despensa que no tenía ni góndolas de guatambú ni gerente con moñito, vendía vino suelto, salame de fiambrera y otras menudencias a precios que estaban muy por debajo de nuestras ofertas. Se desató entonces una guerra de marcar y remarcar para ponernos a tono con nuestros rivales que vendían cuatro o cinco veces más que nosotros. La furgoneta de mi hermano clamaba porque vinieran a Verme, yo pintaba y despintaba el frente de las dos vidrieras con polvo de tiza diluido en agua, y cada hora me veía obligado a cambiar las ofertas. Pronto tuve que sumarme al salón de ventas para colaborar con el despacho. Lo único placentero era que un cliente quisiera llevar doscientos gramos de crudo, lo que me permitía ir al depósito del fondo donde estaba la cortadora de fiambre y, por cada feta de jamón que iba a la bandeja, me comía la próxima y decía para mis adentros: "Gracias, para empleados". Pero la máxima mía como improvisado jefe de compras fue cuando un corredor mayorista vino a ofrecernos espirales. Entusiasmado por los descuentos que me ofrecía si le compraba cierta cantidad de cajas, entendí que me hablaba de cajas de las que contienen diez espirales cada una, sin imaginarme que me estaba hablando de

cajas que contenían cien envases de espirales por unidad. Para aprovechar los beneficios por cantidad y pronto pago, le pedí al corredor que me enviara cincuenta cajas, y me ufané ante mi socio de haber hecho una buena operación con un margen razonable. Unos días después llegué al negocio y mi mujer dijo: “¿Qué compraste? ¡Tu socio está que vuela!”. Había pilas de cajas en los pasillos que tapaban todo el supermercado, no se veía la carnicería, la gente creía que nos estábamos mudando. Debe haber sido la única vez que consulté con mi viejo, que tenía todavía chapa de comerciante, y me sugirió hacer una oferta al costo para liquidar rápidamente el producto. Leí en uno de los envases que las espirales eran de piretro y palo santo y lo anuncié con letras tipo catástrofe en ambas vidrieras. Mi suegra, que vivía a la vuelta y era muy creyente, lo leyó y le dijo a mi mujer que si eran palo santo, lo mejor sería encenderle una a San Expedito, que era tan milagroso. Pero se ve que San Expedito no intervenía en tales asuntos porque ese verano no hubo un cochino mosquito en toda Córdoba y nos quedamos con cincuenta mil espirales de clavo.

Para esgrimir una tímida defensa, argumenté que tratándose de una mercadería imperecedera se podía guardar para el verano siguiente, pero mi primo, con un tonito tan cordobés como irónico, opinó que antes que pensar en el verano siguiente era prudente inventar algo para seguir abiertos en el otoño inmediato. Y no se equivocó. Mi socio se quedó un tiempo más con el negocio, aunque zapatero como era, volvió a sus zapatos. A mi primo le pasó lo del tango, en tres meses tuvo que liquidar su mercadito, la heladera de ocho puertas, la ganchera, el mostrador. Y yo regresé a lo mío jurando no insistir con ninguna empresa que me resultara desconocida. Pero el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra…

Un tropezón no es caída

Ya llegaremos a ese nuevo tropezón. Por suerte me fui defendiendo con mi conjunto de folclore, con el que hice algunas giras junto al

recordado músico y amigo Raúl Plate. Fue también una época de componer temas con aquel enorme Gordo Freyre, con quien compartí muchas madrugadas de guitarra y pan duro, prohijando temas como Berretín y Otra vez María, que años después grabara nada menos que el Polaco Goyeneche. Recorrí algunas plazas de mi provincia como presentador de Ciriaquito Ortiz, fuelle mayor de Córdoba y dueño de un humor desopilante. En los tiempos finales de mi programa cómico (La Gran Vía), siguió programándonos fechas nuestro representante, don Fernando Escobar Hacedo. Tenía una destartalada Bugati a manija con la que recorría polvorientos caminos para retornar a la ciudad con un montón de contratos. Recuerdo que en la luneta trasera de su carricoche, estacionado en las puertas de la vieja lv2, los muchachos del elenco le habían pintado: “Permuto por encendedor”.

Una tarde estábamos ensayando uno de los programas en mi casa cuando sonó el timbre. Atendí, y un señor Dolíani, promotor teatral, preguntó por Juan Carlos Mesa. Le dije que con él estaba hablando y me pidió que lo acompañara hasta su coche para presentarme a alguien que estaba interesado en que le escribiera. A renglón seguido, agregó: “Es Luis Arata”. Me corrió un escalofrío, se me doblaron las rodillas, me atolondré de tal modo que no sabía si hacerlo pasar, ir hasta el coche, o entrar a lavarme la cara. Ahí, frente a casa, sentado en el coche de su promotor, estaba don Luis Arata, ese actor fetiche del grotesco nacional que me buscaba como autor de sus programas radiales. En apenas una semana él debutaba con su compañía en nuestro Teatro Comedia de la calle Rivadavia. Fue una temporada donde estrenó para Córdoba un repertorio de sus clásicos: El lustrador de manzanas, de César Tiempo; Judío, de Ivo Pelay; Mateo, de Armando Discépolo, y El avaro, de Molière. Durante toda esa temporada, escribí para él lo que fue mi ópera prima para un capo cómico. A su personaje lo llamé “Sulfamino, un boticario sin chapa”. Fue sin duda mi primer maestro en el oficio de hacer reír a la vez que emocionar, y de aquellas verdaderas lecciones suyas en el hotel City podríamos decir que se fortaleció mi vocación por guionar.

La lw1, que pertenecía a los servicios de la Universidad Nacional, incorporó a Canal 10 como vehículo de la incipiente televisión, y fue otra vez Garzón Maceda quien me aconsejó que aprendiera ese

nuevo idioma de los medios. Le hice caso y me zambullí en la lectura de un manual donde traté de asimilar en el menor tiempo posible todo lo concerniente a estructurar un guión televisivo. Era preciso construirlo tal como un arquitecto plantea una casa, sugiriendo una planta de escenografía que permitiera el juego de las cámaras en sus desplazamientos y un correcto aprovechamiento de la iluminación en cada uno de los decorados. Para sumar a ese planteo teórico la práctica, Garzón me propuso escribir y conducir un show diario al mediodía, y debuté con Los juegos de Mesa. Paralelamente, no descuidé mi primer gran amor, que fue la radio, donde escribí y actué minicomedias junto a esa estupenda actriz que fue Jolie Libois (Dos por veinte; Pimpinela en el teléfono); dos radioteatros, No hay gaucha como mi mama, con Américo Forte, y La familia Suquía, donde fue un lujo contarlo como director a otro celebrado actor de la escena nacional, León Zárate; así como un programa de entretenimientos (La punta del ovillo). No puedo dejar de citar el invalorable apoyo, casi paternal, que recibí de don Manuel González Torres a partir de su Vendimia; lo recuerdo sorprendiéndome una hora antes del programa tecleando a todo vapor, mientras él desde la puerta entreabierta sentenciaba: "¡Calentitos los libretos!". En aquellos talleres, con aquellos artesanos, no pude menos que forjarme esta vocación de más de medio siglo para devolverles algo de lo mucho que me dieron. Si es cierto que el hombre vuelve a sus orígenes, me emociona sentir que regreso a ellos todo el tiempo.

Fue alrededor de 1963 cuando Sebastián Aprile, que tenía a su cargo la representación de la radio en Buenos Aires, me informó que en el por entonces Teleonce se estaba buscando integrar un equipo de autores para escribirle a Jorge Porcel. Me pidió una idea de libro que puso a consideración del gerente de programación, Héctor Toto Maselli. A las pocas semanas me citaron para hablar con él en Buenos Aires, y lejos estaba de imaginar que esa persona cordial y amistosa en poco tiempo iba a ser como el intendente que le entrega a uno las llaves de la ciudad. Me presentó a quienes habían sido ya elegidos como titulares del equipo: Carlos Garaycochea, Jorge Basurto y su hermano Carlos, todos ellos consagrados en el humor gráfico. Me sinceré con Maselli: no estaba en condiciones de asumir el riesgo de un traslado semejante ni de atender sus costos (viajes, alquileres, etc.). Y aquel querido Toto

Maselli, dueño de muletillas que después hizo famosas ("no hay nada más lindo que la familia unida" y "lo primero es la familia"), me dijo textualmente por teléfono: "Si usted quiere venir a tentar suerte a Buenos Aires y sentirse verdaderamente cómodo, tiene que traerse a los suyos, su mujer, sus hijos". Me consiguió, por un canje que tenía el canal, un mes de estadía en un hotel de zona norte, estadía que se prolongó por dos meses más. Y así desembarqué en Buenos Aires, con mi mujer, un hijo de ocho años (Juan Carlos) y otro de apenas cuatro meses (Gabriel Alejandro). El conserje galaico del hotel se enteró de que yo era el huésped que había contratado el canal para escribir sus programas, e hizo una curiosa interpretación de mi tarea. Él suponía que yo escribía todo lo que salía al aire, incluso las series. Cuando yo regresaba a la madrugada de las grabaciones, este inolvidable conserje galaico me disparaba: "Está muy bueno lo del fogetivo. Entre nosotros, el hombre manco... ¿quién es el tío ese?".

En tanto, el programa para el que fui convocado (Los sueños del Gordo Porcel) tuvo una vida efímera. Por esos años el texto comercial se hacía en vivo, en el piso. El locutor del programa era el mismísimo Jorge Cacho Fontana, ya que auspiciaba el ciclo Terrabusi. Cuando a los tres meses el programa se levantó, Darío Castell, director artístico del canal, nos sorprendió a los tres guionistas con las caras largas en la vereda de la calle Pavón, y siendo el patrocinante un fabricante de galletitas, nos disparó una humorada: "No se calienten, muchachos, hay que volver al pan".

Pero esos tres primeros meses me dejaron, a la vez que una importante experiencia, momentos inolvidables. Habíamos fundado con los Basurto y Garaycochea lo que resultaría con los años una fuerte amistad. Solíamos reunirnos en el boliche de un polaco que vendía vino de bordelesa y preparaba unas milanesas con gusto a portland. En una de esas tenidas, Lito Garaycochea organizó un partido de pelota a paleta con Carlos, Jorge y Cuqui Basurto, todos ellos aficionados, como buenos hijos de vascos, a ese deporte. Me preguntaron si sabía jugar para no dejarme afuera, y yo, recién llegado de mi provincia y en el afán de integrarme, asentí sin dejar dudas de que era un consumado pelotari. Me fui al Once y me compré un short, una remera y zapatillas y medias blancas. Nos encontramos cuando caía la tarde en el frontón del Club Pineral, de

donde eran asiduos. Garaycochea me preguntó si quería ir adelante o atrás, y yo, que no tenía la menor idea, disimulé pidiendo ir adelante. Me dieron una paleta que pesaba algo así como medio kilo, y canchero me paré de frente al frontón esperando los acontecimientos. Un paletazo desde el fondo lanzó una bola de caucho que pasó como un balazo sobre mi cabeza para estrellarse en la pared. Fue a partir de ese momento que todos se dieron cuenta de que la única paleta que había frecuentado era la de cordero con papas. Me estiraba todo lo que podía tratando de acertar un golpe, y mi amor propio me hizo saltar, correr y tirar paletazos en el aire como un señalero que ayuda a estacionar un Boeing. Mientras me duchaba, argumenté tímidamente que lo mío era el básquet, pero como Garaycochea lo jugaba, y muy bien, me apresuré a corregir que solía transmitirlo desde una cabina. Cuando después de ducharnos el cuerpo se enfrió, llegué al hotel donde mi mujer y mi hijo mayor me ayudaron a desvestirme, y luego, parado junto a la cama, me hice empujar para acostarme porque no podía doblar ni una esquina. Durante una semana tomaba el trole en Callao, a la altura de Clásica y Moderna, y antes de llegar a San Cristóbal no quedaba una ventanilla cerrada porque el perfume a untura blanca había convertido el transporte en un vestuario.

El único capital que yo había conservado de mis últimas giras folclóricas fue un Kaiser Carabela que mi suegro trabajaba en Córdoba como remis. En uno de mis viajes me lo traje con la idea de hacerlo plata lo antes posible para alquilar una vivienda cuando se cumplieran los tres meses de hotel. Me acuerdo de que Porcel sabía lo del auto, y una noche, cuando terminaba la grabación, me preguntó: "¿No te jode acercarme así charlamos un poco del programa en el camino?". Yo acepté gustoso la primera vez, porque el Gordo era una máquina de hablar y decir cosas graciosas, pero hete aquí que vivía en Villa Domínico, y mi desconocimiento total de la geografía urbana me desconcertaba porque los viajes se hacían interminables; tanto que cuando el Gordo me proponía "acercarlo", yo me excusaba pretextando que tenía que ir a buscar a mi mujer a la casa de sus primas, que vivían en Núñez. Esto terminó por convencerlo de que llevarlo era una travesía, y desde entonces el Gordo me bautizó "plomo Núñez".

Cuando se levantó el ciclo, empecé a prepararme mentalmente para

volverme a Córdoba. Me quedaba todavía un breve tiempo para ocupar el hotel donde nos alojábamos. Almorzábamos a pocas cuadras de ahí, en el restaurante del segundo piso de Argentores, donde mi hijo menor tomó su primera sopa. El plato fuerte era ver en las mesas a César Tiempo, Abel Santa Cruz, Miguel Coronatto Paz, y tantos otros autores que admiraba. La sede de Argentores en Pacheco de Melo fue por ese y muchos otros motivos mi segunda casa. La casa adonde acudía toda vez que se juntaba algún pesito de mis primeros derechos, o muchas otras veces para que un pequeño adelanto me sacara de un apuro. Cómo podía imaginar, en aquel Argentores, que alguna vez iba a ser honrado con su Gran Premio de Honor en televisión, que integraría su Junta Directiva, y que después de cincuenta años de socio estaría nominado para ser presidente de la entidad. Son medallas que exhibo con modestia a la vez que con orgullo.

Pero volvamos a los años sesenta. La carta de recomendación de una maestra colega de mi mujer me allanó el camino para entrevistar a un familiar suyo, Oscar Luis Massa, el primer autor de Los Pérez García, inolvidable ciclo radial que dejó cuando asumió la dirección general de radio El Mundo, y posteriormente, la del canal de Goar Mestre. Aparecí en sus oficinas de la calle Suipacha con la carta de su pariente y le hablé más muerto que vivo de mis ambiciones.

Por entonces él producía para el canal 13 una tarde de humor los días domingos (Mejor nos reímos) con un gran elenco de actores: Jorge de la Riestra, Carlos Carella, etc. Me escuchó atentamente y me pidió que le llevara algunos sketches y gags, aunque me aclaró que el ciclo estaba casi cumplido. Mi Smith Corona de noventa espacios hamacaba su carro sobre la mesa de luz del hotel. Le dejé un sobre con mi trabajo a su secretaria, y al día siguiente me recibió. Me pidió que le enviara más material, y a medida que mis trabajos se insertaran en sus últimos programas, yo cobraría una tarifa establecida por cada minuto de aire. Aquellos dos o tres domingos nos sentábamos frente al televisor con mi mujer, con lápiz, papel y un reloj despertador en mano, y cuando reconocía algo de mi autoría le anunciaba eufórico: “¡Ese es mío, ese es mío, tomemos el tiempo!”. El día que fui a despedirme y agradecerle, me dijo: “Tenga presente esto: va a llegar el momento en que yo le pida

material para otro programa y usted no tendrá tiempo para escribirlo”. No tardó mucho en cumplirse aquella generosa premonición.

Hasta que finalizara el plazo de mi alojamiento, una gestión de Garzón con el doctor Pedro Simoncini, director general del canal, me permitió quedarme hasta encontrar una nueva oportunidad, y en el “entretanto” me destinaron como redactor a la oficina de Prensa. Mi tarea consistía en ir a la filmoteca y mirar los capítulos de las series programadas, escribiendo una síntesis del capítulo para enviarlo a las revistas de espectáculos (Canal tv; tv Guía, etc.). Lo primero que me preguntó Scannapieco, el jefe de Filmoteca, era si yo sabía cargar un proyector de 35 milímetros para poder ver las distintas series devolviéndolas luego a su estantería. En un nuevo rapto de amor propio, como cuando inventé ser pelotaris, le di a entender que era experto en la materia. Por eso de que “las cosas hay que hacerlas, hacerlas mal, pero hacerlas”, mi aprendizaje en aquella reducida cabina de proyección fue todo un parto. Cuando no cargaba la torta al revés y el sargento Sanders en Combate avanzaba con la tropa hacia atrás, se me desordenaba rebobinando el rollo del doctor Ben Casey y, al armar mal la torta, los cuadros se superponían y el médico andaba a los saltos por el quirófano.

Pero la letra con sangre entra, y en poco tiempo me di maña para superar el trance. Mi jefe inmediato era Alfredo Scalise, un calificado periodista que años después de mi paso fugaz por su oficina solía contar una de mis experiencias, que en su momento me resultó harto comprometida. Sucedió que me habían asignado una vetusta máquina de escribir, y un día Alfredo se me acerca y me dice: “Pibe, el canal acaba de contratar cuatro recitales en vivo con Atahualpa Yupanqui. Escriba unas gacetillas para mandar a los medios”. Me dispuse a lucirme cuando descubrí que a la máquina se le había saltado un tipo. Todas las letras, todos los signos y caracteres estaban intactos y firmes en sus plomos, pero justo la letra que había saltado era la i griega. Parecía hecho a propósito, mi jefe me acababa de encomendar las gacetillas para el debut de Yupanqui, tan luego de Yupanqui, nada menos que de Yupanqui, y a la máquina le faltaba la i griega. Fue ciertamente angustiante. Conjeturaba para mis adentros: “¿Por qué me tiene que pasar esto? ¿Por qué no me tocó Falú?”. Pero siendo yo el redactor nuevo de la

oficina de Prensa, no podía comenzar mi primera tarea llevándole semejante problema a mi jefe, y me tomé el trabajo de disimularlo. Todas las gacetillas que envié a las revistas consignaban: “Llega Atahualpa a Teleonce”. O bien: “¡La guitarra y el decir de don Ata en cuatro recitales inolvidables!”. Me las ingenié para glosar el debut hablando de su luna tucumana, de su alazán, y de cuanto más sabía del coplero del gran artista, pero nadie reparó en que en ningún momento lo mencionaba por su apellido. Cuando me despedí de aquel trabajo, Scalise se enteró del episodio, pero ya no le quedaba otra que encontrarlo divertido.

Había también un día de la semana en que yo desaparecía de la oficina. Me buscaban por todas partes y no estaba en ninguna. Hasta que descubrieron el porqué de mis ausencias. En el estudio mayor del canal tocaba en vivo Aníbal Troilo, Pichuco, y ese era un banquete que yo no podía perderme. Defendí mi ocasional empleo hasta que Maselli me anunció que se iba a Canal 9 y me propuso formar parte de su equipo de autores, con Basurto y Garaycochea. La verdad es que no tuvo que esperar más de diez segundos para saber que contaba conmigo. Al fin y al cabo, si había venido a Buenos Aires era para tentar suerte como autor. Cuando llegamos al 9 escribimos en equipo un programa cómico (La matraca), y tuve la suerte de acertar con un sketch que cerraba el programa. Su intérprete era Raimundo Pastore, y su personaje era el de un contrabandista que quería hacer pasar por la Aduana a Perón, que en ese tiempo estaba exiliado en Madrid. Lo absurdo de la situación eran las artimañas de que se valía cada semana para convencer al vista aduanero, y cuando este descubría el ardid, el contrabandista le endilgaba su muletilla, con la que se cerraba el programa: “Escuchame, somos veinticinco millones de habitantes… Uno más ¿qué te hace?”. La frase nos regresa a más de cuarenta años atrás, cuando éramos quince millones menos, y yo, al igual que Perón, no me quería quedar afuera.

Aquel desembarco en el canal palermitano me posibilitó nuevas chances. Maselli produjo un programa ómnibus de humor que ocupaba toda la tarde (Hogar nueve hogar) y me confió los libros. Otro tanto ocurrió cuando hubo que guionar el programa aniversario del canal, donde actuarían todas sus figuras. Me acuerdo de que estaba escribiéndolo ausente de todo lo que pasaba a mi

alrededor en una oficina donde se negociaban contratos, entraban y salían escenógrafos, representantes y representados, cuando apareció Alejandro Romay, que era el director propietario de la empresa. Me miró llenando carillas y tecleando a cuatro manos porque había que entregar el libro contra reloj, y le dijo a Maselli: “¿Este cristiano puede escribir un programa en medio de todo este bochinche? Si le sale bien, que me venga a ver”. Y tuve suerte, fue un buen programa aniversario donde, según la idea de Maselli, un personaje que no tenía invitación para entrar a la fiesta (Gogó Andreu) se convertía en el hilo conductor de la historia. En un par de semanas Romay me confió los libros de una comedia semanal (Lluvia de estrellas) que dirigió Pancho Guerrero y que tenía como protagonistas a Pinky y Emilio Ariño. Era placentero escribir para ambos, y también un lujo verlo dirigir a Pancho. De todos modos, ya sin contar con la ayuda del hotel y ante la difícil disyuntiva de quedarme vendiendo el auto o volverme con él y la familia, ocurrió algo inesperado que cambió mi vida.

Caminando una tarde por Corrientes me encontré por una feliz casualidad con Juan Carlos Altavista, uno de los protagonistas de Hogar nueve hogar, programa que estaba llegando a su final. Me preguntó qué pensaba hacer y le conté que tal vez regresaría a mi provincia. Se quedó un segundo pensativo y me dijo: “No te prometo nada, pero voy a hablarle de vos a Blackie —la inefable Paloma Efron— porque la oí decir que está buscando un autor para el programa donde yo laburo”. A la semana y gracias a esta gestión tan oportuna como generosa, entrevista mediante, me convertí en autor de los sketches de La cabalgata ypf, producida por Blackie para Canal 7, donde actuaban mi mentor Juan Carlos Altavista, Ernesto Bianco, Diana Maggi y Beba Bidart. Esto me permitió alquilar mi primer departamento en la calle Serrano, del cual fue garante mi ilustre comprovinciano Ciriaquito Ortiz.

Al año siguiente (1966), Maselli se mudó a Canal 13 y quiso llevarse a sus autores, entre los que me contaba. Aquí es donde mi vida profesional toma un rumbo definitivo a partir de los dos programas con los que debutamos y que fueron dos sucesos populares. El primero, La tuerca, y el siguiente, Los Campanelli, donde se sumaron a los libros del propio Maselli (Juan Peregrino) Oscar Viale y Jorge Basurto. Los pormenores de estos y otros ciclos

que vinieron luego se condensan por separado en el capítulo de mis anécdotas vividas a lo largo de casi quince años en el canal de Mestre. Hubo un breve impasse cuando en la gestión de mi amigo Pablo Rodríguez de la Torre como director general de rades (Red Argentina de Emisoras Splendid) me nombró gerente artístico de lr4. Allí, entre tantas figuras que frecuenté, recuerdo que un representante me pidió que le tomara una prueba a un muchacho que tocaba flamenco en su guitarra. Mi sangre andaluza me invitó a escucharlo. Era un joven enjuto que se sentó sin decir agua viene y, aflojando las bordonas de su guitarra, las usó a guisa de redoblante para ejecutar El sitio de Zaragoza. Luego templó nuevamente el instrumento y atacó con un fragmento del Concierto de Aranjuez. Lo contraté para un ciclo de seis recitales en el horario de las 22 horas. Se llamaba Luisito Rey. No lo vi hasta veinte años después en un pasillo de Canal 7, donde nos reconocimos con un abrazo. Yo hacía Mesa de noticias y él representaba a un precoz artista de la canción: era nada menos que el padre de Luis Miguel. Fue así que el destino quiso que su hijo, por entonces un niño y hoy un astro mundial de la canción, actuara para mi programa haciendo de noviecito de una de mis hijas. Para decirlo de otro modo: por un par de semanas la ficción me convirtió en el suegro putativo de Luis Miguel.

Después de mi paso por la radio volví a Constitución para reunirme con mis compañeros de equipo, a los que se sumaría Aldo Cammarota cuando don Alberto Ferrara produjo durante cinco años Humor redondo, con la conducción de Héctor Larrea. En la etapa final, cuando Atlántida se asoció con Proartel, Constancio Vigil designó a Carlos Montero en la gerencia de programas. Tanto Constancio como Carlos tuvieron desde el principio una gran confianza en mi trabajo autoral, y no sólo me permitieron acceder al comité de programación, sino que además me encomendaron reportar diariamente las novedades del área de espacios humorísticos. En lo que hace a la radio, tuve dos experiencias que me permitieron proponer mis personajes a una crecida audiencia; primero, con El tenis de Mesa, en radio Mitre, y algún tiempo después, con La máquina de contar, en Radio Belgrano. En el primer caso me convocó Hit Producciones, la agencia de Pepe Irusta Cornet, donde mis personajes eran recreados por un equipo de locutores actores que los enriquecían con su frescura: Rina Morán,

Rafí, Leonor Ferrara, Enrique Landi; algunos de ellos, también protagonistas en el segundo ciclo. En esa recordada etapa nos conocimos con Fernando Marín, quien tenía a su cargo la comercialización de los espacios, y marcó el inicio de una afectuosa amistad que mantuvimos a través de los años. Fernando fue quien produjo La máquina de mirar en televisión y, paralelamente, La máquina de contar en Belgrano. En este caso, había logrado formar un verdadero dream team para transitar las mañanas de lr3: Mariano Grondona, Bartolomé de Vedia, Claudio España, Ernesto Schoó, Rolando Hanglin, Gerardo Palacios Hardy, Guillermo Salatino, Rodolfo Civitarese, Ricardo Scioscia; en los sonidos de sala, Eduardo Trentuno; en la mesa de operaciones, el Tano Siciliano, y en la asistencia de producción, Julito Illiana. Mi tarea era conducir el programa y actuar los sketches donde brillaban con su luz propia Rina Morán, Rafí, Quique Landi y Leonor Ferrara. Una vez por semana nos visitaba una figura que yo incluía en el sketch central, y conservo grabaciones de ese tiempo con inolvidables momentos de humor que compartí con Niní Marshall, China Zorrilla, Pepe Iglesias, José Sacristán, Mercedes Sosa y tantos otros.

Alentado por el buen suceso de aquella temporada, me animé con el espectáculo en vivo y estrené en el Teatro de la Cova, en Martínez, Un show de entrecasa, con la inefable Leticia, actriz y cantante uruguaya que luego me acompañó durante cinco años en televisión y en temporadas de teatro. Mi hermano Edgardo regresó al escenario como en los tiempos de Córdoba, y juntos hicimos en años posteriores y en la misma sala Los pasajeros del ferrocarril, con Julia Zenko, y La noche de los vampiros, con Chico Novarro y María Martha Serra Lima. Fue también por aquellos años que en un viaje a Madrid le propuse a mi amigo y compadre Mario Clavell (fue el padrino de mi hijo, y mi mujer, la madrina de su hija) trabajar juntos en Buenos Aires, y con Jorge Basurto inauguramos una sala (Kartuchos) en la avenida Santa Fe, estrenando en temporadas consecutivas Tres en la Gran Vía, Señoras y señores, y Todos quieren porompompóm, con Carlos Garaycochea. Con Mario y Jorge hicimos una larga temporada llenando los fines de semana en El Burgués, un concert que inauguró en Rosario Mario Kovacic, empresario y amigo que produjo en su sala marplatense Trébol de cuatro, donde compartimos con Basurto otra temporada junto a Víctor Heredia y Cacho Tirao. El concert estaba en la calle Entre

Ríos al lado del teatro Tronador, donde actuaba Mariano Mores con un gran musical, del que participaba Mario Sánchez. Mario tenía en ese espectáculo un sketch en que debía salir a escena vistiendo un pijama. Todas las noches, cuando terminaba el show de ellos, Mario salía a la calle con su pijama y se asomaba al concert cuando nosotros estábamos en escena cantando con Víctor y Cacho el tema de despedida. Simulando ser un vecino desvelado, interrumpía el tema gritando desde la puerta que no podía dormir por culpa nuestra, adornando el reclamo con sus desopilantes ocurrencias. La gente creía que era algo que estaba preparado, pero jamás sospechó que se trataba de una divertida travesura de Mario, amigo, colega y recordado compañero de truco en los camarines.

Aquellas temporadas en el Re Fa Si de Luro y Corrientes me permitieron abordar el género de la comedia teatral sumándome a las carteleras del Odeón de Enrique Carreras. En ese querido escenario marplatense, junto con Mercedes Carreras y sus hijas —María, Marisa y Victoria—, tuve la inmensa satisfacción de estrenar mis comedias de verano en compañía de Osvaldo Miranda, Marty Cosens, Berugo Carámbula, Mario Sapag, Edgardo Mesa, Rolo Puente y muchos otros. En el capítulo dedicado a mi anecdotario encontrarán algunos felices momentos de aquellos estrenos (Humor a plazo fijo; Empecemos por el final, y Con un clavo en el zapato, pieza con la que obtuvimos el premio Estrella de Mar a la mejor comedia).

En ocasión de realizarse en Enterprise, en la costanera de Mar del Plata, la gran fiesta de la Revista Antena, fuimos distinguidos con la llave del verano los elencos de humor que habíamos animado la temporada desde distintos escenarios, como por ejemplo los celebrados Les Luthiers y muchos otros. Me tocó subir con Garaycochea y Basurto a recibir nuestros respectivos premios y me tomé los dos minutos que me asignaron para agradecerlos interpretando el sentir de todos los jóvenes colegas distinguidos, haciendo depositario de nuestra admiración a don Luis Sandrini, presente en la fiesta. Me permití contar brevemente que cuando yo tenía seis o siete años, un italiano que nos alquilaba nuestra casa en Córdoba me decía: “Si me hacés un Chingolo como Sandrini, te llevo a ver Los tres berretines al teatro”. Y yo abría grandes los ojos y decía: “¡Mientras el cuerpo aguante!”, y me ganaba una platea

para reír y emocionarme con el emblemático actor. Todo el mundo disparó sus aplausos para este singular artista que estaba haciendo temporada en el teatro de Enrique Carreras. Al día siguiente, yo estaba durmiendo la siesta en el hotel Rívoli de la calle Luro cuando sonó el teléfono. Levanté el tubo y oí una voz grave preguntarme: “¿Juan Carlos Mesa?”. “Sí, ¿quién es?”, respondí. “Soy Luis Sandrini”. Pensé que me había quedado dormido y lo estaba soñando. Pero no, era don Luis Sandrini, que haciendo gala de esa modestia que tienen los grandes me dijo que quería agradecer mis palabras de la noche anterior, y sin saber cómo hacerlo, le había pedido a Juan Alberto Mateyko, que compartía la temporada con él, mi número de teléfono. Me quedé sin poder articular palabras. Estaba hablándome por teléfono don Luis Sandrini, una auténtica gloria de la escena nacional, y apenas pude reaccionar para decirle que mi mensaje de la noche anterior había sido un acto de estricta justicia hacia su persona, pero me interrumpió para decirme que no todos los días un actor podía recibir el testimonio de una generación de cómicos jóvenes como la nuestra. Cuando se despidió con un “hasta siempre, amigo”, colgué, me levanté de la cama y fui a lavarme la cara al baño para cerciorarme de estar bien despierto. Y al mirarme al espejo me di cuenta de que no sólo tenía bien abiertos los ojos como el Chingolo de mi niñez, sino que además estaban llenos de lágrimas.

Un huevo en cada canasta

En los años ochenta me mudé a mi primer amor, Canal 11, donde había sido designado su director de contenidos Jorge Ignacio Vaillant, legítimo dueño de una gran parte de mis aciertos en el 13. En el 11 hice Vivan los novios, un ciclo participativo donde los sketches que escribíamos con mi hijo Gabriel estaban inspirados en las anécdotas de noviazgos que nos contaban por carta sus protagonistas, y que ficcionábamos con elencos invitados de primeras figuras. Vaillant, a poco de comenzar el ciclo, se desvinculó del canal y le propuse asociarnos para producir juntos, lo que nos permitió “poner un huevo en cada canasta”. Hicimos

Stress para el 13, Vivan los novios para el 11, y estrenamos Las hormigas en Canal 7. Gracias al enorme conocimiento del medio que Jorge exhibía, entre muchos otros atributos, habíamos logrado poner en marcha una máquina muy bien aceitada. Muy pronto Vaillant fue convocado para dirigir nuevamente el 13, y recuerdo que en un gesto de caballero aceptó el ofrecimiento no sin antes consignar que tenía tomado un compromiso conmigo y su decisión era seguir respetándolo. En las vacaciones de invierno llevamos Stress al Gran Rex de la calle Corrientes, con todo el elenco televisivo (Emilio Disi, Doris del Valle, Juan Carlos Thorry, Gladys Florimonte, Edgardo Mesa y muchos otros). En medio del buen suceso que alcanzamos, me golpeó duramente el quebranto de la salud de Vaillant, a quien desgraciadamente perdimos. Volví al 11 convocado por Gustavo Yankelevich, para quien escribí Brigada Cola, con Guillermo Francella y un gran elenco. Fue una historia que recreaba el auge del Kung Fu entre los pibes y no tardó en imponerse, a punto tal que con la producción de Carlos Mentasti y Enrique Estevanez la llevamos en vacaciones de invierno al Ópera. Recuerdo que unos meses antes, jugando al truco en Mar del Plata con el dueño del teatro (don Pancho Lococo) y mi amigo Pedrito Alegre, que era su administrador, hicimos futurismo apostando cuánto público podía convocar en dos semanas aquel espectáculo. Don Pancho, cauteloso, estimó treinta y cinco mil personas. Pedro Alegre dobló la cantidad. Yo, prudente, me quedé en el molde. Unos pocos meses después, Brigada Cola llevó al Ópera casi cien mil espectadores.

La década del ochenta fue para mí de una febril actividad, porque me permitió acceder al mundo del cine de entretenimiento como guionista de Aries, escribiendo para Porcel y Olmedo ocho películas que batieron récords de público. Rambito y Rambón y Los colimbas se divierten convocaron cada una cerca de un millón y medio de espectadores. En 1981 Luis Pico Estrada, que estaba al frente de la gerencia artística del 13, me citó un día al canal y me dijo textualmente: “Quiero hacer un ciclo con Tato Bores, no podés dejar de subirte a ese tranvía”. Por cierto que me subí, y durante tres años escribí y actué para el ciclo de Tato, que me impulsó a realizar junto a él mi primer trabajo como actor. Guardo innumerables anécdotas de aquellos programas, que encontrarán más adelante. Una noche, mientras realizábamos una de nuestras presentaciones

de concert en el Teatro de La Cova, entre función y función vino Tato a saludarme al camarín y me preguntó si conocía el tango La mariposa. Pensé que estaba por contarme algo risueño, pero ante mi afirmación me pidió que recordara la letra del tema. “No es que esté arrepentido / de haberte querido tanto; / lo que me apena es tu olvido, / y tu traición / me sume en amargo llanto…”. “Pará —me dijo—, quiero que me escribas una revista para hacer en el Maipo inspirada en esos versos”. Confieso que al principio no entendí nada, pero él se ocupó rápidamente de pasarlo en limpio. Su idea resumía la angustia del cómico que, como aquel Calvero que construyó Chaplin en Candilejas, se emocionaba de haber sido fiel a su público durante toda una vida, y en una repentina transición se sentía de pronto traicionado con el olvido y ensayaba una última pirueta que lo disparaba trágicamente al foso de la orquesta. No era por cierto su caso, pero sí el de tantos entretenedores que habían recorrido el largo camino de la risa y el aplauso, y que él desde su emoción más sincera quería homenajear como un colega, como el auténtico actor cómico de la Nación que gustaba llamarse.

En aquella Mariposa del Maipo llena de canciones y monólogos que escribí a su medida, compartió sus cuadros con la inefable Nélida Lobato, con una arquitectura teatral diseñada por Claudio Segovia. Nélida se vio obligada en plena temporada a resignar su brillante labor porque declinó su salud, y fue reemplazada por Cecilia Ruanova. Jamás olvidaré dos momentos recreados por Tato en aquella revista. Cuando con su personaje del Tío Josei, centímetro y tiza de sastre en mano, cosía el pantalón de un frac a un supuesto personaje omnipotente del poder de turno, junto a dos enormes zapatones de charol y dos piernas que se elevaban y se perdían en fuga en la embocadura del escenario; y luego, cuando sobre las ruinas de un mundo que había sido devastado por la crueldad del hombre, aparecía entre los escombros como la última cucaracha que tenía algo que decir. Parodiábamos así el aviso de un insecticida que había popularizado la pregunta “¿hay alguna cucaracha que tenga algo que decir?”.

A fines de 1982 se habían echado las bases para un cuarto ciclo. Era el tiempo en que Spielberg estrenó su recordado ET, y se planteó la idea de hacer Tato extraterrestre. La apertura del ciclo se grabó en el valle de la Luna, en San Juan, pero lamentablemente tuve que

desertar. Estaba trabajando en Mar del Plata, y Fernando Marín y Carlos Montero me citaron con urgencia para una idea de televisión. Nos encontramos un mediodía en la confitería Cabo Corrientes y me contaron sobre su proyecto de hacer una tira de una hora diaria que describiera desde el humor la otra cara de los sucesos en el ámbito de un informativo de tv. Carlos Montero era un conspicuo referente de la información en el país, creador entre otros grandes éxitos de Telenoche. La idea era ubicar el ciclo de lunes a viernes a las 20 horas en Canal 7. Me volví a mi casita de la costa con el compromiso de armar un elenco que encajara en ese marco. Fueron surgiendo los nombres y las propuestas que se canalizaron a través de quien sería el productor ejecutivo del nuevo programa, Gustavo Yankelevich. A las pocas semanas entregué un libro tentativo. Nunca imaginé que era el primero de otros mil capítulos que por cinco años consecutivos se consolidarían: cuatro años en el 7 y uno final en Canal 13. Por esa razón resigné mi continuidad con Tato y mi ciclo de radio en Belgrano; prácticamente me mudé al canal de Alcorta y Tagle, donde era el primero que llegaba y el último en irme. Teníamos que escribir con el querido Faruk los ochenta gags de cada capítulo, y luego yo debía componer mi personaje de director para jugar sus escenas. Fue Gustavo, en los tiempos fundacionales, quien me propuso para el personaje de jefe de personal a Gianni Lunadei.

No bien nos encontramos con Gianni se estableció una fuerte corriente de afecto mutuo. Su villano de comedia fue un acierto tan grande que trascendió el ciclo y continué trabajando con él durante dos años en El Gordo y el Flaco de Canal 11, y luego en Rompenueces para Alejandro Romay. Imposible recopilar los momentos que vivimos con este singular actor dentro y fuera de la ficción. Cada uno y todos los que desfilaron por Mesa de noticias participaron como yo de sus diabluras: desde hacer sacar de los goznes la puerta de mi despacho en el decorado sin que me enterara, y al grabar una escena y llamarlo por el intercomunicador entrar derribando la puerta, hasta recibirme al salir del ascensor para una escena y, al ponerse de pie (sin que el televidente se enterara por la complicidad del director), descubrir que se había quitado el pantalón y estaba de saco y corbata pero en calzoncillos con sus largas piernas enfundadas en medias negras con ligas. Eso era Gianni, una máquina de divertir.

Me detengo en este ciclo porque sin duda fue el más exitoso de cuantos me tocó actuar y escribir. No hubo figura que se negara a visitarnos para intervenir en diferentes momentos de cada capítulo. Todas las visitas se relacionaban con sucesos periodísticos o con la actualidad. Si clausuraban el teatro donde el recordado Adrián Ghío había estrenado Doña Flor y sus dos maridos aduciendo que sus desnudos eran impúdicos, Adrián aparecía con el torso desnudo dentro del quiosco de golosinas del noticiero, como si estuviese sin nada encima, y ante mi sorpresa, cuando iba por caramelos, me explicaba que frente a la contingencia de la clausura se había visto obligado a cambiar de ramo. Si había que colocar un acrílico en la puerta de mi despacho, me lo encontraba de overol y con un gorro de papel a Rogelio Polesello realizando esa tarea, y ante mi sorpresa, me explicaba que la manipulación del arte lo obligaba a realizar labores de carpintería. En ocasiones se abría el ascensor y dentro de él se estaban besando Ornella Vanoni y Alberto Lata Liste. Otras veces, De la Nata (el personaje de Gianni) me enfrentaba con Oscar Martínez o con Miguel Ángel Solá y nos incitaba a pelearnos, se paraba detrás del invitado pidiéndole que me propinara una golpiza, y luego corría a ponerse detrás de mí y me instigaba a que le hiciera un piquete de ojos. Era un desfile incesante de figuras donde a veces le arruinaba un traje a Cacho Fontana; o me hacían pedirle una muestra gratis a Florencio Escardó dejándome mal parado con Geno Díaz; o iba a comprarle flores a un quiosco a mi mujer y era atendido por Martha Lynch devenida en florista porque había mermado la venta de libros; o bajaba de un taxi y descubría que el chofer era Alejandro Doria, que decía haber elegido ese oficio por el mal momento que atravesaba el cine nacional. Ejercer ese rol de la crítica social a partir del humor nos permitió reírnos de la estupidez humana con el aporte de grandes representantes del arte y la cultura del país.

En aquella década de 1980, donde el mejor estreno fue la democracia que nos llegó con Alfonsín, se sucedieron episodios dolorosos en mi vida personal. Nos quedamos sin don Diego, padre y patriarca familiar que nos legara el ejemplo de su hombría y de su gracia tan andaluza. Poco después, mientras hacía teatro en el Odeón de Mar del Plata, perdí a mi hija política, Ana María Ares, una joven y flamante abogada, madre de Ezequiel, mi hasta ahora único nieto varón (padre de Gerónimo, mi hasta ahora primer

bisnieto). Si esto de algún modo guarda las formas de un compilado de mi vida, no puedo dejar de insertar aquí una mención estelar para mi elenco de nietas: Sofía, Felicitas, Elena, Paz y Matilda, que fueron llegando con esa prelación —para evitar problemas de cartel — y cuyos padres —mis hijos— y sus compañeras de vida, Pilar, Carola, Cristina y María, tuvieron a su cargo los principales roles. Pero en los albores de la década de 1990, tuve un espaldarazo insospechado. Invitado a uno de los almuerzos de Mirtha Legrand, la anfitriona me preguntó si tenía alguna asignatura pendiente en mi carrera. Le contesté, no ya como una galantería, sino como un deseo explícito: “Me gustaría que alguna vez en el tiempo pudiésemos trabajar juntos”. En el control del estudio estaba Daniel Tinayre, que me despidió muy afectuosamente al concluir el programa. Muy poco tiempo después me llamó por teléfono y me citó a su piso de Libertador. Sobre su escritorio tenía una comedia de autores franceses (Potiche) que había decidido estrenar en la próxima temporada teatral de Mar del Plata con Mirtha en el papel protagónico. Me explicó que si bien la pieza ya tenía una adaptación, su idea era que yo le sumara algunas referencias de humor local para ambientarla en el país.

Me contó muy sucintamente la trama de la comedia: una mujer casada con un fabricante de paraguas y madre de dos hijos se sentía relegada por la indiferencia de su marido, que no la tenía en la consideración debida y por momentos la hacía sentir como un adorno (de ahí el título, Potiche, “jarrón de porcelana”). En ese contexto cobraba fuerza el papel que jugaba en sus vidas el delegado de la fábrica, un hombre rústico pero de una fuerte personalidad que excedía los términos de sus planteos laborales toda vez que su discurso apuntaba a la señora de la casa, que por supuesto iba a personificar Mirtha. Tinayre me dijo que para el papel del delegado había pensado en Juan Carlos Calabró; para el de los hijos, Iliana Calabró y Roberto Antier; para el de la secretaria (que tenía un affaire con el dueño de casa), Linda Peretz. Hizo una pausa y le pregunté en quién había pensado para el papel del marido, y me disparó: “He pensado en vos”. Hubo un largo silencio. No podía creer lo que me estaba proponiendo un director con el rigor y el conocimiento de los actores que tenía Daniel Tinayre. Diré como en un guión de la tele: “Corte”, y debut en el teatro Atlas de Mar del Plata luego de concretar mi trabajo con el productor, nada

menos que Carlitos Rottemberg, quien iba a convertirse muy pronto en uno de mis más grandes amigos. Estrenamos en enero de 1990, y en el anecdotario más adelante evoco algunos momentos de esa hermosa experiencia. A partir de ella inauguramos una feliz costumbre, lejos de suponer que se extendería por más de veinte largos años hasta el presente.

Todos los sábados nos reuníamos a cenar en diferentes lugares con Daniel y Mirtha Legrand; su hermana Silvia (la querida Goldi) y Eduardo Lópina, su marido; Juan Carlos y Coca Calabró; Carlitos Rottemberg, Linda Peretz, Emilio Disi y su mujer Elvira; el actor Alberto Mazzini, Amalia I. Moreno, Monserrat, la productora comercial de los almuerzos, su hijo el arquitecto Sergio Company, Edith (mi mujer) y yo. Los ausentes están siempre con nosotros, que decidimos mantener el grupo a través de más de dos décadas, lo que me permite afirmar con alguna justificada vanidad que debo ser el comensal que más veces se ha sentado a la mesa de Chiquita.

El Gordo y el Flaco

No escarmentado de aquel fallido intento de ser comerciante, en una segunda intención quise hacer algo diferente con mi vida. Mis frecuentes visitas de fin de semana a la cabaña de mi amigo Carlos Pino Curti, su generosa hospitalidad y la de su mujer, Tina, me fueron entusiasmando. Mi amor por las cosas del campo me hizo suponer que podía buscar un camino alternativo al de mi oficio, y me compré una chacra cerca de Mercedes (Buenos Aires) en Manuel J. García. Era un pueblito con la escuela, el almacén de ramos generales, una vieja estación de tren que ya no operaba como tal, y alrededor, tierra, surcos, girasoles, algún que otro sauce y, como dijera Manzi, todo el cielo. Mi total desconocimiento del tema granja me hizo fracasar una y otra vez en diferentes intentos. Compré gallinas ponedoras, y era tanta la cantidad de docenas que llenaban los maples que no sabíamos qué corno hacer con tantos huevos. Hice sembrar alfalfa pero la semilla se mezcló, y una mañana los potreros amanecieron blancos de nabos entre los que

destacaba el nabo mayor, que venía a ser yo. Quise hacer factura de cerdo y desistí porque me salía mucho más caro un jamón que un chancho completo. Me entusiasmé con la apicultura y una abeja reina se metió en la casa por la tronera de la chimenea, seguida por toda la colmena, y tuvimos que fumigar por dentro y por fuera, se secaron las plantas con flores y las abejas emigraron a un tambo vecino donde en lugar de miel hacían dulce de leche. Pensé en la ganadería, compré un toro que cortó los alambres y se pasó al campo de al lado donde tuvo amores con todo el plantel de vacas inseminadas por un vecino que no sabía a quién matar primero, si al toro o a mí.

La actividad agrícola-ganadera cesó, y sólo me dejó el hermoso recuerdo de aquellas tardes en que con mi querido amigo, el ingeniero agrónomo Teddy Serantes, me sentaba a discurrir acerca de lo mucho que se equivocan los que piensan que el campo es triste. Seguramente no vieron nunca cómo el sol apaga el pucho en la lejanía, a la hora en que las garzas moras regresan a dormir en las ramas de los plátanos. Eso compensaba mis desdichas como emprendedor, nos reíamos con mi amigo erudito de mis torpezas agropecuarias y él me demostraba cuánto de cierto hay en aquellos versos de Hernández: "No pinta el que tiene ganas / sino el que sabe pintar".

Un párrafo aparte merece mi metamorfosis anatómica. Porque yo fui el Gordo y el Flaco, acaso por un ejercicio mimético de mis admirados Laurel y Hardy. El Flaco Mesa fue el de la escuela primaria cuando la vieja se esmeraba en estirar el ruedo del guardapolvo entre cuarto y sexto grado. Tenía los brazos tan largos, que cuando la maestra decía "tomen distancia" desacomodaba toda la fila. A los ocho años calzaba 44 y medio. El 6 de enero poníamos solamente los zapatos de mi hermano para no asustar a los Reyes. Como en invierno los pies quedaban afuera de la colcha, vivía resfriado y sometido al cuentagotas con argirol o aceite gomenolado. Hacerme subir de peso era todo un desafío. Me batían yemas con oporto, le ponían jugo de carne a la sopa, me hacían polenta frita y tomaba mate de leche. Pero yo no terminaba nunca de crecer y mamá me disculpaba con las visitas aclarándoles que estaba pegando el estirón. De modo que mi infancia fue accidentada. No me dejaban ir más a la calesita porque don Miguel

me ofreció la sortija en una de las vueltas, yo estiré el brazo y me lo llevé puesto con la pera y el poste. En la barraca de pescar botellas tampoco me aceptaban porque ponía las argollas con la mano. Y en la matiné del cine Renacimiento los que estaban atrás me pedían que bajara el asiento, aunque estaba bajo, pero las rodillas me quedaban arriba y John Wayne se veía únicamente cuando iba a caballo. Sin embargo, a fuerza de candeales, cascarillas y pan migado en leche, fui agregando algunos agujeros al cinto y una tarde que caminaba por una calle del centro oí que un lustrabotas me dijo: “¿Lo lustro, gordito?”. Miré en varias direcciones hasta que caí en la cuenta de que me lo decía a mí, y a partir de esa revelación asumí que había dejado de ser el Flaco Mesa.

La conversión al Gordo se manifestó cuando en los años sesenta y tantos desembarqué en Buenos Aires. No sé si por el cambio de clima, de topografía, o de lo que fuere, pero mudé de talla y de medium pasé violentamente al extra large. Comía más que el óxido. Fue cuando como cualquier gordo que se precie comencé a detestar el odioso acto de entrar a un probador. En vísperas de un verano, mi mujer me instó a comprarme un pantalón de baño para ir a la playa. Entré a medirme y cuando luego de un sufrido forcejeo logré llevar la prenda hasta casi el ombligo, oí preguntar a la vendedora por un short teenager que había dejado sobre el mostrador. No tuve necesidad de dudar. Era el que me estaba probando. Ahora el desafío era salir del short. Ya se sabe que los probadores de las tiendas son habitáculos diseñados para gente de tallas convencionales. Pensé en cómo liberarme sin convertir el short en un guiñapo, a quién podría llamar en auxilio si la empleada que me atendía era un festival de mohines y me había confesado minutos antes que era una de mis fans y veía todos mis programas, cómo el objeto de su admiración podía ser eso que estaba en el espejo desbordado igual que esos helados que se salen del cucurucho. Intenté sentarme en la banqueta, pero con eso puesto estaba condenado a morir de pie como los árboles. No quería entrar en pánico ni en cólera, temía convertirme en el increíble Hulk y hacer pelota el probador. Entonces me acordé de un libro sobre el hinduismo que me habían regalado y, al mejor estilo de un gurú, me relajé, medité, me acordé del tiempo en que era el Flaco Mesa y zafé. Eso sí, a la empleada le dije que al short lo llevaba para mi sobrino, porque a mí me quedaba un poco holgado. Este y otros

episodios de mis experiencias con la ropa acabaron por justificar mi aversión a ir de tiendas.

En Mar del Plata, nuestro habitual destino veraniego donde realizaba mis temporadas teatrales, a veces mi mujer descubría en una vidriera una prenda que se le antojaba era soñada para mí. Pese a mi franca resistencia, me llevaba de un brazo hasta el escaparate donde en un exhibidor estaba la prenda en cuestión, de un azul muy vivo y con un ancla de metal dorado en el borde. A regañadientes entrábamos, y mi señora le requería al vendedor el short de la vidriera. El vendedor preguntaba: "¿Como para quién?". "Como para él", respondía ella. El vendedor se bajaba los anteojos de la frente, me miraba, y respondía: "No, como para el señor tiene que ser otra medida", y alzando la voz pedía: "Domínguez, tráigame del depósito esos talles grandes que están en oferta". Al cabo de unos minutos, Domínguez desplegaba sobre el mostrador un enorme pantalón de baño color verde guano con las iniciales "ok", otro beige con un sinnúmero de focas estampadas, y uno más que podía pasar tranquilamente como estandarte en el carnaval de Gualeguaychú. Y a continuación, mi mujer salía de la tienda tratando de alcanzarme por la peatonal, y cuando me tenía a tiro protestaba: "Vos también podrías tener menos pretensiones". Total que yo desembarcaba en la playa con mi pantalón elastizado del año anterior, y recuerdo la vez en que estábamos en la orilla y mi mujer dijo: "Allá viene la maestra de tu hijo, entrá esa panza". La señorita Ofelia se nos acercó, saludó y por casi veinte minutos habló con mi mujer (que fue también maestra) de la escuela, de las notas, del estatuto del docente. Al cabo de esa interminable conferencia se disculpó diciendo: "Los dejo porque con la charla me acabo de acordar de que tengo a los chicos solos en la sombrilla"; y mi mujer agregó: "¿Y yo, que dejé los bolsos afuera de la carpa?"; a lo que con un hilo de voz añadí: "¿Y yo, que tengo la panza adentro?".

Con los grandes protagonistas

Algunos gigantes

Es bien cierto que a lo largo de tantos años expresando mi humor a través de la radio, la televisión, el cine y los escenarios, cada uno de los grandes protagonistas con los que compartí esa grata aventura me dejaron su impronta. Recorrer ese glosario poblado de anécdotas, sin abandonar el recurso del flashback que tanto usaba mi abuela malagueña, me permite evocar tiempos y nombres particularmente queridos.

Mi hijo Gabriel, autor como el padre, me cuenta una noche que en el Parakultural había escuchado a un tipo francamente desopilante. Se trataba de Alfredo Casero, a quien mucho tiempo después y por sugerencia de Adrián Suar le escribí dos especiales para tv. Cuando uno habla dos minutos con Alfredo se da cuenta de que no es un intuitivo, es un músico del humor. Si le agrego a esto el hecho de haberme distinguido numerosas veces llamándome su inspirador, se comprenderá más rápido por qué nos hemos sentido rápidamente amigos. El asunto es que la ópera prima de Alfredo en televisión fue De la cabeza, programa en el que mi hijo participó como autor y, ahora verán por qué, también como productor.

Una noche en que yo estaba en casa mirando uno de los capítulos grabados, Alfredo apareció componiendo un personaje determinado, y entonces mi mujer me dijo: “Mirá, vos tenés un saco igual a ese”. Vino otro bloque, Alfredo en un dormitorio era el protagonista, y oigo decir a mi mujer: “Qué casualidad, ese pijama es igual a uno tuyo”. A lo que mi hijo Gabriel agregó sin inmutarse: “No es casualidad, el saco, el pijama y un traje sport que van a ver en el bloque que viene no son parecidos a los de papá, son de papá”. Como el presupuesto para el ciclo era escaso, mi hijo había tomado la iniciativa de colaborar con la producción, de tal suerte que el vestuario que usaba el protagonista era mío. Me enternece contarlo,

porque esto es algo más que una anécdota. Es la demostración del amateurismo, de lo vocacional, de lo hecho a pulmón, como en aquellos mis años jóvenes cuando escuchaba protestar: “¿Quién ha descolgado los visillos del comedor?”, y luego en el teatro entraba a escena una novia vestida de tul con angelitos. Jamás me hubiera permitido publicar en el programa de mano “el traje de novia es de la casa del autor”. Debe ser por eso que en De la cabeza, estos simpáticos atorrantes nunca pusieron en los créditos finales “los trajes que usa Alfredo Casero son del padre de Gabriel Mesa”.

Les he oído contar infinidad de veces a muchos que tuvieron la suerte de trabajar con Alfredo Alcón que, además de ser el enorme actor que fue, tenía un gran sentido del humor. Y que, por añadidura, eran famosas sus tentaciones, aun metido en la carnadura de los personajes de un drama. Alguna vez, Alfredo declaró a la corresponsal de La Nación en España que el humor era el mejor invento humano, a la vez que subrayó que las grandes tragedias tenían mucho humor. Hamlet se la pasaba contando chistes, y en Macbeth, más allá del drama, hay parlamentos que son graciosísimos. Una tarde en que estábamos grabando uno de los capítulos de Operación Rescate, Alfredo me llama a su camarín, donde estaba con el director tratando de mejorar un texto del autor del ciclo, que a su juicio no era lo suficientemente gracioso. Intenté ser diplomático, porque lo que me pedía Alfredo era que sustituyera el texto cuestionado por otro mío, y en un momento dado, el director le dijo respetuoso pero con firmeza: “Perdoname, Alfredo, que disienta contigo, pero me siento obligado a precisarte que este autor tiene una larga experiencia y ha escrito muchos ciclos exitosos”. A lo que Alfredo respondió: “Cuando lo veas, disculpame con él por no haber leído sus obras completas”.

Y hablando de grandes actores, recuerdo mis nervios cuando aparecí en el hotel City de la calle Rivadavia, vecino al teatro Comedia de Córdoba, donde don Luis Arata esperaba mi primer libreto. Se lo empecé a leer, y cuando terminé de hacerlo no me atrevía a mirarlo. Me estremecí cuando oí que esa voz tan suya que tenía todos los tonos juntos, dijo: “El lunes comenzamos”. Y el lunes siguiente, don Luis Arata debutó en lw1, mi querida radio del Pasaje Muñoz, con el programa que titulé Sulfamino, un boticario sin chapa. Dueño de esas transiciones que sólo él o Sandrini eran

capaces de lograr para hacer de una línea un festival de matices y pasar de la risa al llanto en un segundo, yo gozaba de su personaje dos veces. Cuando escribía el texto y me lo imaginaba dicho por él, y cuando finalmente en el control de la radio veía reír y emocionarse con su interpretación al director artístico, a los anunciantes que auspiciaban el ciclo, a los técnicos encargados de la operación, etc. Ni qué decir del público que colmaba el estudio y del resto de los intérpretes. Me ha quedado grabado en la memoria un pasaje de aquel ciclo, en especial porque apenas escrito se lo había leído en casa a mi mujer, y en cierto momento nos dimos cuenta de que nos había ganado la misma emoción. Era como que nos prestábamos las lágrimas. En una parte del capítulo, Sulfamino contaba la historia de un hombre que tenía un mateo y los fines de semana ataba el caballo a la noria de una calesita que alquilaba en un baldío de la esquina. El caballo se llamaba Olegario. Un día el dueño entraba corriendo a la farmacia de Sulfamino a ver qué se podía hacer porque el caballo se le moría de viejo. Sulfamino no era veterinario, pero siempre se ufanaba de que en su negocio había de todo, como en botica. Si él había hecho de partero, si había curado empachos, por qué no iba a tratar de salvar al caballo del vecino. Pero no pudo ser. En el epílogo del programa, Arata se transformaba dando vida a su personaje. Todo él era aquel carruaje desvencijado, con las varas apuntando al cielo como si fueran brazos y repitiendo con una voz quebrada: “Olegarioooo... Olegarioooo...”. Todo él eran los caballos de la calesita que, al igual que el mateo, habían frenado su galope y apenas se movían en el barral de bronce estremecidos por aquel “Olegariooo... Olegariooo...”.

He tratado de recomponer estas frases en el tiempo, porque jamás olvidaré a don Luis Arata diciéndolas, y así como muchas veces nos asalta el pudor en el cine cuando tememos que se encienda la luz y nos sorprendan llorando, en las escasas dimensiones de aquel estudio de radio provinciana nadie, absolutamente nadie, podía ni quería disimular aquella tarde la emoción que nos había contagiado uno de los más grandes actores argentinos de todos los tiempos.

Crear situaciones de humor para divertir a los chicos debe ser sin duda una de las tareas más difíciles tanto para un autor como para un intérprete. En este último caso, pocos lograron imponer una

marca de fábrica con tanto acierto como Balá. A Carlitos le escribí El clan Balá, una comedia familiar para tv donde él era el travieso de la casa mimado por una madre que componía la inolvidable Blanquita del Prado. Años después le escribí para el cine las películas de Palito Ortega Dos locos en el aire y El tío Disparate. La diversión de treparse a un colectivo y ofrecer un artículo insólito fue una de las travesuras habituales de Balá en los años de su mayor éxito. Cierta vez en que me disponía a cenar con mi familia en un restaurante que había abierto mi amigo Pepe Fechoría en Mar del Plata, estábamos mirando la carta para ordenar cuando se me acerca el mozo y, después de sugerirme tal o cual plato, me pregunta si yo sabía qué gusto tenía la sal. Levanto la vista y veo que el mozo de saco blanco, moñito, un improvisado bigote, servilleta en el brazo y bandeja en la mano era Carlitos Balá. Resultó que enterado de que yo estaba en una de las mesas, se levantó de la que compartía con su hermosa familia, se metió en la cocina, y le pidió prestado a un mozo todos sus elementos. Se preguntarán de dónde sacó el bigote; Carlitos ha sido siempre nuestro Chaplin criollo, capaz de sorprender a chicos y grandes sacando en cualquier parte bigotes y palomas de su galera.

En mis años de Humor redondo, allá por los sesenta, me avisan que el director de Programación de Canal 13 quería verme en su despacho. Subí las escaleras pensando “qué habré dicho”. Me anunciaron, y cuando entré, Jorge Ignacio Vaillant, aquel cubanísimo ordenador de la programación que además de ser mi amigo —y mucho tiempo después, mi socio— tuvo tanto que ver en mi carrera, me dijo textualmente: “Óyeme. Hay alguien que se ha interesado en tu estilo de humor y quiero que te conozca personalmente”. Cuando entró la persona en cuestión creí que me había quedado dormido en un estudio y lo estaba soñando. No necesito adjetivar absolutamente nada. Ese señor que acababa de entrar y que se había interesado en el estilo de un joven y bisoño humorista era Pepe Biondi. El mismo que había visto trabajando en mi infancia sobre el escenario de la confitería La Blanca, en el Parque Sarmiento de Córdoba, cuando integraba el dúo Dick y Biondi. El mismo que mucho tiempo después había desembarcado en el canal de Goar Mestre para alcanzar niveles de audiencia jamás superados con aquel Viendo a Biondi que guionaron Golo y Guille, y que dirigiera la dueña de los mejores primeros planos de aquellos

años de grandes comedias, la recordada María Inés Andrés. Pepe quería hacer un show y me ofreció escribirlo. Así nació Festibiondi. Inauguramos entonces una cordial frecuentación. Por ese tiempo, yo vivía en Gurruchaga y Santa Fe. Pepe venía en su coche desde el centro y teníamos una charla de trabajo que duraba media hora y otra en que me contaba pasajes de su vida, charla que por más que se prolongara siempre me parecía corta. Yo escuchaba y aprendía, porque Pepe hacía docencia con el humor, transmitía experiencias, me enseñaba la técnica insuperable de su uno, dos, tres en el desarrollo de un sketch. En ocasiones me pedía que le manejara su coche y nos íbamos a los lagos de Palermo, que estaban ahí a la vuelta, donde yo atesoraba mil imágenes de su amena conversación, en que había siempre lugar para un buen consejo. A veces caminábamos por Santa Fe, donde le oía murmurar con inefable gracia su colección de piropos elegantes a las mujeres.

Una tarde estábamos en casa y de pronto Pepe me dice: "Me he dado cuenta de que tu pibe —Gabriel por ese tiempo tenía seis años — no sabe quién soy, hace dos meses que vengo día por medio y no tiene la menor idea, así que pasado mañana —llegaba puntualmente a las cinco de la tarde— voy a subir y cuando toque el timbre dejá que me abra él". Así lo hice. Le pedí a Gabriel que atendiera, y cuando abrió la puerta, Pepe, que se había puesto su tradicional peluca, le dijo con ese tono melifluo de sus remates a cámara: "¡Qué fenómeno!". Nunca olvidaré el gesto de asombro de mi hijo cuando entró como una tromba a mi escritorio y me dijo: "Papá, papá, ¿sabés quién está en la puerta? ¡Pepe Biondi!".

Conocer y disfrutar de estos seres irrepetibles fue el resultado de quedarme a probar fortuna en Buenos Aires en aquellos primeros tiempos. Un verdadero mentor de ese propósito fue Héctor Maselli. Nuestro recordado Toto fue el que hizo más por mi carrera profesional. Me abrió la puerta de Buenos Aires y me dejó poner el pie antes de que me la cerraran. Integré el equipo que formó allá por los años sesenta con Garaycochea, Jorge y Carlos Basurto. Escribimos juntos La matraca, La tuerca, Los Campanelli y muchos otros ciclos. Después de las reuniones de producción, nos juntábamos a comer en una fonda que estaba en la esquina de la cortada Achupallas y Lima, frente a Canal 13 (hoy avenida 9 de Julio). Fundamos una gran amistad con su familia, con su simpática

madre; con Martha, su compañera de toda la vida, y con sus hijos Marito y Toti. Trasladaba sus propias vivencias al campo de la ficción. A su hijo mayor le tocó la colimba en la policía y él le llevaba la vianda a la parada. Casi simultáneamente ficcionaba la situación real y hacía que Tito, el menor de Los Campanelli (Tito Mendoza), hiciera la conscripción como agente de policía, y don Carmelo (Adolfo Linvel) le llevaba las milanesas a su esquina. Nos hacíamos bromas con aquella muletilla de su sketch ("si no fuera por la gordura, qué lindo sería ser gordo").

Una vez organizó un locro en su casa de Belgrano; no éramos más que ocho personas y mandó traer ollas como para Campo de Mayo. Tenía alma de tano feliz, y cuando inventó Los Campanelli daba placer oírlo describir a los personajes alrededor de la mesa del domingo con la familia unita, porque era como el retrato de su propia familia en el Abasto. Una noche pantagruélica en la cantina de la cortada, en una mesa que él organizaba con la jarra donde florecía el apio y los quesos y los fideos alrededor, noté que Toto comía con un gesto de culpa. No pude menos que preguntarle si le pasaba algo, y por lo bajo me dijo: "¿Sabe lo que pasa, mi querido? ¡Yo estoy a dieta, y si me ve preocupado es porque cuando llegue a casa a la madrugada Martha me va a estar esperando con un plato de acelga hervida! ¡Y me la voy a tener que comer!".

Pero cuando en aquellos primeros tiempos en que tuve que tomar la decisión de quedarme en Buenos Aires o regresar a mi provincia, porque la continuidad de trabajo para un autor tiene sus altibajos, Juan Carlos Altavista intervino providencialmente para que yo eligiera quedarme. Por su recomendación conocí a Paloma Efron, nada menos que Blackie, nada menos que la señora Televisión. Mi primer encuentro con ella fue accidentado. Me había citado para las cinco de la tarde en la confitería Jockey Club de la calle Cerrito. Veinte minutos antes, estaba sentado en una de sus mesas con mis escritos. Cuando se hizo la hora, mi impaciencia no tenía límites, pero casi a las seis pensé: "Se olvidó". Pagué mi café, y al salir a la vereda y pasar frente a la vidriera del salón Familias, la vi sentada en una mesa marcando libretos. Yo, aturdido, la había estado esperando en el salón contiguo. Me disculpé por mi torpeza, no era esa la mejor manera de hacerme conocer con una mujer admirable y respetada por todo el mundo.

Fui autor de su programa La cabalgata ypf, donde escribí para Altavista, Diana Maggi, Ernesto Bianco y Beba Bidart, con quienes inicié una relación profesional y afectiva que se prolongó en el tiempo. Con Blackie, años después compartimos las reuniones de la mesa de programas de Canal 13, y llegamos a producir juntos el ciclo No hay más localidades. Se aprendía mucho con ella, era muy docente en su trabajo, tenía un gran rigor pero a la vez jamás dejaba de contar algo divertido. Una noche en que vino, como tantas otras, a visitar Humor redondo, yo había ido a una peluquería vecina al canal y el que me había atendido me había hecho un peinado soufflé que era como si me hubieran puesto un manchón de gomería en la cabeza. Apenas empezó el programa, que por cierto iba en vivo, Blackie tomó la palabra y, mirándome fijo, dijo: “Decime una cosa, Gordo, ¿dónde tenés la raya?”. Se cayó la estantería. Nadie podía seguir y yo tuve que hacer un esfuerzo para explicar que la raya estaba debajo del spray.

Barrio de tango

Como he contado antes, cuando en aquellos años de tentar distintas suertes recalé en el departamento de Prensa del por entonces Canal 11, los martes desaparecía de la oficina porque en el estudio mayor tocaba mi admirado Pichuco. Algunos años después, en los domingos de radio Splendid, actuaba Troilo con su orquesta. Entre tango y tango, yo escribía unas viñetas para el personaje de un viejito criollo (Don Jume) que interpretaba con su gracia inefable Juan Carlos Mareco. Siempre que aparecía el personaje, Ricardo Davis, el animador del ciclo, le preguntaba: “¿Cómo anda, don Jume?”. Y el viejo contestaba: “Acá andamos, durando, como caramelo e’ vieja...”. Otras veces la réplica era: “Acá andamos, durando como zapatilla e’ trapecista”. Pichuco gozaba sentado con su bandoneón, hasta que un domingo la respuesta de don Jume fue: “Acá andamos, durando como botella e’ leche en la heladera e’ Troilo...”. Fue el que más lo festejó y quien me recordaba la travesura cada vez que nos encontrábamos.

Puede decirse que mi amor por el tango comenzó con aquellas audiciones que Lorenzo Barbero y su orquesta animaban en las tardes de mi radio cordobesa y donde actuaba el poeta Héctor Gagliardi. Había leído con deleite sus coloridas acuarelas barriales sin imaginar que además de conocerlo personalmente íbamos a compartir momentos llenos de una cálida empatía. Gagliardi escribía sus versos para Córdoba en el primer piso del Pasaje Muñoz, en las oficinas de Calzados Taquito, la firma que lo patrocinaba. Nos conocimos en aquellos programas suyos de las dos de la tarde con la orquesta de Barbero. Allí se presentaba diciendo: "Dulce Córdoba de mis amores, / desde Barracas a Flores / y de San Telmo a Liniers, / aquí he venido a traer / esta rosa perfumada / que te mandan mis barriadas / para tu ojal cordobés". Al igual que tantos otros, me había emocionado con su Puñado de emociones, el libro que recorrió el país con sus versos llenos de ternura y de humor. En una de sus visitas había improvisado para nuestra calle San Martín esta copla: "Que sos linda lo sabés, / te lo dijo antes que yo / tu novio Rivera Indarte / que una tarde por besarte / te abrió el Pasaje Muñoz".

Nos hicimos rápidamente amigos. El punto de reunión era La Piojera, la parrilla de los hermanos Segura frente a la vieja lv2 en la calle Maipú, donde si a cualquiera se le ocurría pedir un escarbadientes, le arrojaban una lluvia de ellos sobre la mesa, ocurrencia que se repetía una y otra vez. Trabajamos juntos en Atlántico, en el Cerro de las Rosas. Yo, estrenando los versos de mis barriadas cordobesas, y él, dando vida a sus incomparables acuarelas porteñas. En cierta ocasión le organizaron una fiesta de despedida en el teatro Rivera Indarte y me encargaron las palabras finales:

Héctor Gagliardi, maestro,

mi tributo es muy sencillo,

y no sé cómo decirlo,

de pensarlo me avergüenzo.

Para poder concluirlo

tuve que plagiar tus versos.

Gagliardi, yo no quería,

la culpa fue de mi vieja.

De mi madre, que en el nombre

de las madres cordobesas,

quiso que yo te cantara

lo mismo que vos a ellas.

Yo quería hacerle un verso

como él se lo merece,

y lo empecé tantas veces

que no salgo del comienzo.

Es que a un Gagliardi, yo pienso,

qué se le puede decir,

sólo se puede sentir

en la grandeza de un verso.

Apareció en el escenario y nos confundimos en un largo y emocionado abrazo.

De aquella Córdoba evoco mis giras con Ciriaquito Ortiz y su emblemático bandoneón. Eran noches pobladas de tango y humor que rematábamos comiendo las inefables ranas de La Cuba de Oro. Fueron los años en que abordé con el entusiasmo propio de un

veinteañero la confección de letras para componer temas musicales con el inmenso Gordo Freyre, donde tienen su fecha de nacimiento mis primeros valses. En mi época de escriba en mi radio cordobesa, la mutual de lw1 filial Splendid organizó un baile en el Club Alberdi y contratamos a la orquesta de Horacio Salgán. No pude con mi genio y escribí unos versos para presentar al Polaco Goyeneche. Ese fue mi primer encuentro con él. Era, con Ángel Pacha Díaz, uno de los cantores de la orquesta. Qué cantor... No bailaba nadie. Todos en la pista aplaudiendo Siga el corso o Sueño querido.

En ocasión de venir a Córdoba en una de sus giras, el Polaco Goyeneche conoció en una peña dos de mis temas: Berretín y Otra vez María, valses que grabó luego con Baffa Berlingieri. ¿Cómo me podía imaginar que, en el pináculo de su bien ganada fama, el Polaco haría eso? Y además, una tarde llamó a casa y me dijo: “Gordo, te voy a grabar Berretín de nuevo”. Pensé que era un chiste, pero no. Le oyó tocar el vals a Esteban Morgado en su guitarra y ahí nomás decidió grabarlo por segunda vez. Una tarde llevé a mi hijo Gabriel al teatro Regina porque actuaba con el quinteto de Piazzola. Apareció el Polaco, cantó un par de temas y cerró con Cambalache. La gente se puso de pie, y Astor arrojó hacia arriba su bandoneón para volver a recibirlo luego de dar una vuelta en el aire. Era el delirio. Lo disfruté tantas noches en tantos sitios: en Tango Norte, un sótano de Las Heras y Callao; en el Caño 14 de Talcahuano; en Del Cuarenta, un refugio tanguero de la avenida Constitución de Mar del Plata; en Michelangelo, donde con mi hermano y el recordado Hugo Sofovich le gritábamos todo tipo de improperios porque interpretando era un verdadero hijo de su madre... Y hasta me lo regalaron para un cumpleaños. Cuando cumplí los cincuenta, mi mujer me organizó una fiesta sorpresa en La Casserole, el restaurante del francés César, al 2000 de Carlos Calvo. Cuando se hicieron las doce y apagué las velitas de la torta, apareció la sorpresa. Mi viejo amigo Mike Ribas hizo un arpegio en el piano, se abrieron las puertas, entró el Polaco y se despachó con La última curda. Fue el mejor regalo de cumpleaños que me hicieron en toda mi vida.

Mariano Mores… Él, como Sandro, Horacio Guarany y otras muchas figuras del espectáculo, fue amigo de mi padre. Con Mariano, varias veces nos hicimos la amenaza de componer juntos un tema. Es una

asignatura pendiente de mi vida de autor. Siento una profunda admiración por Marianito, y tuve el placer de trabajar en la tv con su dulce nieta Mariana Fabbiani; una vez leí, en una nota que le hicieron, una aclaración suya porque algún trasnochado había preguntado qué tenía en el pañuelo que llevaba siempre en su bolsillo balcón, a lo que Marianito contestó: “Transpiración, querido, porque todo lo que conseguí en mi vida fue a fuerza de sangre, sudor y lágrimas”. Entonces le escribí unos versos y se los mandé. Me llamó enseguida para agradecérmelos y nos volvimos a amenazar de hacerlos tango. Me da placer transcribirlos:

Pequeño barquito de satén mocoso,

te llenó de esquinas la plancha a carbón…

en aquellos años de bolsillo roto

cuando despuntaba mi clave de sol.

En tus cuatro puntas yo mordí mis miedos,

con sus cuatro nudos me até a mi tablón,

y por si faltara saber del pañuelo

yo le abrí su cielo con una canción.

¿Qué tiene el pañuelo? Un chau sin olvido,

un descolorido beso de zaguán,

el nombre apretado de los que han seguido

y el llanto dolido por los que no están.

¿Qué tiene el pañuelo? Un viaje, un amigo,
un olor a casa y a vino y a pan,
y la guía umbrosa de este Buenos Aires
donde están las cosas que me gustan más.

Fuiste vincha, venda y a veces machete,
pañuelo de mano, mi emblema de amor,
flameando en la cola de algún barrilete
o sentado al piano, de blanco los dos.

Lágrima y estrella de esta vida fuiste
guardando en sus pliegues mi gran ilusión,
pañuelo querido, cuando yo estoy triste,
vos sos el remiendo de mi corazón.

¡Qué grande esta Chiquita!

Puedo decir, sin temor a equivocarme, que ingresé al círculo de allegados de Mirtha Legrand sin presentar solicitud de ingreso. Tanto ella como Daniel Tinayre, su hermana Silvia y su hija Marcela me franquearon las puertas de una amistad que se prolongó en el tiempo hasta nuestros días, y que me permitió entre otras cosas compartir muchas veladas con gente que le profesa igual cariño. Cada vez que nos encontramos, hay dos temas excluyentes. Las empanadas de mi mujer y el viaje a Bariloche. Lo de Bariloche fue

memorable y le divierte cuando lo cuento. Después de una temporada de mucho trabajo, estaba realmente muy estresado y el médico me aconsejó que frenara un poco y me olvidara del trajín por una semana. Nada de televisión, reposo, acostarse temprano, etc. Nos pareció que un lugar apacible era la montaña, y nos fuimos con mi mujer a Bariloche.

Desempacamos y nos metimos en el lobby del Llao Llao con la idea de tomar un té y mirar un rato el paisaje antes de acostarnos. Me desparramé en un sillón, y en el momento en que le digo a mi señora “qué paz”, oigo la voz exultante de Marcela que se acerca a saludarnos y nos cuenta que acababa de llegar con Mirtha, que estaban todos en el comedor. Fuimos a saludarla, y “todos” eran el secretario de Turismo y gente de la Gobernación, que habían puesto a disposición de Mirtha una camioneta Band para que recorriera la ciudad y sus lugares tradicionales. Chiquita no me dio tiempo de decirle que estábamos por ir a descansar. Nos invitó a comer, y desde ese momento no paramos de subir y bajar de la Band mañana, tarde y noche, participando de cuanto ágape se organizó para agasajarla; recorrimos hosterías, comí ciervo y trucha ahumada, escalé cerros y jugué a punto y banca y ruleta en el casino donde ella incluso hizo de talladora. Regresé a Buenos Aires y no sólo me habían subido el colesterol y los triglicéridos, sino que además me dormía en la sala de maquillaje del canal. El médico me preguntó intrigado: “¿Pero no fue a descansar una semana a Bariloche?”. “Así es —le dije—, pero usted no tiene ni la menor idea de lo que es seguirle el tren a la señora Mirtha Legrand”.

De mis actuaciones en Mar del Plata, ya conté cómo se dio aquello de trabajar con Mirtha en la comedia francesa Potiche, con la dirección de Daniel Tinayre. Recuerdo que en un momento de la comedia debía cambiarme el calzado en los veinte segundos que duraba un apagón entre cuadro y cuadro. Un asistente ubicado entre cajas me ayudaba en ese intercambio. Era como entrar a boxes en un grand prix para cambiar de neumáticos. Y hubo una noche, ya cuando la temporada estaba finalizando, que decidí seguir con el mismo calzado. Suponía que Daniel había viajado a Punta del Este, pero estaba en la última fila de la platea y desde allí advirtió mi transgresión. Cuando cayó el telón saludamos y enfilamos hacia los camarines; apareció Daniel y me preguntó a

quemarropa: "¿Por qué no te cambiaste los zapatos en el final de cuadro?". Ensayé una vaga e inconsistente disculpa que no me convencía ni a mí mismo. No recuerdo que en vida de mi padre, que era un hombre de fuerte carácter, hubiese sido yo alguna vez acreedor de una reprimenda tan enérgica como la de esa noche. Me dio una acabada lección de disciplina delante de toda la compañía, y no pude menos que otorgar mi falta callando respetuosamente. Eso sí, a la hora de ser mi amigo, me dispensó más de una vez una cordialidad en el trato que nunca estuvo exenta de ternura y afecto.

Al Tano Darío Vittori lo descubrí como gourmet en ocasión de hacer una gira con la compañía de Mercedes Carreras. Llegamos un mediodía de domingo a un restaurante de pastas en Santiago del Estero, y Darío —como era su costumbre— se metió en la cocina. Le gustaba ser anfitrión hasta en casa ajena. Tiempo después, escribí una comedia que protagonizó con Mercedes en Mar del Plata, Secretos de hotel, donde era Pepino, el conserje, y transitaba otros momentos en distintos cuadros donde demostraba su versatilidad componiendo una galería de personajes tan opuestos como insólitos. Era admirable su capacidad de trabajo, se metía dentro de un traje de telgopor que lo convertía en Schwarzenegger —era pleno verano y sudaba la gota gorda—, saltaba y cantaba un musical con medio cuerpo encerrado en una bolsa de dormir, y cerraba el show bailando un tango de salón como el mejor. Por las mañanas salíamos a caminar por la costa. Cubrir las sesenta cuadras que normalmente podían hacerse en una hora larga de marcha nos llevaba casi el doble teniendo en cuenta las veces que había que esperar que el Tano saludara y firmara autógrafos a la gente. Los lunes, día de descanso de la compañía, preparaba tallarines a la funghi porcini en su chalet de la Loma, y se enojaba cuando les ponía queso porque era un exquisito en la materia y sus fideos ya venían con todo de fábrica. Por cierto que era tutto fatto in casa, y Pierina, su compañera de toda la vida, lo secundaba en el arte de recibir. De aquella temporada guardo intacto el recuerdo de las tres funciones diarias. Dos a la noche en el teatro y una matinal. Porque era toda una función aquel paseo costanero al lado de un gran conversador lleno de historias que terminaban siempre recreando las dos grandes pasiones que Darío tuvo en su vida: el teatro y su familia.

Pelele, Disi y mi Gran Hermano

Cuando las revistas porteñas llegaban a Córdoba, me colaba en algún palco para reírme con Don Pelele. Me asombraban sus silencios y su cara de nadie cuando se paraba frente al micrófono y luego de una larga pausa —peligrosa frente a un público como el cordobés, que siempre tiene alguna ocurrencia para disparar desde el paraíso— decía simplemente: “Me tienen podrido”. Poco a poco la gente se iba metiendo en su monólogo, que la mayoría de las veces se cerraba con un valsecito donde se floreaba con su armónica de bolsillo. En ocasiones la compañía salía a saludar, y Pelele, con un piloto en el brazo, bajaba impertérrito por la platea y se iba al hotel sin importarle para nada esa contravención con la ortodoxia del espectáculo. Muchos años después escribí para él dos ciclos de Canal 13: La cola del Prode y La canoa. Una mañana estábamos grabando ese programa y desapareció. Lo buscaron por las salas de ensayo, por los estudios, por las oficinas. Pelele no aparecía y el piso estaba parado. Pero alguien dijo haberlo visto entrar al hotel de enfrente. ¿Qué había pasado? Pelele había tenido en la víspera dos funciones y un trasnoche, llegó al canal, se cambió para el personaje, se maquilló, y vencido por el sueño salió del canal por Cochabamba y no tuvo mejor idea que cruzar la calle y entrar al Siglo Veinte, que era un albergue transitorio. Pidió una habitación y el conserje le preguntó con quién venía. Pelele, vestido de marinero, le dijo que venía solo, que recién había llegado su barco al puerto y necesitaba descansar, por lo que —propina de por medio— se acostó en uno de los cuartos y se quedó planchado mientras medio canal lo buscaba. Para los muchos que disfrutaron de sus ocurrencias, Pelele dejó cientos de situaciones tan divertidas como insólitas e increíbles. Yo puedo dar fe de esta.

Emilio Disi es uno de esos comediantes que eligen los autores para sentir que su texto está defendido. En los años que compartimos Stress, era un festival ver aquellas escenas donde le gastaba chanzas a nuestro inolvidable Juan Carlos Thorry. Le gustaba confundir la Jazz Santa Paula con los Hawaiian Serenaders. Actor respetuoso de

la letra pero muy repentista y ocurrente, a la hora de hacer bromas, me ha hecho objeto de una que le divierte reiterar. Cuando voy invitado a algún estreno que lo cuenta como intérprete, al salir a saludar le habla al público y dice que para cualquier actor es un placer que un colega esté en la platea, y agrega: “Pero si además el invitado me viene a ver la noche de su cumpleaños, el placer es doble. ¡Feliz cumpleaños, Juan Carlos Mesa!”. Entonces le hace cantar al público el happy birthday y luego me lleva media hora besar a todas las señoras que están en la sala, que me felicitan a la salida. Por supuesto que la última vez que me lo hizo fue en enero, en Mar del Plata, y yo cumplo años en mayo.

Si tuviera que contar el diez por ciento de las anécdotas que tengo con mi hermano Edgardo, en lugar de un libro debería haber escrito una enciclopedia. Hemos recorrido juntos mi provincia, que es también la de él, en las giras de aquella troupe de cómicos que allá por el año 1957 lo propuso como actor protagonista. Componía el personaje de un agente de policía que los memoriosos todavía recuerdan como el Cana de la Gran Vía. Ya en Buenos Aires, participó de muchos ciclos de mi autoría: Mesa de Noticias; Stress; Almacén de campo; Brigada Cola; Rompenueces. En tiempos de nuestras giras provincianas teníamos un pequeño ómnibus que nos trasladaba con la compañía y en el portaequipaje llevábamos las alfajías de madera (varas) con los decorados enrollados. Medio siglo después, cuando alguno de esos agrandados que no faltan se despachan una fanfarronada, o gastan una descortesía cargada de soberbia, mi hermano invariablemente se me acerca y me dice por lo bajo: “No te calentés, Carlitos, este nunca ha tenido las varas en el techo”.

Un Chico, un Bravo y un Ángel

Con Chico Novarro hicimos juntos La noche de los vampiros en La Cova de Martínez y Yo la vi primero en su sala Arriba Concert. Y luego, las giras, donde me sorprendía a cada momento con sus insólitas ocurrencias. En una ocasión estábamos preparando un set

de fotos para abrir un espectáculo en Rosario y Mar del Plata, junto a Jorge Basurto. La idea era que en esas fotos, tanto Chico como Jorge y yo debíamos posar vestidos de mujer. Para cumplir con el cometido, Micky (que es como le llaman a Chico sus íntimos), concertó una sesión de fotos en casa de su entrañable amigo Eduardo Lagos, músico relevante, virtuoso en el piano, destacado oftalmólogo y, por si todo eso no bastara, un talentoso entusiasta de la fotografía. La noche de la sesión fuimos todos al departamento de Eduardo en el barrio de la Recoleta y allí nos cambiamos y maquillamos. Mientras Eduardo acomodaba para la foto a Chico y a Jorge, tocaron el timbre y Eduardo me pidió que atendiera. Yo, que estaba enfundado en un enorme vestido de tafeta azul, tocado con una peluca de rizos, capelina, guantes de brazo y la boca pintada con un lunar cerca de los labios, me recogí un poco la falda y abrí. Era una tía de Eduardo que me miró azorada y finalmente dijo: "Buenas noches, señora, no me diga que Eduardo se mudó". Con Chico hemos festejado muchísimos momentos como este. Cierta vez en que estábamos de gira llenamos el teatro Municipal de Santa Fe. Salió Micky a cantar uno de sus temas melódicos y de pronto se metió por los amplificadores la voz de un relator de turf transmitiendo la octava carrera del hipódromo. Micky cantaba "ya no puedo acercarme a tu boca" y el relator decía "ganó el cuatro por el hocico". Sucedió que vecino al teatro estaba el Jockey Club, y la transmisión se filtraba por nuestro equipo de sonido. Micky se me acercó y me dijo: "Averiguá cuántas carreras faltan porque me distraigo".

Los que conocen a Fernando Bravo saben que se tienta fácilmente. Nos ocurrió más de una vez que haciendo teatro en el Colón de Mar del Plata debíamos prolongar una escena porque nos contagiábamos con alguna de esas tentaciones. Cierta vez, en una grabación de Mesa de noticias yo había libretado una escena en la que Fernando debía asomar en determinado momento por el radiador del aire acondicionado en mi despacho de director. Habíamos ensayado la escena un par de veces con Beatriz Bonet y Osvaldo Terranova, nada menos. Cuando dieron la orden de grabar y comenzamos el diálogo, no podía evitar oír la risa apagada de Fernando, que para poder asomar debió previamente ser ayudado por dos asistentes que lo acostaron en una tubería que detrás del radiador hacía las veces de ducto del aire. Verse en esa incómoda posición y sentirse

sostenido por los tobillos fueron el detonante. Fernando, para contener la risa, sacudía la tubería y la pared del decorado. Cuando me di cuenta, me tenté de tal forma que Osvaldo y Beatriz se miraban sin entender lo que pasaba. Hubo que repetir la toma tantas veces que Gustavo Yankelevich vino al set y dijo ofuscado: "Che, viejo, ¿por qué no la terminan?, yo no le veo nada de gracioso...". Y Fernando, tirando el radiador al suelo, asomó con la cara llena de lágrimas y dijo: "Sí, claro, vos porque estás en el control... Metete acá donde estoy yo y vas a ver".

Para un aniversario de Canal 13, allá por los sesenta, se hizo una gran fiesta en La Botica de Bergara Leumann, de la que participaban todos los elencos, directivos, funcionarios de agencia y amigos de la empresa. Por esos años, yo estaba haciendo Humor redondo, con Basurto, Garaycochea y Cammarota. Cuando cortaron la enorme torta del aniversario, los mozos procedieron a distribuir las porciones y en el final de la noche había quedado en el posatorta el trozo redondo del centro. Ángel Magaña, a quien le estaba escribiendo un personaje para una película de Palito, famoso por sus bromas, se acercó al mozo que estaba cerca del posatorta y le inventó que estaba en la fiesta un pibe que había llegado hacía poco de Córdoba y no la estaba pasando muy bien, etc. Yo estaba conversando con mis compañeros cuando al rato se acercó el mozo con un enorme paquete y me dijo: "Joven, esto es para que lleve a su casa de parte del señor Magaña". "¿Qué es?", le pregunté. "Es lo que quedó de la torta, llévela derecha por si se derrite el fondant". Aquella madrugada, a bordo de un taxi haciendo equilibrio con un paquete en las rodillas, vi pasar por la 9 de Julio a Angelito con su Comahue, haciéndose perdiz en el asiento y festejando su chanza. Recuerdo la cara de mi mujer cuando me vio llegar y preguntó: "¿Qué tal estuvo?", y yo le contesté, poniendo el paquete sobre la cama: "Divertido. Esto es de parte de Ángel Magaña".

Benemérito actor y productores: les pertenezco

Se grababa El Gordo y el Flaco en los estudios de Canal 11 en la

calle Pavón. En una escena donde yo debía llegar a mi despacho, quitarme el sobretodo y colgarlo en el perchero de pie, De la Nata (Gianni Lunadei) debía hacer una maldad y distraer a un empleado que pintaba la pared con un soplete para que mi sobretodo quedara tan blanco como la pared. Consiguieron un sobretodo para manchar, de color azul oscuro, para doblarlo con el mío. Pero resultó que mi sobretodo era beige y se me ocurrió traer de la casa de mi hijo mayor su sobretodo azul, porque había viajado a Europa y por el clima no lo necesitaba. La tarde de la grabación, Coquito Acosta, el director que me acompañó en Mesa de noticias, le dio instrucciones a De Andrea, el asistente, para que una vez que yo colgara el abrigo (el de mi hijo) en un corte de cámara lo cambiara por el de utilería para manchar. Recuerdo que le recomendé a De Andrea que mantuviera el sobretodo que yo había provisto lejos de los tachos de pintura, porque si se llegaba a salpicar era un sobretodo nuevo y lo había traído sin permiso de su dueño. Nunca pude saber si fue por un lamentable error o hubo una mano negra que indujo al pobre De Andrea a consumar el equívoco, pero cuando terminó la escena y lo vi pasar corriendo con el sobretodo doblado blanco de pintura pensé lo peor. Y no me equivoqué. El abrigo que me devolvieron era el de utilería, y el que mancharon estaba en vestuario donde trataban desesperadamente de limpiarlo a fuerza de rociador y plancha. Felizmente la pintura era al agua y salió. Lo hice planchar en la tintorería y me cuidé de no decirle nada a mi hijo cuando regresó de su viaje. Una noche en que estaba invitado al programa de Gasalla y el asistente era De Andrea, alguien le sopló el incidente a Antonio, que en un momento de nuestro diálogo me pidió que contara la anécdota con el sobretodo azul de mi hijo. Me quise morir, porque mi hijo no se perdía los programas de Gasalla y yo sabía que lo estaba mirando. De modo que me vi obligado a blanquear la situación, con la misma cara de "yo no fui" que puso el asistente cuando me blanqueó el sobretodo.

A Fernando Marín lo conocí cuando ingresé en el clan del aire por radio Mitre. Por aquel tiempo él era jefe de Publicidad de Hit, la productora con la que hicimos El tenis de Mesa por la misma emisora. Recuerdo que lo acompañaba a visitar a algunos clientes que se divertían con mis sketches donde yo de pronto hacía magia como Mandrake o cabalgaba con los Jinetes de Mackenzie. Inauguramos con Fernando una amistad que se mantiene inalterable

hasta hoy. Fui su columnista en La máquina de mirar, y luego hicimos La máquina de contar por radio Belgrano, con un equipo irrepetible de afamados columnistas que ya mencioné anteriormente. Años después Fernando se asoció con Montero y juntos hicimos Mesa de noticias durante cinco años consecutivos.

Cuando en los tiempos de la radio yo exhumaba algún sketch, Fernando, que nos venía escuchando desde su coche, llegaba a la radio y me decía: “Gordo, te mandaste un cofre”. Los dos sabíamos que esa mañana, en lugar de estrenar todos los momentos de humor del programa, había echado mano a un texto ya usado, que él y yo habíamos bautizado del cofre de los recuerdos. Para chancearlo, de vez en cuando entre las grageas de humor incluía una, y él se asomaba al control y se tocaba la oreja. Me indicaba con el gesto que había vuelto a repetir la historia de la orejita, que era más o menos así: “Hace unas mañanas me estaba afeitando en casa con la cara enjabonada y la navaja, y mi señora vino a traerme un mate. Se me acercó mimosa y me dijo: ‘¿De quién es esta orejita?’. Me puse mimoso y le contesté: ‘Tuya’. Y mi mujer dijo: ‘Bueno, gordo, fijate cuando te afeitás porque estaba tirada en el piso del baño’”. Han pasado un montón de años y cada vez que compartimos alguna reunión Fernando dice: “Gordo, ¿por qué no te contás el de la orejita?”.

Otro de los mentores de mi trabajo fue Carlos Montero, ese profesional de los medios que se paseó por ellos dejando su sello indeleble de hombre conocedor y exitoso. En ocasión de Mesa de noticias, programa en el que puso todo su empuje y entusiasmo desde la producción, recuerdo un encuentro en Rond Point cuando el ciclo, apenas iniciado un par de años antes, había hecho una curva descendente (acaso por el desgaste propio de toda tira diaria) que felizmente fue muy breve. Pero en el momento de encontrar soluciones, a mí se me ocurrió renunciar y decirle: “Mirá, Carlos, cuando un ministro tiene un problema en su área, lo mejor que puede hacer es elevarle su dimisión al presidente”. Carlos a quemarropa me disparó: “De acuerdo, ¿pero sabés cuál es el problema, Gordo? Que el presidente sos vos”. En cinco largos años de esfuerzo compartido, durante mil capítulos, aquel jet de Mesa de noticias (figura a la que solía yo recurrir en las reuniones de producción) alcanzó siempre las alturas buscadas, sin que por eso

no dejara de atravesar zonas de turbulencia. Tuve en suerte contar con una tripulación de lujo. En la tarea de los guiones, nombres como el de Coco Faruk, una inteligente prolongación del talento de ese verdadero maestro de dibujantes que fue su padre, Lino Palacio. Y para seguir con la figura del avión, ese gran amigo y profesional que se convirtió en un verdadero copiloto de la travesía, heredero nada menos que del padre de la televisión en el país, su abuelo don Jaime. Hablo por supuesto de Gustavo Yankelevich. Cuando nuestro avión volaba bajo, me lo advertía severo pero risueño: “Gordo, mirá que estamos tocando los árboles”. Gustavo fue siempre el mago que me daba el gusto cuando le pedía un conejo de la galera.

Cierta vez divisé en la vereda del Automóvil Club, sobre Libertador, una lancha enorme que estaba en exhibición anunciando una regata internacional. Llegué al canal y escribí toda una historia que tenía como locación una lancha de aquel porte. Gustavo leyó el libro y me dijo una frase a la que recurría toda vez que entendía que yo me había delirado con el guión: “Gordo, ¿comiste lechón con cerveza? ¿Vos tenés una idea del despelote que es llevar un equipo de exteriores a San Fernando para grabar en una lancha?”. Yo con un aire triunfal le retruqué: “¿Soy un despistado yo? ¡A la lancha la tenés a dos cuadras del canal, en la vereda del Automóvil Club!”. Al día siguiente el equipo de exteriores se trasladó al lugar indicado donde no estaba nada más que la vereda. A la lancha se la habían llevado la noche anterior. Tuve que prometerle que no iba a comer más lechón con cerveza, pero Gustavo, maestro en lo suyo, sacó un conejo de la galera, o mejor dicho, sacó del agua a este autor y la escena se grabó a lo grande, en un amarradero de San Fernando.

De aquellos años en la radio, hice una estrecha amistad con Guillermo Brizuela Méndez. En ocasión de mis temporadas en Mar del Plata, el Negro venía como un espectador más y se sentaba a propósito en las primeras filas. Cuando lo descubría, era toda una aventura eludir su mirada, porque sin mover un músculo de la cara me hacía tentar. Tuve el placer de escribirle sketches que compartíamos en Mitre. Era un tipo divertidísimo y lleno de anécdotas desopilantes. Cierta vez, en uno de los barcitos de Playa Grande, estábamos con nuestras mujeres hablando de la temporada, y de pronto el Negro, con ese desparpajo que tenía para contar historias, dijo: “Bruto, pero lo que se dice bruto, era el flaco Sortelo.

Se nos murió un amigo y me acompañó al velatorio a saludar a la viuda. La viuda nos recibió acongojada y dijo: ‘¿Quieren pasar a verlo?’. Y el flaco respondió: ‘Hoy no. Otro día’.

Cuando estrenamos Luna de miel entre veinte con todo el elenco de Los Campanelli en el teatro Alberdi de la costa, los sábados después de la última función la compañía viajaba a Buenos Aires porque el domingo hacían su programa en vivo por Canal 13. Como el domingo la sala quedaba libre, nos contrataron para hacer Humor redondo auspiciados por un conocido champán. Después de cada domingo, regresábamos en auto a Buenos Aires. Decidimos turnarnos para que cada uno de los cuatro trasladara a los demás en su coche a Capital. Sorteamos y la primera noche me tocó a mí. Garaycochea me dijo: “No corras, pero te pido que me dejes en la radio antes de las ocho de la mañana porque tengo La gallina verde”. Terminamos la función, partimos, pero apenas habíamos pasado Camet advertí que todos dormían plácidamente. Intenté ignorarlos pero era imposible. Aguanté cuanto pude pero al fin me metí en uno de esos bosquecillos para acampar y me dormí como los demás. Fui el primero en despertar. Estaba amaneciendo. Puse en marcha el auto y volví a la ruta. Lito —como lo llaman sus íntimos a Garaycochea— venía sentado a mi lado, se desperezó y de pronto oigo que dice: “¿Yo leí mal o en el cartel que acabamos de pasar dice a Capital Federal 370 kilómetros…?”. Sin desviar la vista, respondí: “Sí, ya hemos hecho más de treinta”. “¿Pero cómo...? —preguntó Lito— ¿Qué hora es?”. “Y..., ya enseguida va a comenzar La gallina verde —agregué—, pero podés dormir tranquilo porque vos no vas a estar”.

Trabajar con Gianni Lunadei fue una de las cosas más hermosas que me pasaron en mi vida profesional. Ser además su amigo, todo un lujo. Entre Mesa de noticias, El Gordo y el Flaco y Rompenueces, compartimos casi diez años de labor. Cuando compuso ese inolvidable personaje, el señor De la Nata, se prolongó en el tiempo como uno de los más recordados villanos de comedia de la televisión. Transitamos más de novecientos programas disfrutando de su inagotable ingenio. Cierta vez, en una grabación, se acercó Martha, la vestuarista, y me dijo que tenía el saco descosido en la espalda. Me lo quité y se lo di para que lo llevara y lo cosiera. Luego de que me lo entregó, grabamos una escena donde yo salía

del ascensor y De la Nata me recibía de pie en su escritorio diciéndome: “Benemérito señor director, le pertenezco”. Se dio la orden de grabar, salgo del ascensor, y Gianni había decidido imitar al famoso René Lavand, que hacía todo tipo de juegos con las cartas. Su imitación era perfecta, y desplegando la baraja de póker, luego de improvisar una desopilante historia de piratas, me pidió que levantara una carta y no dijera qué carta era. La cámara mostró la carta que levanté, una reina de trébol. Luego se la di tapada y la mezcló mientras seguía con un relato delirante. Finalmente empezó a dar vueltas cartas preguntando si era esa la que yo había separado. Como ninguna era la reina de trébol, me dijo: “No busquemos más... Su carta no está en el mazo. ¡Zaac! La tiene en el bolsillo de su saco”. Me señaló el bolsillo junto a la solapa. Quedé un segundo sin saber qué decir, metí la mano en el bolsillo y, efectivamente, ahí estaba la reina de trébol... Sólo en ese segundo me di cuenta de que Martha, la vestuarista, me había pedido antes el saco para ser cómplice de esa broma mágica frente a cámara. Así era Gianni, mi querido y admirado Gianni, un verdadero ilusionista del humor.

El enfermo imaginario y otras cuestiones

Entré a Humor redondo por sorteo. La cosa fue así: Cammarota, Basurto y Garaycochea fueron invitados a un programa político del canal (Parlamento 13) y fueron tan ingeniosas sus intervenciones que don Alberto Ferrara, productor de exitosos ciclos de entretenimiento (Dígalo con mímica, Quién es quién, etc.), le propuso a Jorge Vaillant, gerente de Programación, hacer un programa de actualidad con los tres humoristas. La idea gustó, pero Vaillant sugirió que en vez de tres, el panel fuese de cuatro con un moderador (Héctor Larrea). Ferrara y sus tres panelistas tiraron dos nombres para completar el staff: el de mi querido Coco Faruk (Jorge Palacio) y yo. Pero la votación resultó empate y Ferrara optó por resolver la cosa a cara o ceca. Tiraron la moneda y gané por sorteo. Esa suerte me permitió estar cinco años compartiendo las memorables sesiones de un programa que sumaba en cada emisión

el aporte de figuras invitadas tales como Mariano Perla y hasta del mismísimo Conrado Nalé Roxlo. El programa (los sábados a las 21) se improvisaba en vivo y se trataban tres temas de actualidad por sorteo. Una noche llegué al canal una hora antes y la maquilladora me preguntó si me sentía bien. La miré extrañado por la pregunta y se disculpó agregando que tenía la cara de un color verdoso. Me acerqué al espejo y, efectivamente, noté un cierto color cetrino en la cara. Como estaba haciendo una dieta con Alberto Cormillot, pensé que me había bajado la presión, por lo que decidí no maquillarme sin pasar antes por el bar del sur, vecino al canal, y tomarme un coñac. Tanto cuando entré en el bar como cuando regresé al canal, todos los que me saludaban me decían que estaba verde. No dudé en llamar a la clínica y el médico de guardia me dijo que lo mejor que podía hacer era volver a casa y acostarme hasta que se comunicaran con Cormillot. Le informé al productor, que me dijo que no perdiera un minuto porque él también me veía un color feo. Tomé un taxi y me fui a casa. No bien llegué y me dispuse a desvestirme para meterme en la cama, mi mujer me miró de cerca y comenzó a reírse. Le pregunté casi enojado qué le causaba gracia, y me dijo: “Hoy colgué en el baño una toalla verde que compré, y destiñe. Cuando te afeitaste y te lavaste la cara, te secaste y quedaste verde”. Me lavé de nuevo, avisé a la clínica, me tomé un taxi y regresé a tiempo para el segundo bloque de Humor redondo. Larrea, que había justificado mi ausencia por una ligera indisposición, avisado del incidente aclaró que felizmente yo me incorporaba al panel porque mi indisposición había sido un simple problema de toalla.

Los exteriores de una grabación de tv dan lugar a infinidad de situaciones con el público que se van creando de acuerdo a la locación donde se realizan. En ocasión de filmar algunas secuencias para Operación Rescate, una miniserie para la que fui convocado por esa enorme actriz que es Norma Aleandro, se rodaba una escena junto a ella y el inolvidable Alfredo Alcón donde intervenía un regular número de extras que asistían a una inhumación. Se suponía que mi personaje (al cual inhumaban), marido del personaje que componía Norma, se había corporizado en un fantasma que nadie veía. Para dar el realismo necesario, las secuencias se grabaron en un cementerio parque, y mientras yo esperaba mi turno de grabación cerca de los supuestos deudos, una señora del público

que me vio se me acercó y me preguntó por lo bajo: “Perdón, ¿quién murió?”. Como yo estaba pensando en términos de ficción, le contesté: “Yo”. La señora me miró con un gesto de rechazo a lo que suponía un chiste de humor negro, y oí que por lo bajo exclamaba mientras se iba: “¡Qué estúpido!”.

Con Juan Carlos Calabró nos unen en el recuerdo —además de nuestra amistad— muchos programas que escribí y en los que compuso singulares personajes: El pastito; Gorosito y señora; Frac; El chupete, etc. Cala era un amigo muy querido por mi padre. Se profesaban un cariño mutuo. Cuando a mi viejo le festejamos los 80 años, decidimos con mi hermano reunir a toda la familia en un gran asado gran. Por supuesto que Juan Carlos y familia estaban invitados. En un momento de la reunión nos agrupamos alrededor de mi padre sus hijos, nueras, sobrinos y primos, y un camarógrafo del canal que trajo mi hermano perpetuó el momento, que consistió en unas breves palabras mías que había preparado como una suerte de semblanza de don Diego. A poco de empezar a hablar, me embargó una auténtica emoción, no así a los muchos amigos que escuchaban mi disertación tentados de risa... Sin entender qué estaba diciendo yo que pudiera parecerles gracioso, seguí hasta el final y aún conservo ese tape donde se explica la situación. Al mejor estilo de esos desconocidos de siempre que en las notas callejeras, cuando ven una cámara, se colocan a espaldas del notero y saludan con la mano, Calabró se había puesto un gorrito de veraneante y con un parasol al hombro se paseaba entre los familiares que rodeaban a mi padre y mirando hacia la cámara saludaba quitándose y poniéndose el gorrito, yendo y viniendo de un extremo a otro.

Muchos años después, actuando juntos con Mirtha Legrand en el Atlas de Mar del Plata, la casualidad quiso que le devolviera la chanza sin proponérmelo. Teníamos que jugar una escena donde Cala, que era el delegado gremial, venía a la casa de su patrón, que era yo. Mientras él decía un discurso donde debía enfatizar todo un alegato sindical, yo, a sus espaldas, tenía que descorchar una botella de vino. En una de las funciones, el corcho de la botella había quedado demasiado hundido y yo comencé a luchar para sacarlo. Calabró hacía su monólogo y el público se reía. Yo desesperaba porque la escena terminaba cuando servía dos copas y le proponía

un brindis, pero como el corcho no salía, opté por hundirlo con el dedo, con tanta mala suerte que al hacerlo con la botella inclinada me bañé el pantalón claro con vino tinto. Ahí la risa del público fue general, y Cala, que recién advirtió lo que pasaba, se sumó discretamente a la tentación... Sin el menor deseo de revancha, el destino me hizo repetir aquel momento del discurso desvirtuado, pero esta vez cambiando los roles.

Nunca en toda mi vida profesional recibí tantas demostraciones de cariño de la gente como cuando hice Mesa de noticias. Fueron cinco años de estar todos los días con un programa que ganó la calle y el favor de una audiencia masiva en todo el país, integrada por niños de toda edad y, de modo general, por la familia. Después de más de veinte años, siempre hay alguien que me saluda diciéndome: "Usted alegró mi infancia, o mi adolescencia, con su Mesa de noticias". Cuando el programa estaba en pleno auge, me tomé unos días de descanso para las vacaciones de julio y viajé con mi mujer a Tucumán. El 8 de julio decidimos ir a visitar la casa histórica donde se realizaba un espectáculo de luz y sonido. Llegamos diez minutos tarde porque a mi mujer se le ocurrió ir antes a la peluquería. El encargado de cuidar la puerta me reconoció y eso permitió que nos franqueara el acceso, no sin antes rogarnos que permaneciéramos unos minutos en la galería de entrada hasta que el público se desplazara del primer patio a los contiguos. Así lo hicimos. Nos quedamos parados con mi mujer en la penumbra de un arco de la galería mientras los alumnos de distintas escuelas del país con sus respectivas maestras seguían el relato y la música grabados. En un pasaje de la recreación histórica, la voz del relator dijo algo así como "resonaron los cascos de un caballo que se detuvo frente a la casa". Luego el aldabón de la puerta sonó tres veces. Aquí el sonido patentizó el momento con los tres golpes de aldabón y el relator completó la frase diciendo: "Una voz preguntó... ¿quién vive?". Se encendió entonces una luz cenital en el arco de la galería donde mi mujer y yo estábamos parados, y todos los chicos que estaban en el patio me señalaron y corearon al unísono: "¡Mesa de noticias!". No sabía si sonreír o salir corriendo hacia la calle. Mi mujer, después de que terminó todo, me dijo: "Te hubiera matado". "Ah, ¿yo tuve la culpa?", me defendí. Discutimos repartiendo esas culpas por el papelón, y al día siguiente, 9 de julio, le hicimos honor al Día de la Independencia, porque cada uno salió a hacer las excursiones por su

cuenta.

Pepe, Osvaldo y Jorge

Cuántos momentos de mi vida de autor fueron premiados con la labor y la amistad de actores que admiraba desde siempre. Pepe Soriano fue uno de ellos. Pepe había regresado de una de sus largas temporadas en España, y yo estaba preparando un ciclo de comedias para América Dos. Se trataba de un unitario (La casa de la esquina) donde había que recrear la vida de una familia que tenía una panadería barrial en una casa considerada reliquia, porque atesoraba murales de un pintor que la había habitado en el siglo pasado. ¿Quién sino Pepe podía ser el jefe de esa familia? Nos reunimos en un café de Belgrano, le conté el proyecto y le gustó. Compuso una variante de su incomparable don Berto. En este caso era un abuelo que se había jubilado y de pronto recibía la noticia de un legado que debía ir a reclamar a Italia, y como era véneto, le inventamos un viaje acompañado de su hijo mayor, que era yo. Viajamos a Venecia con Pepe y el camarógrafo, y la idea era jugar las escenas con la cámara oculta para evitar la curiosidad de la gente. Lo que me divertí con aquellas escenas con el personaje de Pepe alcanzaba para escribir otro ciclo aparte. Su personaje de viejito travieso que corría tras las palomas de Piazza San Marcos para desesperación de su hijo excedía totalmente lo previsto, porque la gente creía que realmente se trataba de mi padre cuando lo reprendía en español y él me refutaba en italiano. En otros momentos, la situación se planteaba a bordo de una góndola que alquilábamos para surcar los canales de Venecia. Pepe, siempre componiendo su personaje, se paraba para saludar en italiano a los paisanos que supuestamente conocía, y el gondolieri y yo tratábamos de reconvenirlo porque la góndola se hamacaba de manera peligrosa. En otra divertida situación, lo hacía sentar en un café de la plaza y le decía que pidiera café mientras yo iba al toilette. Cuando regresaba, me lo encontraba con un helado de dos pisos y la gente, ignorando que estaba actuando un personaje, no podía creer que un hombre de esa edad acometiera con semejante

montaña de crema.

Los personajes del grotesco creados de un modo tan personal por Pepe me dejaron recuerdos inolvidables y risueños, aunque no sólo risueños. Componiendo un sereno de playa (Cablecanal, 1994), le escribí una escena donde le robaban un auto del garaje y lo despedían. La dramatización que hizo de esa breve secuencia, tan justa, tan fiel a la letra, tan enriquecida por una emoción sincera, hizo que todos los que estábamos en el piso aquella tarde nos quedáramos mudos, lagrimeando, agradecidos por esa ilusión auténtica que sólo pueden fabricar los grandes actores.

Y a propósito de grandes actores… En la primera temporada en que tuve el placer de trabajar para los Carreras en su teatro Odeón de Mar del Plata (desde diciembre de 1982 hasta abril de 1983), estrenamos Humor a plazo fijo con Mercedes Carreras, Osvaldo Miranda y Mario Sapag, con la dirección de Enrique Carreras, y nos distinguieron con el premio Estrella de Mar (diez años después lo ganamos con Mercedes y Berugo Carámbula cuando hicimos mi comedia Con un clavo en el zapato). De aquella primera experiencia en ese querido teatro siempre evocamos con mi hermano Edgardo —que al igual que Victoria, María y Marisa Carreras, formó parte del elenco— la anécdota de cada día que Osvaldo Miranda nos acercaba al camarín. Era una fiesta oírlo contar historias de sus tiempos de galán, las improntas de Florencio Parravicini, su amistad con Discepolín, etc.

Jugar todas las noches con Osvaldo un paso de comedia (Lío entre esposas) se convertía para mí en una lección enriquecedora. Su personaje era el de un viudo que vuelto a casar se instalaba en la suite nupcial de un hotel marplatense donde yo hacía las veces de jefe de vigilancia. Cuando la novia (Mercedes Carreras) se iba al toilette a quitarse su vestido para ponerse glamorosa, el viudo reparaba en que la puerta de la suite no tenía llave. Reclamaba por teléfono a conserjería y aparecía yo como detective para tranquilizar al pasajero haciéndole una demostración de cómo estaba entrenado para proceder en caso de que alguien intentara entrar subrepticiamente a una habitación del hotel. La demostración consistía en cómo inmovilizar al supuesto delincuente esposándolo, para luego llevarlo a las autoridades. Cuando la explicación

concluía, yo empezaba angustiado a buscar la llave de las esposas y descubría que tenía el bolsillo roto... Había perdido la llave y debía quedarme esposado con el novio hasta el día siguiente, cuando llegara el cerrajero del hotel, que era el único que conocía el sistema para abrirlas. Planteada la situación, lo que venía después era un festival. El novio debía ocultar al detective con el que estaba esposado hasta que la novia descubría el incidente y, ofendida, se iba y plantaba al novio. Al quedar el viudo desairado y esposado al detective, Osvaldo debía decir: “Yo esperé esta luna de miel muchos años. Le voy a dar una noticia: voy a pasar mi noche de bodas con lo primero que tenga a mano”. Y caía el telón. La noche del estreno, Osvaldo se sentó en la cama esposado conmigo y dijo: “Yo esperé esta luna de miel muchos años…”. Hizo una pausa y con uno de esos tonos únicamente suyos agregó: “Contame una cosa, gordito, ¿nunca te dijeron que tenés ojos de uva pelada?”.

Jorge Basurto fue uno de mis mejores amigos. Recorrimos juntos este difícil camino de entretener, desde los textos o desde los escenarios. Era un repentista increíble, una suerte de Buster Keaton que con una seriedad pasmosa disparaba ocurrencias llenas de ingenio. Como cuando dijo en Humor redondo que Quinquela Martín era un pintor social porque en sus cuadros le había dado trabajo a mucha gente. En una ocasión en que lo llevé a conocer las sierras, estábamos con un grupo de turistas frente a las grutas del eco en Ongamira. Todos hacían exclamaciones para que el eco se las devolviese. Unos decían “uuuuh”; otros, “hola”; otros, “buen día”. Jorge se adelantó para pronunciar lo suyo, me miró y me dijo: “¿Qué querés que le pregunte?”.

Cultivaba un bajo perfil y hablaba en un tono ronco y bajo. Una noche estábamos reunidos con el equipo de autores de Los Campanelli, y Toto Maselli, su productor, hablaba sin pausa. Jorge intentaba decir algo pero no lograba atención, porque además se había sentado del lado donde Maselli tenía el oído pesado. De pronto Jorge se levantó y se fue de la oficina. Pensé que iba al baño, pero a los pocos segundos golpearon con fuerza en la puerta. Maselli se interrumpió y mirando hacia la puerta preguntó: “¿Quién es?”. Se abrió la puerta, asomó Jorge, y dijo: “Buenas noches, soy yo, quería probar a ver si así me daba bola”.

De panchos y palomas

En tiempos de Mesa de noticias, nos habíamos impuesto el compromiso con el público de hacer participar a una figura invitada en el momento final del programa. Así de pronto ocurría que en mi papel de atribulado director, un día debía casarme de nuevo con mi mujer porque se había quemado el acta civil de mi matrimonio, y cuando la jueza preguntaba “¿Hay alguien que se oponga a esta unión?”, se abría una puerta y asomaba el ingeniero Álvaro Alsogaray exclamando: “¡Yo me opongo!”. Y terminaba el capítulo. Al día siguiente la escena continuaba y el invitado se justificaba diciendo que yo no ofrecía las garantías necesarias para asegurar a mi cónyuge que podíamos pasar juntos el invierno.

Para cada invitado se preparaba una situación divertida. En una ocasión invitamos a Susana Giménez. La historia era esta: el director cumplía años y De la Nata le llevaba a su fiesta hogareña un prestidigitador. En cierto momento, el mago en cuestión pedía dos voluntarios y De la Nata nos hacía pasar a mí y a mi esposa. El mago, con un pase mágico, convertía a mi mujer en una paloma. Luego me preguntaba adónde y con quién me gustaría estar hasta que volviera a convertir a la paloma en mi mujer. Yo meditaba y De la Nata me soplaba algo al oído. Entonces miraba hacia la paloma, me animaba y decía: “Me gustaría estar en París, y cenar en Maxim’s con Susana Giménez”. El mago hacía un pase mágico y yo aparecía de esmoquin en el decorado de Maxim’s. La camarera (Cris Morena) me acompañaba a una mesa y me ubicaba al lado de Susana Giménez. Yo levantaba con ella una copa de champán y le decía casi al oído: “Al fin solos”. Justo en ese instante, desde detrás de cámara, el mago debía dejar volar a la paloma amaestrada para que se posara en mi hombro y se quedara ahí como si se tratara de mi mujer dispuesta a arruinar mi cita. Estábamos listos para grabar la escena y Susana me dice: “¿Esto será rápido?, porque mirá que yo tengo que ir a hacer mi programa”. Le contesté que eran dos minutos y quedaba libre. Se dio orden de grabar, brindamos, dije “Al fin solos”, el mago soltó la paloma y la paloma pasó como tiro

por arriba de mi cabeza y se fue a estrellar contra una ventana del decorado. “¡Corten!”. El mago dijo que debió haberse encandilado y se grabó de vuelta. Dije “Al fin solos”, el mago soltó la paloma y la paloma describió un círculo y voló a la parrilla del estudio. Susana miraba su reloj y me decía: “Juan, mirá que me voy”. Yo me quería matar, habíamos logrado a Susana como invitada, lo que era todo un triunfo, y nos pasaba eso... Hubo que repetir la toma tres veces más porque la paloma giraba y volvía al mago, o sobrevolaba el estudio, pero no había caso de que se posara en mi hombro. Susana me dijo que lamentablemente tenía que irse, que pensara otro final, entonces sugerí que apareciera mi mujer en la mesa de Maxim’s; hicimos el cambio, y cuando mi mujer (Leticia) apareció preguntando “¿Se puede saber qué hacen ustedes acá?”, el mago soltó la paloma y la muy desgraciada se posó en mi hombro.

Recobrar estos momentos y muchos otros en la memoria me permiten evocar no sólo programas de tv, sino también temporadas en el teatro. Por ejemplo, aquella de La Cova con María Martha Serra Lima. Podría decirse que María Martha me presentó a los panchos mucho antes de grabar como solista. Les digo por qué: Mario Faig era director artístico del Canal 8 de Mar Del Plata y yo había ido a grabar un reportaje. Me contó que en un boliche de Constitución había una chica que cantaba como los dioses. Fui y quedé enloquecido. Era María Martha. Por esos años yo estaba preparando un espectáculo con Basurto para el teatro de La Cova en Martínez; hablé con el representante y la contratamos. Y ahí fue cuando me presentó a los panchos…, porque María Martha había vivido varios años en Martínez y una tarde de ensayo me dijo: “Quiero que conozcas los mejores panchos que hayas podido comer en tu vida”, y me llevó a un lugar que ella frecuentaba en su adolescencia donde efectivamente se comían unos panchos exquisitos.

Cada vez que salíamos de un ensayo, nos íbamos a la panchería y nos hacíamos un banquete. Pero lo más risueño vino con el estreno. Darío, el operador de sala, había estado arreglando el sonido hasta un rato antes de levantar el telón. La idea era que María Martha, Basurto y yo debíamos pararnos junto a una banqueta a oscuras, y al atacar la música tomábamos el micrófono inalámbrico de la banqueta, se iluminaba la escena y cantábamos el leitmotiv de la

presentación. Llegó el momento esperado, la sala repleta, atacó la música, se levantó el telón, y al iluminarse la escena y empezar a cantar me llamó la atención que la gente comenzó a reírse. Todavía no habíamos dicho nada gracioso como para que el público festejara. Miro hacia Jorge sin entender nada, y cuando miro a María Martha no pude dar crédito a mis ojos. Jorge y yo estábamos cada uno con su micrófono y María Martha estaba cantando con una llave inglesa. Qué había pasado. El sonidista había dejado en su banqueta una herramienta en lugar del micrófono, y María Martha, en la oscuridad, la había tomado sin darse cuenta y se despachaba como si nada cantando a todo pulmón ¡con una llave inglesa! Hasta el día de hoy, María Martha afirma que fue una broma mía. Juro que no.

El gran Tato, Mercedes y Santiago

Tato Bores fue quien me empujó a actuar un personaje en televisión. Yo escribía uno de sus ciclos y un día me dijo: “Vos tenés que hacer el papel de director del canal”. Siempre decía que era como una anguila, porque me escapaba de sus manos. Es que era un taurino (como yo) posesivo, apasionado por su trabajo. Me llamaba por teléfono y me decía: “Vení a casa a ver qué te parece el monólogo que me mandó Aldo”. Llegaba a su piso de Cavia y lo encontraba paseándose de un lado al otro de su escritorio fuera de sí. Me pedía que me sentara y me leía el monólogo que le había enviado Cammarota de Estados Unidos. Era divertidísimo: “¿Qué te parece?”, preguntaba. “Genial”, le decía. Lo que ocurría era que necesitaba del público, y en ese momento el público era yo. Había que oír cualquier texto en su modo verborrágico y colorido para que la letra encontrara su música justa. Era un perfeccionista, pero en los años que tengo de autor jamás conocí a un intérprete que respetara y defendiera tanto a sus autores como él. Cuando le escribí La mariposa, revista que protagonizó en una temporada del Maipo con la inolvidable Nélida Lobato y cuya realización estuvo a cargo de Claudio Segovia (que después triunfara en Broadway con Tango argentino), hacía entre tantos cuadros uno donde aparecía

vestido de cucaracha que sobrevivía a “la fin del mundo”.

Es justamente a propósito de sus caracterizaciones que recuerdo un musical donde debió hacer de mosca para la tv porque no había recolección de basura en Buenos Aires. El ciclo se grababa en Martínez, se había cortado la luz y el calor en el estudio era insoportable. Llegué cuando hacía más de una hora que estaban parados sin poder grabar, y me lo encuentro a Tato furioso, transpirando dentro de su disfraz. Apenas me vio, me apuntó con el dedo y me espetó: “¡Vos y tus ideas!”, y se despachó con toda su bronca, pero a medida que protestaba, se le movían sus patas de mosca y agitaba sus alas de cera, y yo no podía resistir la tentación que, advertida por él, lo hizo exclamar a toda voz: “¡De qué te reís, boludo!”. Volvió la luz, se hizo el musical, salió como siempre de diez, me llamó al camarín para disculparse, y me dijo: “Hoy vamos a comer a lo de Roque con Berta y tu mujer”. Y agregó saliendo para el estudio: “Pero de mosca, nunca más. De abeja, en todo caso, podemos conversar”. Tenía una ternura infinita con sus amigos. Siempre me chanceaba en cámara cuando hacíamos el sketch del tío Josei, con aquella frase: “¿Cómo puede ser un hombre tan grande con una cabeza tan chiquita?”. Y yo soy el que ahora me pregunto: “¿Cómo podía ser un hombre tan chiquito con un corazón tan grande?”.

Actriz, empresaria, amiga, Mercedes Carreras. En vida de Enrique, ella fue intérprete de muchos de mis textos y actuamos juntos en numerosas temporadas. Al perder al compañero de toda su vida, asumió el compromiso de seguir su ejemplo y lo prolongó en el tiempo desde su teatro tan lleno de aplausos. Tengo infinidad de recuerdos del viejo Odeón y el actual Enrique Carreras. De él habíamos aprendido a comunicarnos en los finales de obra con el público de la sala. Una noche en que compartíamos el éxito con Berugo Carámbula, un asistente se asoma a mi camarín y dice: “Si lo ven a Berugo, le avisan que llegó Mateyko y está arriba”. Justo yo subía para el último acto, y al caer el telón le digo a Mercedes: “Está Mateyko arriba”. Mercedes me responde: “Dedicale la función”. Se vuelve a levantar el telón, hago acallar los aplausos y me mando todo un speech saludando a Juan Alberto Mateyko y señalando los palcos altos. La gente comenzó a aplaudir, y el seguidor, a buscar a Mateyko, pero no estaba. Me asomo entre cajas

y le pregunto al asistente: “¿Dónde está Mateyko?”. Y me contesta: “En el termo, ¿dónde va a estar?”. Lo que el asistente había querido decir era que le avisaran a Berugo que estaba el mate, a quien en un juego de palabras llamó Mateyko. Cuando nos tocó hacer la segunda función de la noche, estábamos todos tan tentados que de ahí en más, si venía alguna figura a la función, la dedicatoria quedaba en manos siempre de Mercedes.

Con Santiago Bal compartimos cientos de grabaciones: La matraca; La tuerca; Los Campanelli; Frac; El pastito; El trompa; Mesa de noticias, y una comedia que protagonizó con la querida Susana Brunetti, Gorosito y señora. Una noche decidimos hacer una especie de blooper aprovechando la vecindad en el aire de la comedia que yo escribía con Basurto y el programa Humor redondo, que iba en vivo inmediatamente después, los sábados a las 21. Precisamente contamos con la complicidad de Basurto, que en la emisión de esa noche, en una de sus habituales discusiones con Garaycochea, le dijo: “Usted es más pesado que Santiago Bal”. El programa continuó y a los pocos minutos, ingresó al estudio Santiago en mangas de camisa con una toalla al cuello y, pidiendo disculpas a Larrea por interrumpir un programa en vivo, se dirigió a Jorge y le dijo que estaba en maquillaje mirando Humor redondo y él había comentado: “Más pesado que Santiago Bal”. Larrea le apuntó: “Perdón, Santiago, estamos en el aire”. Y Santiago le dijo: “¡Precisamente también estaban en el aire cuando hizo ese comentario, y yo quiero que le aclare a la audiencia de dónde saca que yo soy pesado!”. Se generó una discusión, y el director, Cacho Escalada, que estaba al tanto del blooper, puso en el aire la señal de Canal 13, dando por terminado abruptamente el programa. Santiago salió del estudio elevando el tono de la discusión y actuándola con tanto realismo que incluso para los presentes la cosa iba en serio.

Al día siguiente, la prensa especializada comentó el incidente en todos los tonos y el rating de la próxima semana se fue a las nubes. Hubo una excusa pueril y el asunto quedó ahí. Pero como de algún modo se había transgredido una norma, el ente regulatorio (comfer) envió una nota al canal para que se explicaran los motivos de ese hecho tan insólito como inesperado. Se hicieron los descargos, y como la cosa no había pasado de ser un inocente blooper, lo que

quedó clarísimo fue que, a la hora de actuar una ficción, pocos como Santiago Bal eran capaces de lograr tanta verosimilitud.

Mi Córdoba, las giras, el folclore

Guardo también memoria de felices momentos vividos en mi Córdoba natal, donde conocí y aplaudí a muchas figuras que la visitaban en sus giras. Recuerdo que una tarde, allá por los años cincuenta, pedaleaba mi bicicleta por una calle céntrica de mi ciudad y me detuve abruptamente. El que salía del pasaje donde estaba mi radio no era otro que Mario Clavel, el mismo que estaba en la vidriera de Casa Baña y en los parlantes que daban a San Martín 80 con su sonrisa y sus boleros. Lo abordé y me presenté como lo había hecho antes a la salida del viejo Canal 7, cuando cantaba en La familia Gesa. Me contó que estaba de gira y se me encendió la lamparita. Me acordé de que acababa de abrir sus puertas una florería que precisamente se llamaba Mi Clavel. Le pedí su autorización para gestionar el auspicio de un par de programas por lw1. Me dijo que estaba en el hotel Crillón, pero caí en la cuenta de que estaba lejos de suponer que ese flacucho, a caballo de su bicicleta, podía concretar tal idea. A la semana debutó en horario central en un programa que titulé Un clavel para usted, amiga, con el auspicio y los claveles de la florería. Ese breve ciclo fue el inicio de una hermosa amistad con Mario y su compañera de toda la vida, la actriz Marga Landova, amistad que acercó a nuestras familias al punto de ser Mario padrino de Juan Martín, mi hijo menor, y Edith, mi mujer, madrina de su hija Marguita.

Estando de visita en casa de los Clavel en Madrid, donde se habían radicado, casi podríamos decir que se repitió lo de mi lamparita en bicicleta. Mario me dijo que pensaba volver y yo lo entusiasmé con la idea de trabajar juntos en un show de humor y canciones. Un año después debutábamos en Buenos Aires con Tres en la Gran Vía (Mario, Basurto y yo) en un concert de la avenida Santa Fe. Fue todo un éxito, al punto de prolongarlo luego en el teatro Re Fa Si de Mar del Plata, donde hicimos tres temporadas a sala llena: Tres en

la Gran Vía, Señoras y señores, y Todos quieren porompompón; esta última, con Carlos Garaycochea. Luego nos llevó Néstor Kovacic a Rosario, donde actuamos en su local El Burgués durante casi dos años continuados. Con Mario tenemos anécdotas por docenas. En una de las tantas giras al interior, una noche actuábamos en Firmat (Santa Fe). El escenario era enorme y tenía sólo un lateral a camarines. Mario propuso que antes de dar sala, él se iba a ubicar en el extremo que no tenía fuga, detrás de la cortina. Basurto y yo debíamos aparecer por el otro lado, y luego de nuestro pasacalle atacaría la música de su presentación y él entonces haría su entrada cantando desde el lugar donde estaba oculto. Responsable como era, me recomendó más de diez veces: "Gordo, no te olvides antes del mutis de entregarme tu micrófono de mano". Se apagaron las luces, se inició el show, actuamos con Jorge, y entusiasmados con los aplausos hicimos el mutis apresuradamente mientras estallaba la orquesta con el playback que debía cantar Mario. Una vez en los camarines que estaban debajo del escenario, nos llamó la atención que se oía únicamente la orquesta. Jorge me miró y me dijo: "Me parece que a Mario no le funciona el micrófono". Fue el disparador para que le contestara asustado: "No es que no le funcione, ¡es que me olvidé y me lo traje al camarín!". A todo esto, Mario cruzó todo el inmenso escenario gritándole al público: "¡No se vayan! ¡Ya vuelvo!". En ese espectáculo yo hacía el monólogo del tipo que dice malas palabras con flores. Esa noche Mario me las dijo a mí sin mencionar una sola flor.

"¡Buenas noches, familia!". En ese saludo está el Hetitor (como le gusta que lo llamen). Hombre de afuera, nunca olvidó su condición de provinciano. Le ha venido prestando su voz y su simpatía rapidísima a las mañanas de Buenos Aires, que lo incorporó desde hace más de cuatro décadas como uno de sus arquetipos. Entre tantas tareas de conductor del espectáculo y el entretenimiento, tuvimos el placer de contarlo como tal durante los cinco años de Humor redondo. Festejaba vehemente y sincero cada una de las disparatadas reflexiones que iba fabricando nuestro panel sobre cada tema. Se metía en mi vida íntima, y a partir de ese guiño yo blanqueaba desde el humor algunos sucedidos de entrecasa. Pero mucho antes de Humor redondo, asumí la gerencia artística de lr4 radio Splendid. En ese tiempo la emisora contaba con un cuerpo estable de locutores de primera línea. Cufré, Monzón, Batallé,

Novoa y muchos otros. Sucedió que comenzaron a proponerse programas con locutores de agencia, y esto comprometía el trabajo de los profesionales con relación de dependencia. En una ocasión en que me vi precisado a rechazarle a una agencia el postulante, este pidió verme. De una manera cordial, el joven en cuestión, recién recibido del iser, me expresó su punto de vista defendiendo sus derechos, que eran ciertamente respetables, pero lamenté no poder acceder a su pedido porque hacerlo implicaba sentar un precedente no deseado. Ese joven locutor no era otro que Héctor Larrea. El que no mucho tiempo después impuso su estilo ganador y convirtió su nombre en marca registrada. Su amistad y su compañerismo me hicieron saber que no tomó en cuenta aquel rechazo involuntario a su tarea, pero todavía creo que se lo cobró por cuotas en Humor redondo cada vez que bajaba de su podio de conductor y, acercándose al mío, me decía: “Permítame, señor Mesa. ¿Puedo meterme en su vida íntima?”.

Otro número uno con el que participé de gratos momentos frente a una cámara fue Andrés Percivale. Cuando él conducía La máquina de mirar nos divertíamos mucho con un sistema que inventé para poder jugar todas las noches un momento de humor sin apelar a la memoria. Mi máquina era un visor de los que se usaban para mirar diapositivas. Andrés me preguntaba qué tenía para mostrarle, y yo, con el pretexto de seleccionar las fotos de mis recuerdos familiares, insertaba un slide y lo observaba. En realidad, no había tal foto. En el marco del slide yo insertaba el machete que, iluminado y ampliado en el visor, me servía de ayuda-memoria para contar mis fotos. Las tentaciones de Andrés eran un capítulo aparte. Se daba cuenta cuando yo no distinguía claramente lo que había escrito en el machete o cuando ponía el machete al revés. Una noche tenía que contarle lo que me había sucedido en un circo en Córdoba cuando me ofrecí como voluntario para hacer la bala humana, y como yo estaba excedido en kilos, no podía salir del cañón. Quiso el destino que la diapositiva se trabara y no pudiera sacarla del visor para colocar las siguientes. Andrés, tentado hasta las lágrimas, no bien advirtió el problema, me dijo: “Lo que son las cosas, le está pasando lo mismo que con el cañón”.

Los recuerdos de las temporadas en gira son inigualables. Cierta vez, estábamos haciendo temporada en Rosario con Basurto y Mario

Clavel, y los sábados, cuando teníamos trasnoche, José Pepitito Marrone solía venir después de su última función y se sentaba a ver nuestro espectáculo. Cuando terminábamos, íbamos a comer a Las Carretas. Una noche en que nos estaban sirviendo la comida, llegó Marrone y se sentó en una mesa vecina. Lo invitamos a la nuestra, pero dijo que no porque no iba a cenar, y agregó: “Y creo que ustedes tampoco”. En seguida se despachó con un minishow de sus mejores cuentos; fue una función aparte y exclusiva para nosotros, y acertó: nos indigestamos de risa y toda la comida quedó en el plato.

Sentí el placer de escribirle poemas criollos a mi querido Juan Carlos Mareco, y él los llevó al disco como Pinochando. Compartimos giras y presentaciones y fundamos una amistad que perduró en el tiempo. Esa gracia y esa espontaneidad que lo llevaron a ser uno de los grandes intérpretes del humor de Wimpy —nada menos— se manifestaban también en los actos de su vida. Creaba personajes callejeros a cada momento; yo llegaba con el auto a la radio donde me esperaba para una nota y él aparecía gestual y desopilante haciendo de cuidacoches para ayudarme a estacionar. Viniendo en un vuelo chárter de Mendoza, se abrió la escotilla del asiento donde él viajaba. La máquina, todavía a baja altura, se sacudió entera, pero felizmente el problema pudo ser solucionado. Cuando le preguntó un periodista qué actitud tomó frente al peligro, Juan Carlos le contestó: “Yo me quedé quietito y le grité al piloto: ‘Cierren, che, ¿no tienen puerta en su casa?’”.

Tuve la suerte de ver nacer al aplauso, en el teatro Rivera Indarte de Córdoba, nada menos que a Los Chalchaleros. Fue allá por los años cincuenta. Ganaron un certamen cuyo jurado estaba presidido por don Santiago Roca (autor de El sol del 25). Recorrieron el mundo llevando su canto en triunfo. Alguna vez dije que llegaron a cantar la lotería de Salta, pero el sorteo duró seis horas porque cada vez que sacaban una bolilla Saravia decía “adeeeeentro”, y la metían de nuevo. Yo tenía escrita una zamba y mi sueño era que la cantaran, pero no me atrevía a pedírselo. Una tarde en la rambla de Mar del Plata, me encontré con Juan Carlos, que venía de actuar en uno de esos programas playeros que conducía Mateyko. Entonces pensé: “Le hablo ahora o nunca”. Luego de que me abrazó con su habitual simpatía, le disparé: “Hola, tocayo. Justo quería decirte algo. Me imagino la cantidad de veces que habrás oído de personas

que se les acercan para ofrecerles un tema suyo...”. Juan Carlos, sin darme tiempo a seguir, me cortó diciendo: “Sí, son esos plomos que apenas te saludan ya te están diciendo que tienen una zambita justo para nosotros. ¡Me tienen repodrido! ¿Qué querías decirme?”. Lo miré, le di una palmada y contesté: “No, que... a ver cuándo nos encontramos para comer ciervo a la cacerola”. Así fue como Los Chalchaleros jamás se enteraron de que yo tenía una zambita que era “justo para ellos”.

A su hora, el folclore me ganó el corazón, y entre otros muchos grandes me di el gusto de contratar para un ciclo televisivo a Jaime Dávalos, con cuya hija, Julia Elena, vivimos tantas horas de guitarra y canto. Qué placer era compartir con Jaime sus charlas en aquel ciclo de Asado con cuentos. Lo ungíamos bastonero y era un deleite oírlo improvisar sobre un tema de actualidad que habíamos elegido. “Jaime, hoy podemos hablar del nuevo patentamiento por letras de los autos”. Y él, a quemarropa, comenzaba: “La A es para Jujuy. Porque el disparador del jujeño ante una pregunta es ‘¿ah?’. La equis es para Córdoba, porque Córdoba siempre es un enigma, es un misterio, es una equis”. Cierta vez, luego de un programa, Jaime me pidió que lo acercara hasta Sadaic. Le dije que íbamos a hacer una escala en los 36 Billares de la Avenida de Mayo para dejar a mi padre. Cuando mi padre se despidió y bajó en su destino, Jaime se pasó adelante y lentamente, como quien está construyendo un enorme poema en voz alta, se puso a evocar a su padre —Juan Carlos Dávalos—, porque había descubierto en el mío rasgos físicos que lo aproximaban al suyo. Nadie hizo jamás de mi padre un retrato semejante. Era como si lo hubiera conocido de toda la vida. Cuando se bajó en Sadaic me costó decirle hasta mañana. Aquel salteño vigoroso, don Jaime Dávalos, con su voz grave y pausada, me había estrujado el corazón.

Horacio Guarany fue amigo de mi padre, y luego mío, de aquellos años cuarenta y tantos cuando frecuentábamos el bar Buvette del Pasaje Muñoz en mi Córdoba. Si no he muerto antes, es porque cada vez que lo veo me dice que ni se me ocurra, porque morirse antes es una soberbia estupidez. Una vez nos encontró una gira en Tucumán. Hablamos de esas frases que son como metáforas y que dicen los hijos cuando son todavía changos. Yo le recordé una de mi hijo Pelusa, que con apenas cuatro años, una vez que viajábamos con la

madre por un camino de mi provincia y al pasar frente a un establecimiento industrial, viendo volar una bandada desde la cimera de una chimenea gritó: “Mirá, papá, una fábrica de pajaritos”. Horacio me contó entonces una ocurrencia de su pequeño hijo Panchito, que lo sorprendió con esta pregunta: “Papá, ¿adónde duerme la noche?”. Nos despedimos y esa frase se vino conmigo y me inspiró unos versos que le envié. Pasó un año, y cuando pensé que el asunto estaba olvidado, me llamó por teléfono a casa y me dijo: “Escuchá tu letra”. Le había puesto música y la había grabado. Aquel fugaz encuentro en un hotel tucumano había prohijado una hermosa canción, Adónde duerme la noche, la primera que tuve en suerte de compartir nada menos que con Horacio Guarany, el cantor que nunca se calla.

Los demás gigantes

Cuando desembarqué con mis sueños en Buenos Aires, Hugo Moser fue uno de los primeros en abrirme las puertas de Canal 13. Creyó en mí, y tanto que a poco de conocerlo me confió el libro de uno de sus grandes éxitos. Lo habían nombrado gerente de deportes del canal, y sus nuevas funciones lo obligaban a viajar a menudo. Me dijo que quería dejar a mi cargo las historias de su programa Mis hijos y yo. Era todo un desafío. Comencé a escribir y a los pocos capítulos un día entregué el material luego de la hora que se me había fijado como tope. El Chino Fernández, por ese tiempo asistente de producción de Moser, me devolvió el libro y me dijo: “Tarde, pibe, ya lo escribió Hugo”. Fue toda una lección. De golpe me di cuenta de que esa fama de entregar los libretos hoja por hoja en mi radio cordobesa aquí no funcionaba. Por lo menos había que esperar a ser un Hugo Moser, que sí podía permitirse ese vértigo de escribir contra reloj. Nunca más volví a entregar un capítulo después de hora. Se lo debo, como otras tantas cosas de mi carrera profesional, a mi inolvidable amigo.

Cuando Carlitos Rottemberg me regaló su libro No hay más localidades, lo leí en una tarde. No pretendo que haga lo propio con

mi libro; lo destaco sólo porque el relato de los inicios de su carrera como productor es una verdadera guía de cómo ser un empresario exitoso en plena adolescencia. Carlitos es uno de esos tipazos para el disfrute. En ocasión de tener que internarme por quebrantos de mi salud, fue el amigo que me llevó su afecto casi diariamente. Carlitos inauguró hace más de un cuarto de siglo la buena costumbre de hacer mesas los sábados con gente de su entorno, Chiquita Legrand, Goldie (Silvia Legrand), Calabró, Coca, Disi, Arturo Puig, Selva Alemán, etc. Carlitos llega con Karina y el noticiero de medianoche. Nadie sabe tanto de escenarios y de temporadas como él. Para los cumpleaños organiza fiestas con bingos de entrecasa, en tiempo de elecciones inventa comicios para palpitar resultados, y tiene por costumbre hacer regalos insólitos a sus amigos. No tiene secretos con la gente que quiere, salvo uno que no he logrado que me revele: cómo hizo para dejar de ser gordo.

A ese hombre orquesta que fue siempre Alejandro Romay lo conocí en Córdoba, en tiempos de radio, junto con amigos comunes de su querida Tucumán (por ejemplo, Pinino y Julio Schapira). En los años sesenta, por gestión de Toto Maselli, desembarqué en su Canal 9 y escribí para él varios programas: Lluvia de estrellas, con Pinky y Emilio Ariño; Hogar nueve hogar, un programa de cuatro horas diarias con un elenco multiestelar; y con el equipo de Maselli, entre los que estaban Basurto y Garaycochea, La matraca. Treinta años después regresé al canal. Era un mes de diciembre y yo llevaba en una carpeta el proyecto de un programa cómico para los uruguayos de Hupumorpo (Rompenueces). Cuando me recibió, me dijo: “Te estaba esperando”, y pidió un cuchillo. Lo miré asombrado: como las fiestas estaban cerca le habían enviado una enorme canasta con productos navideños, y me invitó: “Antes de que me muestres nada, nos vamos a comer este pan dulce”. Y así fue. Con la última tajada hablamos del programa, me contrató, y lo hicimos. Bingo: a lo largo de toda una vida de trabajo, fue con Alejandro que hice tanto mi primer como mi último ciclo del género cómico: La matraca (1965) y Rompenueces (1995).

Cuando estaba haciendo Mesa de noticias, Norma Aleandro me ofreció el protagónico de una comedia inglesa (Lo que vio el mayordomo). Semejante oferta de trabajo que venía de una actriz y directora como Norma era una enorme distinción. Pero eso era lo

mejor. Lo peor fue que tuve que decirle que no, porque mi tira en la televisión no me dejaba tiempo para asumir esa responsabilidad. Pasaron más de diez años. Me convocaron para reeditar un ciclo de radio en Córdoba y desde allí le hice una nota telefónica donde evocamos aquel episodio. Dos días después me llamó y me dijo: “Voy a producir y actuar con Alfredo Alcón una miniserie televisiva (Operación rescate) y me gustaría que compartas nuestro trabajo. No la dejé repetirlo por miedo a que se arrepintiera, y fue un verdadero lujo de mi carrera componer aquel personaje y disfrutar y aprender junto a una actriz de su talento.

Algo parecido me ocurrió con Ana María Campoy. En tiempos de Frac, Las hormigas, El Gordo y el Flaco, era toda una fiesta ver cómo recreaba mis textos con su inefable gracia. En el año 2003 compuso para Doctor Amor el personaje de una ecónoma en el sanatorio donde yo oficiaba de administrador. Las charlas con las que matizaba nuestras esperas hasta grabar una determinada secuencia hubieran alcanzado para escribir un libro. Una tarde de junio de ese año, en la hoja de una agenda de utilería, le escribí este acróstico:

Adónde, en qué planeta,

nacen tales actrices.

Adónde dan receta

medicando ese humor.

Adónde se conjugan

risas, tonos, matices,

improntas, galanuras…

¡Adónde, por favor!

Con qué barro está hecha,

Adónde su alfarero

misturó tanta gracia

para hacer su Lladró...

¿Obra fue de algún duende?

Yo diría, ¡de Dios!

Y hay muchas más, como la querida tía Beatriz Sanguedolce, el personaje que compuso para Mesa de noticias mi entrañable Beatriz Bonet, que remataba sus situaciones con aquella muletilla que hizo popular: “¡Qué bochorno!”. Nos hablamos a menudo prometiéndonos una rentrée en alguna telecomedia, ese género que la tuvo siempre como una verdadera elegida.

Y ya que de actrices se trata, un párrafo aparte para China Zorrilla, una enciclopedia. Una de esas personas que todos los que trabajamos en el espectáculo debemos tener como referente, como personaje de cabecera. En una ocasión, cuando hacíamos por radio La máquina de contar, la invité para que actuáramos juntos un sketch donde yo era el atribulado estudiante que debía dar un examen, y ella, la autoritaria profesora que me lo tomaba. Fue un festival. Llegó al estudio cinco minutos antes porque radio Belgrano estaba por entonces en la calle Uruguay, a metros de su casa. Lo leyó de corrido, y cuando lo pusimos al aire toda la radio estaba en la cabina del Tano Siciliano, nuestro operador, festejando sus salidas. Tiempo después, en un pasillo de Polka, Adrián Suar me anunció que le iban a buscar una novia a mi personaje de director del diario El Urbano, ¿y en quién había pensado? En China. En uno de los últimos capítulos que grabamos, ella me confió que no había tenido tiempo de leer los extensos parlamentos que le habían escrito, estaba engripada, no había dormido bien la noche anterior y debía tomar un micro para viajar setecientos kilómetros y cumplir con un compromiso de teatro. Pero agregó enseguida: “No se preocupen. Si me dan cinco minutos, se los voy a agradecer”. Leyó un par de veces los textos y anunció: “Gracias, cuando quieran”. Dijo su letra con puntos y comas, y era todo un alegato que en su

interpretación cobró con exceso las alturas que exigía el texto.

En el género que cultivo, el humor, un ejemplo de cómo se puede entretener sin agredir tiene nombre y apellido: Luis Landriscina. Fiel intérprete de usos y costumbres, no sólo recorrió el país para divertirlo con sus relatos, sino también aquellos destinos de esos compatriotas que alguna vez decidieron emigrar a otras tierras. Luicho, como lo llaman sus íntimos, se encargaba de hacer un delivery del paisaje y lo entregaba a veces en Nueva York, a veces en Tel Aviv, o allí donde los argentinos lo esperan todos los años para sentirse como en casa. Luis, narrador, poeta de su Chaco, ciudadano ilustre de Buenos Aires, fue además el intérprete de personajes como don Verídico, que le escribiera el recordado Julio César Castro. A su tiempo, tuve el placer de escribirle Almacén de campo, la producción de Carlos Bartolomé que hizo esquina en Canal 7 y mereció el premio Argentores al mejor unitario de 2003. Ahora se está despidiendo; pienso que va a tener el tiempo de invitarnos como alguna vez, cuando compartimos en Humor redondo un guiso carrero de los que sólo él y Betty (su compañera de toda la vida) son capaces de preparar. Recuerdo que le entré a dar a la cuchara y al picante y me di cuenta de que Luis, además de hacerte reír, también es muy capaz de hacerte llorar.

Mi primera vez en el cine actuando un personaje fue en el verano de 2011, cuando se filmó en las sierras de Córdoba Pájaros volando. En las noches de San Marcos Sierra, debajo de un parral, o en los atardeceres de Los Cocos, a la sombra de un añoso árbol, compartí largas charlas con los compañeros de elenco y con ese actor todo terreno que es Luis Luque. Pero un capítulo aparte fue la oportunidad de filmar con Diego Capusotto, un tipo formidable que disfrutaba el merecido suceso de sus clásicos videos. Confieso que yo alentaba secretamente la idea de tenerlo como intérprete en una supuesta remake de Mesa de noticias (se lo propuse), pero su compromiso con el éxito junto a Pedro Saborido no le dejaba tiempo. Diego tiene una claridad de objetivos que trasciende a sus divertidos personajes, y me alegraba coincidir en nuestras charlas con su concepto del humor nacional. En lo afectivo, no puedo pasar por alto un episodio que me emocionó. Una noche muy fría de filmación, remontando sinuosos caminos del cerro, la camioneta de Luis con Diego a bordo apareció de madrugada en aquella inhóspita

locación, desafiando una tormenta serrana, sólo para despedirme en nombre de todo el elenco, porque yo estaba filmando mis dos últimas tomas. Cosas de marcianos.

Este anecdotario no está completo, porque sería imposible incluir a todos los que hicieron ameno y cordial mi trabajo actuando mis textos. Una vez en Canal 13 un productor me dijo: “A vos te falta escribirle a Diego de la Vega y al sargento García”. Y también se me dio. Para unas vacaciones de invierno, Carlos Montero contrató a Guy Willians y al sargento García y me di el gusto de escribirles escenas que jugaron con Fernando Lúpiz, lo que me permitió decirle en un encuentro de pasillo al productor aquel: “¡Se cumplió tu premonición! ¡Le pude escribir al mismísimo zorro!”.

Es cierto. En este anecdotario no están todos los que son. Pero no faltan por omisión, en todo caso los reservo para una segunda vez, porque si el Quijote tuvo dos partes, ¿por qué no ilusionarme?

Mesamorfosis

Lo que sigue es historia reciente. En los primeros doce años del siglo xxi, escribí y actué personajes míos y de colegas. Unas veces fui director de un diario (Primicias), y otras, gerente administrativo de una clínica (Doctor Amor). En el diario me tocó vivir divertidas escenas con Calito, el cadete (Peto Menahem), y con un avieso jefe de Redacción (Roberto Carnaghi), y en la clínica tuve que resistir las tentaciones de las escenas que me tocó jugar con su director (Arturo Puig) y su jefe de suministros (Gino Renni).

Así llegué al kilómetro ochenta y cuatro en la ruta de los años. Ya no alcanzaba con apagar velitas corriendo la suerte de esos abuelos que luego de soplar con fuerza se ven obligados a cantar "¡felos funfla fefiz!". Tampoco valían las efusividades: a un vecino mío le tiraron las orejas, y como no se pudieron acordar adónde se las habían tirado no tiene cómo calzarse los anteojos. Y es en este punto de mi vida donde tuve que optar: o me quedaba con todos estos recuerdos, o les buscaba un epílogo intentando nuevamente ser el autor que alguna vez fui.

Pero claro, había corrido mucha agua. Y como asegura el proverbio, nadie se baña dos veces en el mismo río. Luego de muchas cavilaciones, me propuse regresar como esos toreros que hacen caso omiso del grito oprobioso: "¡Vete a casa, estás gordo!". Presentía que no me iba a ser fácil, pero antes tampoco lo había sido. Y por aquello de "no hay peor gestión que la que no se cumple", me impuse el compromiso de volver a escribir un programa sin confiarle esta decisión a nadie.

Mi retiro —voluntario, claro— me forzó a un ostracismo nada aconsejable para mi hasta entonces buena salud. Pero recordando un axioma genial de Piolín de Macramé ("la salud es un estado precario que no anuncia nada bueno"), me decidí a intentar un regreso a mi vida anterior, volver a ser el autor que fui.

Todo comenzó un fin de semana largo con feriado puente. En mi

país, los piqueteros debían abstenerse de obstruir los feriados puentes por un decreto de necesidad y urgencia. De tal modo que aquel lunes 30 de abril era no laborable porque el primero de mayo se festejaba el día del trabajo, por lo cual tampoco se trabajaba. En mis años jóvenes, el 2 de mayo también era no laborable, porque era San Perón, pero eso fue derogado por un decreto de urgencia sin necesidad. La mañana subsiguiente leí en Clarín que era 3 de mayo, ergo, día laborable, pero como en un acto de la víspera se exhibían remeras que decían “Clarín miente”, encendí el televisor para confirmar. Un compilado de imágenes daba cuenta de un caos de tránsito en todos los accesos, actos de protesta por diferentes reclamos, marchas fuera del Congreso por el tratamiento de determinada ley, y bancas vacías dentro del Congreso por falta de quórum. No cabían dudas. El 3 de mayo era día laborable.

Con esta premisa, y habida cuenta de estar desde hacía tiempo desocupado de mis obligaciones habituales como autor, libretista, guionista, escaletista y otras estocásticas de mi profesión, al tomar la decisión de volver a ella no consulté ni siquiera con alguien de mi entorno, porque siempre fui intuitivo y conocía el diagnóstico por imágenes. La veía a mi mujer batiendo una mayonesa y le oía exclamar al compás del tenedor: “Me parece bien que quieras escapar del sedentarismo, pero para eso tenés la cinta de caminar”. Los escuchaba por separado a mis tres hijos —dos de ellos, escribas como el padre— aprobando mi decisión, pero sugiriéndome diferentes opciones: “Podrías escribir tus memorias”; “fulano es mayor que vos y se dedica al stand up”; “a vos te convendría hacer lobby”. Si le preguntaba a mi hermano, adivinaba su respuesta: “Dejate de joder, vos ya tenés una edad para quedarte en casa disfrutando del dolce far niente”.

No, mejor no lo consultaba con nadie. Era yo y mis circunstancias. Y tanto mis circunstancias como yo habíamos vivido más de ochenta pirulos juntos, era tiempo más que suficiente para tomar mis propias decisiones. Iba a escribir de nuevo, iba a guionar, iba a escaletear, en una palabra, después de un largo tiempo de ostracismo, iba a volver por mis fueros. Aprovechando el feriado, me decidí a formatear una comedia de familia. Después de todo, casi cincuenta años atrás escribí para Los Campanelli, cuyo latiguillo de cierre todos los domingos era “no hay nada más lindo

que la familia unida”. Y ese podía ser un buen título para exhumar: La familia unida. Ubiqué a los personajes en un escenario actual, una casa en alguno de los cien barrios porteños, una pareja de jubilados y toda su progenie reunida una vez por semana para compartir un asado en el patio. No podía fallar. Tal vez sería un buen complemento un perro como aquel Boneco que tuve en Gorosito y señora; o el Tronco de Brigada Cola. Sumé un perro a la docena de personajes, y el primer día hábil me presenté con mi nueva familia metida en un cartapacio, para que la juzgaran en el canal de televisión que quedaba más cerca de mi casa. Pedí hablar con su director artístico. El tipo de la mesa de entradas me respondió:

—Aquí no hay director artístico, usted tal vez quiso decir gerente de contenidos.

Puse mi mejor cara de disculpa y el tipo me preguntó por qué asunto era. Le contesté que quería hacerle escuchar la sinopsis de una obra de mi autoría. Me dijo que eso no lo atendía el gerente de contenidos, que debía ir por la otra calle donde la gente se anotaba para el casting de Soñando con escribir, pero que debía hacer cola porque había cerca de doscientos postulantes. Cuando ya había desistido del intento y me estaba yendo, se acercó al mostrador un veterano como yo y preguntó si había alguna correspondencia para él.

—No, señor —dijo el tipo de la mesa de entradas—, pero si llega algo lo llamo a su oficina.

Lo intercepté apuntándole con el dedo:

—¡Tucho! El mundo es chico… ¿Te acordás de mí?

—Sí, hombre, cómo no… —me respondió—, ¡qué alegría verte!

Tucho había sido asistente de dirección y compartimos algunos ciclos de mis programas de altri tempi. Me contó que había sido promovido y se apresuró a darme su tarjeta:

—Pero contame vos, ¿qué es de tu vida? ¿Qué hacés por acá?

Le dije que tenía un proyecto de programa y me explicó que debía llevarlo a una productora independiente, ofreciéndose para ponerme en contacto con un amigo suyo a quien le anticiparía mi visita. Acepté agradecido, me anotó el teléfono de su amigo y nos despedimos con un abrazo. En el viaje de vuelta a casa me sentí feliz por este encuentro con Tucho, que según su tarjeta ahora era "asesor en el área de procesos games played on line". Todo un capo.

Veinticuatro horas después llamé al amigo de Tucho y su secretaria me citó para una entrevista. El día y la hora indicados aparecí con mi cartapacio como quien lleva su mascota al veterinario. Por un par de testimonios colgados en la pared, mientras aguardaba en el antedespacho me enteré de que estaba recomendado al ceo del área latinoamericana de la productora. Al decir de mi nieto, un grosso. Mientras aguardaba café de por medio, hice una rápida lectura de mi proyecto para confirmar que tenía todos los personajes en el cartapacio. Y ahí estaban: los abuelos jubilados habitando la casa en uno de los cien barrios porteños, sus hijos solteros, los casados, las nueras, un par de nietas, otros tantos novios, la empleada doméstica y el perro. La familia unida. Cuando apareció el capo, apenas tuve tiempo de acomodar a todos y le tendí la mano. Luego de saludarnos advertí que el ceo colocaba en posición un pequeño reloj de arena, por lo que asumí que controlaba con método sus tiempos de diálogo.

Le alcancé rápidamente la propuesta, habida cuenta de que esos relojes de escritorio lo cocinan a uno como a un bife: vuelta y vuelta. Mi primer sobresalto surgió cuando a medida que los ojos del ceo iban y venían andando y desandando renglones, su sonrisa de recibimiento se iba desdibujando hasta lo enigmático, como en el caso de La Gioconda. Yo alternaba con creciente inquietud entre los cambios de su semblante y el chorrito de arena que se desplazaba impiadoso del primer piso a la planta baja del reloj. Finalmente el ceo cerró el cartapacio y me preguntó si podía dejárselo para derivarlo a su adjunto, a la sazón productor ejecutivo de programas, lo que por cierto acepté gustoso porque un productor ejecutivo que es adjunto de un capo es otro capo. Nos despedimos cuando terminaba de pasar la arena del reloj y volví a casa repitiéndome la frase de Catón el Viejo: "Carthago delenda est".

Una semana después —que felizmente tenía todos los días hábiles —, me enviaron de vuelta el cartapacio con el proyecto y un par de hojas mecanografiadas con las consideraciones que había merecido, a saber:

El concepto de familia unida hace poco creíble la historia desde el título, porque carece de sustento. En los tiempos que corren las familias han perdido su espíritu gregario y su dispersión obedece a variadas causas de orden social, político o geográfico.

Los cien barrios porteños sólo existen en el vals que cantaba Alberto Castillo, fueron subdivididos y pasaron a ser comunas, así como la Capital pasó a ser Ciudad Autónoma con total independencia de sus vecinos, sus gobernantes, sus trenes y sus policías.

Los abuelos jubilados no cohabitan con sus hijos y nietos, que en la mayoría de los casos se mudan a countries o clubes de campo, y en caso de vivir juntos no disponen de tiempo para compartir, ocupados como están haciendo trámites inherentes a su retiro.

Las hijas solteras no tienen novios, los novios perdieron su estatus y han caído en desuso reemplazados por otros títulos habilitantes tales como amigovio, pareja, o simplemente la persona que vive conmigo.

El asado y el mate, sin desconocer su trascendencia costumbrista en nuestra sociedad de consumo, han sido notoriamente desplazados de ella por los constantes vaivenes del precio de la carne y de la yerba. La crecida oferta gastronómica de otras culturas los han reemplazado por los brunches, los after day y los deliveries de sushi.

Los hijos casados generalmente están separados y viven en un monoambiente; los fines de semana o van a ver los partidos de fútbol de la Primera B los sábados o los de Primera A los domingos. Los varones que no están casados prolongan sus solterías y viven en la casa de sus padres, por lo tanto lo que ellos llaman el finde lo pasan en la casa de sus amigos.

Por todo lo expuesto, le sugerimos examinar cuidadosamente estos parámetros, a la vez que nos permitimos recomendarle una adecuación

a nuestro modo de vida actual, tomando en cuenta los aspectos comerciales que la ficción aborda en las distintas muestras del género.

Confieso que luego de leer y releer esta argumentación asumí que la familia que yo había propuesto era lo que se dice una antigüedad. Había prescripto. Me quedaban dos opciones. O comprarme un libro de autoayuda para saber qué opinaba Chopra de todo esto, o seguir el último consejo y ensamblar mi idea con las propuestas más actuales. Empecé por cambiar mi televisor. Me compré uno de los que tienen pantalla grande y alta definición. Cambié también mis hábitos de sueño. Volví a mi siesta provinciana, lo que me permitía quedarme despierto hasta la madrugada mutando diferentes historias, zapping de por medio. Mi mujer no entendía el porqué de esta nueva afición que me hacía interesarme por todo tipo de culebrones y unitarios que me desvelaban tomando apuntes de sus secuencias y registrando en mi grabador de bolsillo diferentes variables del idioma cotidiano. Acepté su decisión de ir a dormir a otro cuarto. A la hora del desayuno, ella me volvía a la realidad con una enumeración cronológica de los distintos vencimientos, los aumentos de los servicios, las expensas, los tributos y el renunciamiento a los subsidios fiscales.

Luego de almacenar una copiosa información de mis apuntes, puse manos a la obra. Esto es, a mi nueva obra. Comenzar por un título vendedor fue el primer paso. Después de descartar algunos, me reservé dos como posibles: La familia biodegradable y La baulera. El primer título alentaba la participación del televidente, que vía Youtube podía concursar alentando a los personajes de acuerdo a su grado de perversión. En cuanto a La baulera, la metáfora apuntaba a ese rincón de objetos en desuso donde se velan los restos de bicicletas, marcos de óvalo y colchones de una plaza.

Era el momento de perfilar los personajes. El auge de los cómics consolidados en la última Feria del Libro no podía estar ausente de una historia que presumiera de actual. De modo que el abuelo debía estar presentado como un viejo psicópata que, habiendo atendido un quiosco de diarios y revistas durante medio siglo, gustaba disfrazarse por las noches, unas veces de Batman y otras de Capitán Garfio, asustando a desprevenidos transeúntes del Parque

Chacabuco.

A la abuela, la propuse herborista. Su afición por la licorería casera de tipo medicinal y la degustación de sus mezclas con aproximación a la bebida de moda (el Fernet) la llevaban a experimentar con la mirra, el ruibarbo, la manzanilla, el cardamomo y el azafrán, en loquísimos maridajes con la grapa de uva y el vino patero. El resultado de su cata la mantenía despierta tanto a ella como a sus vecinos, porque envalentonada con sus mamúas se le daba por cantar Nessun Dorma, y efectivamente en el barrio no dormían ni las palomas.

Era el turno de los hijos. En mi nuevo planteo, tanto el varón como su hermana pertenecían a distintas tribus urbanas. El flaco era emo, hacía delivery para distintas pizzerías, frecuentemente despedido porque se conducía en rollers y al usar el pelo de medio lado cubriéndole el ojo derecho doblaba únicamente hacia la izquierda para no llevarse la esquina por delante. Era fan de Johnny Deep y desde la ventana de su bohardilla destripaba barriletes con un rifle de aire comprimido. La hermana era flogger y subía al fotolog poses onda circo Du Soleil enervando a los punks y a los rolingas con señales ultrajantes de sus extremidades sujeta como estaba en los pantalones chupines pitillo.

Sus progenitores los dejaban hacer, ocupados como estaban: el padre, como delegado de los trapitos que marcaban su territorio en los alrededores de los megarrecitales; la madre, clasificando llantas birladas en un desarmadero. El perro trabajaba los domingos en Ezeiza como detector de drogas peligrosas y, como estaba entrenado para ello, durante la semana su amo lo llevaba en moto a la costanera donde arrebataba carteras, bolsos y celulares.

¡Bingo! La familia estaba definida. Sólo bastaba formatear un capítulo cero y proponerlo. Me ocupé de contar una historia echando mano a palabras que no había usado nunca para alejarme de toda pacatería. Inventé situaciones rayanas en lo escabroso y utilicé un lenguaje procaz que asimilé luego de frecuentar durante algunas semanas los mensajes con que tuiteaba la gente. Me cuidé de firmar mi obra con un seudónimo (Gregorio Samsa), nombre de aquel torturado personaje de Kafka que se convertía en un insecto despreciable. Y sin más ni más llevé mi engendro al asesor del área

de procesos games played on line, en manos de cuya atractiva secretaria quedó.

Los días se fueron sucediendo sin que los míos sospecharan ni por lejos que yo hubiese pergeñado semejante cosa. Tal vez había ensayado, al proponerla, el modo de probarme para ver si era capaz de adaptarme a las exigencias del mercado. Fue recién casi dos semanas después cuando le oí preguntar a mi esposa:

—¿Quién es Gregorio Samsa?

—Ni la menor idea, ¿por qué?

—Porque acaba de llegar una carta para ese nombre con nuestra dirección.

—Dame, yo se la devuelvo al encargado.

Me encerré ansioso en mi cuarto advirtiendo que el sobre tenía sólo la estampilla y el sello del franqueo. La productora se excusaba en los primeros párrafos de usar membrete alguno por el carácter particularmente confidencial de su envío, y de inmediato me informaban que mi proyecto los había entusiasmado y me invitaban a entrevistarme con ellos, ya que estaban francamente interesados en producirlo. Era la primera vez que una buena noticia me deprimía tanto. Me preguntaba si estaba en capacidad de seguir adelante. Luego de repasar mentalmente lo que había escrito —ya que me cuidé de no dejar copia alguna en casa—, estudié qué conducta seguir: si no me daba por enterado y jamás me presentaba, o si lo hacía y trataba de consensuar atemperando las formas. Tras largas cavilaciones, opté por lo último. La mañana de la entrevista traté de ordenar mis ideas para no aparecer como un improvisado. Debía sonar como un autor convencido de su producto. Igual me llevé el cartapacio vacío por si me arrepentía y decidía pedir los originales renunciando al intento.

Pero no sé si el desasosiego me fue atacando en el camino o me agarró de golpe cuando estuve frente al capo, porque no me atendió su adjunto, me recibió directamente el ceo, y además de hacerme servir café con crema inició el diálogo sin tocar el reloj de arena.

—Muy buena su familia biodegradable. Me quedé con ese título tentativamente. Si el canal emisor ubica el ciclo después del horario de protección al menor, tal vez sea preciso rotularlo de un modo más comercial; tenemos en carpeta algunos, como por ejemplo Los descastados, y nos gustaba también Espectros, pero ya lo tiene registrado Ibsen. Lo importante es que a todos aquí les pareció que su historia tiene miga para una miniserie que puede funcionar muy bien.

Dicho esto se desplazó en su sillón rodante hasta la computadora y accionando una tecla agregó sin mirarme:

—Yo descuento que usted es un autor permeable a las sugerencias de mi equipo creativo, para darle más punch a la tira. Si le parece, le leo algunas…

—Sí, sí, claro...

—No lo oigo...

—Ejem… Sí, digo que sí, por supuesto.

—Bien. Por ejemplo, la abuela podría fingir ser no vidente y simulando comerciar golosinas vender paco a la salida de un colegio. ¿Qué le parece?

—Y… es un poco…

—No lo oigo...

—No, digo que me parece que lo del paco…, no sé, suena un poco fuerte.

—Sí, señor. Tiene razón. Vamos a cambiar por porro… La abuela vende porros.

Sin darme ni la menor oportunidad de disentir, se puso a teclear en la computadora mientras yo me quemaba hasta las medias apurando en varios tragos el café con crema.

—Listo —continuó—, la abuela vende porros. Otra cosa: el abuelo debe seguir teniendo el quiosco, se disfraza por las noches, pero de

día sigue con el quiosco y reparte en bicicleta los diarios, sólo que cuando vienen con tapas de fascículos él aprovecha para entregar revistas pornográficas. ¿No es ingenioso?

—Este… Sí —respondí—, pero disfrazarlo de noche como los héroes de las historietas… No sé…, se me ocurre más divertido…

—Pero es naif. El viejo se puede disfrazar pero de travesti, y en vez de asustar a la gente que camina por Parque Chacabuco, se dedica a currar a los buscas que yiran con sus autos por Puerto Madero. Es un hijo de su madre el viejo, ¿no cree?

Lanzó una carcajada y se tiró en el respaldo de la silla mientras yo, a esas alturas, no sabía si sonreír o hacer un puchero.

El ceo prosiguió pasando revista a las sugerencias que convertían a los chicos en motochorros, al padre en usurpador de estéreos, a la madre en reducidora de esos estéreos, y al perro enterrando en el patio de la casa las carteras y celulares que conseguía en sus redadas por la costanera.

Me entregó en un sobre cerrado un contrato de derechos y obligaciones por los catorce capítulos iniciales que debía escribir, me pidió que lo estudiara y, si estaba de acuerdo, que se lo devolviera firmado a su secretaria. Sin darme tiempo a decir otra cosa que "muchas gracias, señor", me acompañó hasta la puerta de su despacho y se despidió con una palmada exclamando:

—Lo felicito, amigo. Usted muy pronto verá cómo el éxito cambia su vida.

Se equivocaba al decir "muy pronto". Salí a la calle con la sensación de que todo ya era distinto. Mi barrio lucía diferente. Me abracé al cartapacio cuando leí en un cartel "cuidado con el perro". Pasé dando grandes zancadas frente al quiosco de diarios por temor a que me dieran junto con La Nación un fascículo del Kamasutra. Finalmente entré a mi casa y le di un beso a mi mujer, que me preguntó sorprendida si me pasaba algo. Puse mi mejor cara para responderle:

—Nada, ¿qué me va a pasar? ¿No te puedo saludar?

—Saludarme, sí, pero con un beso únicamente para los cumpleaños o cuando venís de un viaje.

Ella debía ignorar mi necesidad de reafirmar que yo era el jefe de una familia constituida hacía más de medio siglo, y que todos los que la componían —ausentes y presentes— habían sido la fuente de inspiración para buena parte de mis ficciones. Esta pretendida última experiencia era como un nuevo punto de partida acaso hacia ninguna parte. Mi mujer dejó atrás la sorpresa de mi llegada efusiva y me puso al día con un rosario de apremios, repasando cuenta por cuenta desde el abl en adelante. Al terminar, en lugar de amén disparó:

—¿Tenés idea de cómo hacemos para pagar todo esto?

Yo, amigo de refranes como mi padre, sentencié:

—Dios proveerá —Y me fui a mi cuarto acariciando el cartapacio.

El sobre que para no tentarme había pensado quemar sin abrir me hizo dudar por un instante, pero opté por vaciar su contenido como quien saca una paloma de un sombrero. Tuve que leerme en voz alta el contrato un par de veces para convencerme de que yo podía cobrar todo ese arancel como autor de una familia absolutamente biodegradable. En nota aparte me informaban que estaban enviando a mi correo electrónico la copia corregida del capítulo uno para que le diera forma definitiva. Cuando accedí al texto, seguí hablándome en voz alta, pero con un acento premonitorio:

—Vos no podés suscribir esto —me dije—. No es lo tuyo. Olvidate.

Me senté en la cama y detuve la mirada en la foto de mi auténtica familia, reunida durante un ágape. No tenía derecho a desacralizarla argumentando una ficción de semejantes características. Mi conciencia, con la que compartía largos estadios de reflexión, me acicateó con una referencia. ¿Y Los Soprano? ¿Acaso la de Los Soprano no es una familia mafiosa que el mercado internacional ha convertido en suceso televisivo durante una década? ¡Pero esa es una historia que maneja situaciones con un planteo de humor irónico! ¡Humor irónico las películas! ¡No deja de ser por eso una familia mafiosa! ¡Son los Corleone en pijama!...

Siempre que intentaba dirimir una controversia con mi conciencia acabábamos peleados y dejaba de consultarle, porque asumía que iba a terminar por aceptar sus conclusiones. Traicionarla podía acarrearme un sentimiento de culpa y prescindir de sus opiniones me ponía en el trance de una consulta con los míos, a lo que no estaba dispuesto porque iban a creer con razón que había perdido efectivamente mi conciencia.

Estaba casi dispuesto a olvidarme de la oferta cuando la voz de mi mujer, que tenía por costumbre alojarse en mi subconsciente como un mensaje de texto, me llegó todavía más clara y contundente que la primera vez:

—¿Tenés idea de cómo hacemos para pagar todo esto?

Era más que evidente: este galimatías debía ser resuelto con una mejor opinión que la mía. Se trataba de escribir una farsa abominable o dejar de pagar, entre otras cosas, el abl, en aras de defender los principios de una familia digna pero sin el derecho de alumbrarse, barrerse y limpiarse.

Me quedaba como último camino, antes de tomar una resolución, hablar con el doctor Bósforo. El doctor Bósforo era psicoanalista, y si bien yo jamás me había psicoanalizado, había llegado el momento de llevar mi problema al diván. Una de las cosas que me alentaron fue el secreto profesional. El motivo de mi consulta iba a quedar entre el doctor Bósforo y yo. Por otra parte, era el profesional que atendía a los socios de Interautas (Asociación Internacional de Autodidactas), con sede central en Bruselas. Yo pertenecía como adherente a esta institución porque un tío de mi mujer era belga y en ocasión de una visita suya me regaló una pequeña réplica del Manneken Pis (“niño que orina”), monumento emblemático emplazado en el centro histórico de Bruselas, que representa en bronce a un nene haciendo pis en un cántaro. El tío en cuestión jamás se enteró de que su inopinado presente se convertiría en un amuleto propiciatorio para resolver mis dificultades biliares. Así como se afirma que una canilla abierta estimula la micción, a mí me bastaba con mirar de cerca el Manneken Pis para orinar a mis anchas sin tener que viajar a Bélgica.

La primera —también la última— sesión con el psicoanalista se concretó rápidamente, y así de rápida y concisa fue también mi exposición acerca del motivo de mi consulta:

—En definitiva, doctor, ¿usted cree que urgido por mis apremios económicos yo debo escribir lo que en verdad no siento, no comparto, no practico?

El doctor Bósforo se extendió en una serie de conceptos que intentaban demostrarme lo equivocado que yo estaba al concatenar los seres reales con los virtuales. Su primera —y última— recomendación fue sugerirme el estadio del espejo, que según me argumentó era el método lacaniano para un reconocimiento de mi propia imagen gracias a la genética de la mirada del otro.

—Mírese, debe franquearse con su yo.

Obediente como he sido siempre con las indicaciones de mis profesionales tratantes, a la mañana siguiente, mientras me afeitaba frente al espejo, me formulé a mí mismo la pregunta que me inquietaba y la fundamenté con mis propias convicciones. Al cabo de unos minutos de silencio y desde otro plano, oí a mi hijo menor que le decía a su madre:

—¿Qué le pasa a papá que está hablando solo en el baño?

—No sé. Cada día está más loco.

Se me hacía urgente encontrar una respuesta a mis dudas y vacilaciones si no quería dar pábulo a las interpretaciones capciosas de mi entorno. Fue cuando pensé en el padre Damián. Es el párroco que me casó por segunda vez con mi mujer cuando decidimos renovar los votos de nuestra unión. Solía felicitarme por tal o cual programa que yo había escrito, y cuando me preguntaba de dónde sacaba tantas ideas, se alegraba al oírme decir:

—Es un don de Dios, padre.

Sin duda, el párroco era el indicado para ayudarme a salir de dudas, no tan sólo por la santidad de su persona, sino por la garantía que representaba el secreto de confesión. Él sabía que yo no era un

católico militante, pero toda vez que me reconocía en alguno de sus oficios dominicales, creía hallar en su mirada indulgente una suerte de dispensa a mi agnosticismo. Eso sí, cuando me acercaba para saludarlo, me disparaba:

—Pensé que te habías mudado.

Cuando me tocó el turno en su confesionario, ese fue su primer comentario, y sin dejar pausa agregó:

—¿Cuánto hace que no te confesás?

Me acordé de Lacan y respondí:

—Aquí hace mucho, pero hablo con el Señor frente al espejo, padre.

—Pues si todos los fieles obraran así, debería yo atender en una mueblería.

Le hablé con cierto desorden verbal de mi encrucijada y se remitió a una parábola de Jesús en el Sermón del Monte, donde participan dos personas que construyen sendas casas con dos conductas opuestas. Una, de un modo prudente, y otra, de forma insensata. El prudente trabajaba sobre bases firmes y el insensato, sin fundamentos sólidos. El primero lograba conservar para siempre su vivienda. El otro no tardaba en contemplarla en ruinas.

Luego de una breve pausa, usó un tono paternal para aconsejarme:

—A la hora de tomar tu decisión, tratá de oír la palabra de Dios. Construí tu proyecto sobre bases sólidas. Que sea como siempre y para siempre.

Le faltó decir amén, pero su despedida me sonó mucho más fuerte que una reconvención:

—No sé si llegaré a ver tu obra terminada. Pero esmerate, porque el Señor lo hará.

Fue muy entrada la noche cuando logré conciliar el sueño. No podía pasar del día siguiente una determinación que podía estar a pelo o contrapelo de tan disímiles circunstancias. Y el insomnio acabó en

pesadilla. Soñé que por incumplir me suspendían el alumbrado, y a la luz de una vela que sostenía protestando mi mujer, la falta de barrido y de limpieza había cubierto la casa y yo me sentía como un hippie que en vez de sacar la basura la entraba.

A la mañana siguiente desperté sofocado, corrí al baño y abrí la ducha con miedo de que nos hubieran cortado el agua. Mientras me afeitaba, tomé la heroica decisión de aceptar. La teoría del espejo pudo más que la parábola, y con la esperanza de no ser excomulgado firmé mi pacto mefistofélico y me convertí en Gregorio Samsa, el autor de La familia biodegradable.

Mi necesidad de evitar por el tiempo que me fuese posible una identificación con esa autoría me obligó a establecer los próximos contactos con la productora sólo a través de mi correo electrónico, con una nueva clave. Ni mi mujer ni mis hijos tendrían acceso a ella. Cuando creí terminado el primer capítulo, recibí instrucciones una y otra vez para agregar líneas y secuencias —ganchos— que a juicio de los realizadores tenían "mucha onda" para lograr un relato bien "cool". De tal suerte que la familia se fue agrandando con un sobrino que practicaba vampirismo, un concuñado barrabrava autor de estribillos pendencieros para corear en las canchas, y una ahijada que utilizaba las redes sociales para hacer caer en ellas a incautos buscadores de placer. Con todo este material tuvo su forma definitiva mi opera prima.

Como se trataba de capítulos unitarios, había que ir escribiendo los subsiguientes con tan sólo un par de semanas de adelanto para dejar abierta la posibilidad de un nuevo tratamiento, de acuerdo a las mediciones de audiencia. Confieso que a medida que escribía, las historias fueron ganando mi confianza y hasta se podía pensar que me entusiasmaba y me dejaba contaminar por ellas. Pero cuando un mes más tarde comenzaron a emitirse los primeros avances con el rimbombante anuncio "una descarnada muestra donde las pasiones se desnudan; un relato que lo estremecerá; una familia que vive el hoy intensamente", y otras adjetivaciones acompañando las imágenes con una pirotecnia de estruendos musicales, tuve la sensación de un sobresalto, me pareció cruzar un semáforo en rojo, levanté el pie del acelerador y puse el otro en el freno, hasta que me di cuenta de que mi auto estaba guardado en el garaje y yo estaba

sentado en el sillón del living.

Ya no había modo de evitar la transgresión. Una de las frases promocionales me invitaba a repensar mi actitud de rechazo: “Una familia que vive el hoy intensamente”. ¿Y si esto fuese tan así? ¿No estaría yo tan desactualizado que la vida me pasó de largo, que no me enteré de sus vertiginosos cambios como si me hubiera quedado dormido en un tranvía? ¿Por qué no intentar averiguarlo? Con el impulso de estas motivaciones, salí al día siguiente como un cazador furtivo a escudriñar el comportamiento de las gentes. Al fin y al cabo, yo era mi familia y cada uno de mis semejantes, la familia de al lado. Mi estadística parcial me dejó saber que los hábitos ajenos eran bastante semejantes a los propios. Todavía había padres que dirimían sus conflictos de alcoba en la alcoba misma; abuelos que jugaban ajedrez en Parque Chacabuco; abuelas que les tejían una bufanda interminable a sus nietos; nietos que le llamaban “seño” a la señorita y se sabían de memoria la letra de Aurora; adolescentes que le pedían a la madre que tramitara el visto bueno del padre para un piercing o un tatuaje; novios besándose en algún banco de la plaza; lluvias de arroz a la salida del civil; jóvenes que cargaban su fe en una mochila y caminaban a Luján, y domingos con patios y las brasas menudas del rescoldo conservando el calor de la tertulia con todos en la mesa. Sí, claro que sí, todas estas eran gentes que vivían el hoy intensamente.

Acaso me distraje actuando como ellos y no tomé en cuenta a esos otros seres que ahora debía consensuar y aceptar como auténticos en esta descarnada ficción. En fin, tampoco debía yo intentar ser más papista que el Papa, allá ellos y aquí yo, escondido detrás de un seudónimo. Cuando dejaba de escribir, buscaba evadirme, trataba de tomar distancia de mi esperpento, ensayaba mis mejores caras de “yo no tengo nada que ver”, compartía la rutina hogareña como si nada estuviera pasando. Una mañana durante el desayuno, por poco me ahogo con una tostada. Fue cuando le oí decir a mi mujer mientras hojeaba el suplemento de espectáculos:

—El lunes empieza un programa nuevo en la tele, La familia biodegradable. Sacan una página con las fotos del elenco pero no dice quién lo escribe...

Recién entonces pude digerir la tostada mientras ella agregaba:

—Qué costumbre esa de no poner el nombre de los autores en los avisos. Me da vergüenza ajena, ¿a vos no?

—¿Eh? Y sí, un poco...

—¿Cómo un poco? Ponete en lugar del que escribe esto, ¿no te sentirías ninguneado?

—Supongo que sí…

—¿Suponés? ¿Tenés mala memoria, querido? ¿Te olvidás de cuando ustedes escribían y el primer título era “un programa de fulano de tal”?

Me corrió un frío por la espalda. Me pareció volver fugazmente a ese tiempo y me veía encabezando los créditos de un programa lleno de vampiros, sexópatas, motochorros y drogones. Después de todo, era un gran alivio esta omisión en la página del diario. Pero esa tarde, conduciendo mi automóvil por la Lugones, una gigantografía que anunciaba el programa aclaraba entre los créditos: “Libro: Gregorio Samsa”. Era yo. Ese era yo. Yo era Samsa. Bajé por Dorrego y di toda una vuelta para retomar la General Paz y entrar nuevamente por la Lugones, pero esta vez para satisfacer un estúpido ego estacionando en la banquina a la altura del aviso. Era la primera y la única vez en años que aparecía en un cartel de semejantes dimensiones, y justo cuando se me daba esa alegría no podía compartirla con nadie porque Samsa no era precisamente mi gentilicio, era más bien mi antifaz de vergonzante.

Lo que no alcanzaba a comprender del todo era el porqué de esa repentina vanidad que me llevó aquella tarde a dilapidar cincuenta pesos de peaje dándole vueltas a la Lugones para mirarme una y otra vez en los créditos de una gigantografía. Y eso fue sólo el comienzo. El segundo impacto emocional se produjo cuando esa misma noche fui con mi hijo más chico al Luna Park porque me importaba compartir con él un festival de rock, y al cruzar el obelisco constaté que una gigantografía similar a la de la Lugones ocupaba todo el frente de un edificio, pero con los créditos destacados por el neón que le daba luz y color a los protagonistas. Hubiese querido confiarle a mi hijo que ese tal Gregorio Samsa era su padre. O mejor dicho, su padre putativo. Pero me cuidé de no

hacerlo ni aun siquiera cuando me preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Otra vez vas a dar vuelta por el obelisco?

Le puse largas al asunto cuando un rato después nos sumergimos en el Luna. Mi secreta intención era experimentar en carne propia ese fenómeno social que era para los jóvenes el rock. Se trataba de una oportunidad para ir adaptándome a una de las formas de “vivir el hoy intensamente”. Desde luego que no fue esa la explicación que le di a mi chico cuando le ofrecí acompañarlo. En principio, le había parecido extraño que le regalara las entradas porque yo venía del tiempo de la típica y el jazz, de modo que cuando se lo contó a mi mujer le oí decir por segunda vez:

—Tu padre cada día está más loco.

Ni yo mismo podía convencerme de estar inmerso en medio de ese mar de brazos que levantaban sus encendedores hamacándose levemente a uno y otro lado. Como mi hijo ya me lo había anticipado, fui preparado para sumarme y lo oí reconvenirme en medio del griterío:

—Papá, ¡¿qué hacés?!

—¿No me dijiste que había que traer un encendedor?

—¡Sí, pero no el del auto!

Acostumbrado como estaba a los bailes del Centro de Almaceneros, mis referentes de aquellos años eran Washington Bertolín, La Santa Rita, Varela Varelita, El Rey del Compás, o los Gavilanes de España. Todos esos rótulos le habían parecido indescifrables a mi pibe.

Según iban apareciendo los conjuntos, él me apuntaba sus nombres gritándome en el oído:

—Los Calzones Rotos, Los Ratones Paranoicos, Los Decadentes, Carajo, La Vela Puerca, Las Pastillas del Abuelo…

El entusiasmo era contagioso, y yo trataba de asimilarme por aquello de “donde fueres haz lo que vieres”. En determinado momento todos comenzaron a saltar y mi hijo me recriminó:

—Tenés que saltar, estamos en el pogo.

La última vez que yo había saltado había sido en la colimba, cuando haciendo orden cerrado el sargento mandaba “¡salto pa’ arriba, empezar!”. Pero eso había ocurrido hacía más de medio siglo. No tuve mucho tiempo de analizarlo rodeado por los brazos de mi chico y el que estaba del otro lado, y de pronto, así como así, me vi saltando, con el llavero golpeándome los genitales y el infructuoso pedido de parar en medio del griterío, consciente de que se me había salido un mocasín.

De todas maneras fue mi primer contacto con la realidad. Si pretendía ser más actual, debía “vivir el hoy intensamente”. Así y todo tuve que pagar a mi regreso el costo de los reproches. Mi mujer no acertaba a entender toda esta transformación incipiente que se iba operando en mí y repetía una y otra vez sentada en la cama:

—¡Únicamente a vos se te puede ocurrir invitar a tu hijo a un festival de rock y encima volver a casa sin un zapato!

—¿Qué tiene de malo?

—¡Tiene de malo que eso es cosa de los chicos, no para gente de tu edad, asumite! ¡Te estás desubicando!

Me dolió. Tenía razón pero acusé el golpe. Para colmo, sabiendo que era ella la que a veces solía bajar música en la computadora, intenté hacerme el canchero preguntándole por alguno de los conjuntos cuyo nombre había retenido:

—Ya que decís que no me asumo, sé sincera: ¿vos tenés los calzones rotos?

De guarango para arriba me dijo de todo; entre otras cosas, que me fuera a dormir al sillón del living.

Mi segunda experiencia antes del estreno del ciclo fue ir sintiendo de a poco un leve cambio de mi aspecto personal a propósito de la dura referencia de mi mujer. Me estaba desubicando y tenía que asumirme. En una de mis aproximaciones lacanianas, el espejo me

devolvió una imagen que no guardaba relación alguna con la actualidad que estaba ficcionando. No era el caso de convertirme en ninguno de sus personajes, pero sí de ajustar un poco mis tiempos a los que corrían, darle algunas vueltas a mi reloj de arena. “De todos modos, renovarse es vivir”, me dije.

Mi nieta, que estudiaba recursos humanos, fue mi consultora. La sabía reservada y compinche en ocasión de consultarle acerca de cómo preparar una currícula. En este caso fui más allá. Pretexté que debía dar una charla sobre el humor actual invitado por una universidad privada, y tratándose de un auditorio joven mi pretensión era modificar un tanto mi aspecto. Le pedí que no hiciera comentario alguno de mi pedido en casa, y sabiéndola discreta, me sentí tranquilo cuando me sugirió comenzar por el peinado. Su recomendación fue visitar a Michel, un coiffeur unisex en cuya boutique de Recoleta ella se atendía. Hice un ejercicio mental para despojarme de todo prejuicio que pudiese amedrentarme y le confié a Michel mi corte de pelo. Informado como él estaba por mi nieta para que modificara mi peinado, me entregué a sus habilidades. Pero un poco por el lavado de cabeza, otro por las fricciones, el vapor del secador de cabello o mis profundas cavilaciones, apenas Michel me colocó el peinador me quedé dormido en su sillón. Cuando desperté, estuve a punto de preguntarle si yo me había ido porque el tipo que estaba en el espejo era otro. Pero no, era yo. Me lo confirmó su pregunta:

—¿Qué tal? ¿Qué me dice de cómo quedó lookeado?

Si bien yo había dejado hacía mucho de peinar lo que se dice una discreta cabellera, mi modelo a dos aguas con raya al costado se compadecía con el óvalo de mi cara. Pero Michel había operado un cambio significativo, y sin llegar a verme como un punk, un rolinga, un blogger, un emo o un gótico, mi pelo se había transformado en un manojo hirsuto y brilloso como de tipo que baja asustado por la montaña rusa. Los efectos del spray y la autoridad que emanaba del presuntuoso coiffeur hacían poco menos que imposible pedirle que modificara lo que él suponía su obra de arte. Todo lo que pude hacer luego de pagar fue preguntarle a la cajera si no sabía dónde podía comprar una gorra.

La buena suerte estuvo de mi lado ese día, porque mi señora solía

invitar a sus amigas a jugar canasta en casa y eso me ayudó a entrar de incógnito por la puerta de servicio. De cualquier modo hubiese entrado de incógnito porque el peinado de Michel me había convertido en otra persona, a tal punto que Gitano, el gato que solía acurrucarse a mi lado cuando yo leía el diario, corrió a meterse bajo la cama.

Luego de una larga sesión de champú y crema de enjuague, logré acondicionar un poco mi desbarajuste capilar, pero el corte de Michel me obligó a cambiar de peinado y me dejó bastante parecido al padre de Homero Simpson. Mi exilio de la alcoba marital había concluido, puesto que ya no necesitaba estudiar por la tele el comportamiento de la competencia.

Me puse rápidamente el pijama y me quedé leyendo en cama La civilización del espectáculo, donde Vargas Llosa parecía haber escrito para convencerme de que no siguiera adelante con lo que estaba haciendo. Abrigaba yo la esperanza de no llamar la atención de mi esposa con mi nuevo corte de pelo, pero esa ilusión duró hasta que luego de despedir a sus amigas, ella entró al dormitorio y yo, sin dejar de leer, le pregunté:

—¿Cómo te fue? ¿Ganaste?

Se produjo un breve silencio que me dejó presentir su repregunta:

—¡¿Pero qué te has hecho?! —exclamó.

—Nada, me corté el pelo. ¿Por qué? ¿Qué tengo?

—¿Cómo qué tengo? Tenés… otra cara.

—¿Cara de qué?

—¿Te lo digo?

Si algo había prevalecido durante más de cincuenta años de matrimonio, era indudablemente el respeto en el trato. De modo que no intenté forzarla a un exabrupto y me justifiqué mintiéndole que mi peluquero de toda la vida se había jubilado y me hice atender con otro. Tuve que fingir además que seguía leyendo mientras ella se cambiaba para acostarse y hablaba sin parar con

ese tono que usaba cuando algo la sacaba de quicio.

—Últimamente no sé qué te pasa, pero si hay alguien que te conoce bastante soy yo, y te noto raro, qué querés que te diga… Te chifla el moño, y no me vengas con que estoy loca porque es al revés, de un día para otro se te da por ir a un festival de rock, o me preguntás cómo tengo los calzones, o te hacen un corte de pelo que te ha estrechado la cabeza. Tenés cara de…

—¿Cara de qué? Decilo…

—De bicisenda.

Se acostó y apagó su velador. Cerré el libro pero por un par de horas no pude conciliar el sueño. No sabía hasta cuándo iba a poder ocultarle que le había vendido mi alma al doctor Fausto, pero no a cambio de poder ni de conocimiento, sino para intentar pagar entre otras cosas las expensas y el abl. Además, si me sinceraba con ella, estaba obligado a confiarle que ese trasplante al culebrón estaba produciendo algunos cambios en mi personalidad.

Antes de apagar mi luz, sentí la necesidad de ir a mirarme en el espejo del baño. Sí. Mi señora estaba en lo cierto. El nuevo corte de pelo no me quedaba bien y me acosté convencido de tener cara de bicisenda.

En dos semanas estaba anunciado el día D. O sea, el día del desembarco del engendro por tv. Había recibido una llamada a mi nuevo celular. En tren de producir cambios en mi conducta de autor anónimo, cambié mi antiguo teléfono móvil por un BlackBerry, asesorado otra vez por mi nieta. Mi nuevo chiche me permitía enviar un tweet a la productora, o recibir de sus cráneos un e-mail con instrucciones de último momento. En mi aparato anterior uno de mis hijos me había programado para el ringtone un fragmento del Vals de las flores, de Tchaikovsky. Toda vez que alguien intentaba comunicarse conmigo ese pasaje donde las cuerdas van del tono mayor al menor era, antes que un aviso, una caricia. En el BlackBerry el ringtone era un constante sobresalto, porque venía incorporado el grito selvático de Johnny Weissmüller extractado de la banda sonora de una de sus célebres películas. Ignoraba tener programada esa nueva función, y sólo me enteré cuando uno de los

creativos me llamó estando yo en el consultorio del dentista. Al oír el alarido de Tarzán de los monos, su asistente entró despavorida creyendo que me habían sacado una muela sin anestesia.

Poco a poco me fui malacostumbrando, acaso inconscientemente, a estos y otros pequeños grandes cambios en mi filosofía de vida. Obsesionado y ansioso por conocer los resultados de mi obra, mi mente fabulaba probables escenarios para el caso de un éxito potencial, y en los días previos al estreno llegué a tener trastornos del sueño y pesadillas que lograban despertarme sobresaltado. En una de ellas me veía recibiendo el Martín Fierro de oro y diciendo un discurso de agradecimiento. Y como se trataba de un sueño, los asistentes a la fiesta de ese año me escuchaban sin probar bocado ni hablar entre ellos; por primera vez en la historia de los Martín Fierro nadie se movía de sus lugares, todo el mundo atendía, me estaban televisando y no entraba la cadena nacional, justo cuando lo que yo más necesitaba era que mis palabras pasaran desapercibidas. En las vísperas del estreno me dormí sentado en un sillón del living y soñé que estaba posando como uno de los personajes del año para la tapa de la revista Hellow junto a Madonna y Brad Pitt. Todos de gala menos yo, que estaba con capucha y anteojos oscuros para que nadie me reconociera.

Antes del estreno se produjeron las consabidas notas a distintos protagonistas del programa, incluyendo un artículo a media página en el diario, lo que motivó algunos comentarios de mi entorno mientras yo simulaba prestar atención al suplemento deportivo. Fue así que el núcleo familiar se despachó con diferentes opiniones que no lograron más que activar el funcionamiento de mis glándulas suprarrenales. Mi señora abrió el fuego:

—Esta noche empieza La familia biodegradable. Con semejante título ya me imagino lo que debe ser eso… pero igual la quiero ver.

Mi hijo del medio preguntó a quemarropa:

—¿A qué hora va?

—A las once. Cuando ponen un programa a esa hora debe ser como los noticieros, que no son aptos para niños, niñas ni adolescentes.

Terció entonces mi hijo menor:

—Igual siempre que comienza algo nuevo en el otro canal le ponen un tanque al frente. Hoy a las diez transmiten Racing-Independiente, así que por lo menos acá esa familia no corre.

—No, querido, vos verás fútbol en tu cuarto —dijo mi mujer.

—En mi cuarto no tengo high definition.

—Me ne frega, nene, yo quiero ver ese programa nuevo porque hace diez días que lo están anunciando y tiene un elencazo. Además empieza una hora después que tu fútbol.

Y la pelota volvió a mi hijo del medio:

—Sí, pero a las once comienza el segundo tiempo.

—No me interesa, ustedes tienen fútbol dos o tres veces por semana, y justo el día en que yo quiero ver algo tengo que estar privándome. No, chicos, no es justo, que decida tu padre.

Imprevistamente y cuando yo estaba totalmente en orsay, mi mujer me había pasado la pelota. Intenté arbitrar afectando un desinterés que no sentía.

—Creo que su madre tiene razón, dejemos que vea su telenovelón, y yo voy a su cuarto a ver fútbol con ustedes.

Lo dije con tanta naturalidad que imaginé una inmediata reacción de mi mujer. Pensé: “Se va a negar, va a defender su idea de que yo también tenía el derecho de compartir con ella el culebrón”. Pero su respuesta fue terminante:

—Me parece muy bien. Ustedes vean el partido, y yo, el programa nuevo.

Fue como una definición por penales y el mío había salido desviado. Porque estaba obligado a ver ese primer capítulo. Lo había escrito con un seudónimo, nadie debía saberlo, pero en definitiva el autor era yo. Iba a ser muy importante que contemplara el trabajo terminado, mis empleadores seguramente

iban a convocarme al día siguiente para conocer mis opiniones y yo las de ellos. Grabar el estreno era poco menos que imposible; ¿cómo explicaría esa operación en casa, un territorio neutral donde yo no debía dejar al descubierto mi vínculo con un folletín de esas características? Tenía que ocurrírseme algo para justificarme renunciando al fútbol. Recordé haber leído cierta vez una nota a Sergio Renán donde se mencionaba su fanatismo por la Academia, al punto de haber sufrido desmayos en la tribuna cuando a Racing le hacían un gol. Ese fue un buen punto de partida para mi gran excusa, y argumenté a última hora de la tarde que mi médico me había encontrado con las defensas bajas y debía evitar las emociones fuertes. Un clásico como el de esa noche, donde la localía era de los rojos, podía causarme una lipotimia como la de Sergio. Mi argucia logró el efecto deseado. Mi mujer emitió su decreto de necesidad y urgencia:

—Lo único que falta es que por un partido de fútbol le demos un disgusto a tu padre. Ustedes vean fútbol y él ve el programa nuevo conmigo.

Siempre admiré a Renán. Recordé su formidable puesta de Drácula en el Odeón de Mar del Plata; me pasaron por la memoria La noche de los héroes, sus trabajos como régisseur en el Colón, en fin, un actor y director todoterreno, pero nunca imaginé que su pasión por Racing iba a inspirarme para este formidable pretexto que me permitía zafar de un clásico para poder jugar el mío.

El resto del día lo pasé con una creciente ansiedad. Intenté dormir una siesta sentado en el sofá del living, con mi gato Gitano ronroneando en la falda. Cuando había logrado conciliar el sueño, los de la productora me llamaron por el BlackBerry y el alarido de Tarzán puso en fuga al gato, al tiempo que mi mujer llegaba corriendo de la cocina y por poco Gitano no la tira al suelo.

—¡¿Qué le hiciste?!

—¿Yo? Nada. Fue Tarzán.

—¿Qué Tarzán?

—De los monos, es el nuevo ringtone de mi BlackBerry.

—¡Qué te parece! ¡Qué te parece! ¡Tarzán de los monos! —Y mientras volvía a su cocina le oí agregar—: ¡Cuando digo que estás cada día más chiflado me quedo corta!

Esperé prudentemente su mutis por el foro mientras la voz metalizada de una secretaria repetía con insistencia: "¡Hola! ¡Hola!".

Era la asistente del ceo. Me invitaban a ver el primer programa en la productora para evaluarlo sobre la marcha. Usando el tono melifluo de una balada de Django, me disculpé argumentando que habiendo recibido la visita de unos parientes de España tenía el compromiso de atenderlos y ver el estreno en casa con ellos.

Para evitar una nueva llamada inquietante, decidí bloquear el celular y evitar todo contacto con el televisor ignorando los avances de prensa que podían predisponerme. Llegada la noche, opté por un plato frugal porque no quería dormirme antes o durante el programa, en todo caso prefería morirme después. Mi señora registró preocupada ese nuevo cambio, era la primera vez en años que yo elegía media manzana verde para la cena.

Pijama de por medio, me acosté con Madame Bovary. En realidad me acosté con mi señora, pero leyendo a Flaubert, y para abstraerme de los anticipos previos a la emisión me coloqué los auriculares del equipo de música, lo que no me impidió escucharle decir a mi mujer cuando me los ponía:

—Definitivamente estás de la cabeza…

A las once dejé a Flaubert y a los auriculares convirtiéndome en espectador de La familia biodegradable. Los créditos de los protagónicos se sucedieron en sobreimpresión destacándose el quién es quién de cada personaje. Los papeles secundarios y el resto de los colaboradores, entre los que se consignaba al autor, pasaron como una ráfaga, lo que por un lado me dio tranquilidad, y por otro, un repentino dejo de estúpida envidia por ese tal Samsa, que venía a ser yo.

Lo demás se precipitó vertiginosamente, y si bien conocía las características de los personajes por haberlos pergeñado, una cosa

era proponerlos y otra muy distinta verlos frente a mis narices, en muy vivo y muy directo. Se sucedían escenas mefistofélicas, acompañadas de diálogos corregidos y aumentados con procacidades varias donde ser hijo de su madre era lo más considerado. Mi cama se había convertido de pronto en una de esas piraguas que se dejan llevar por los rápidos de un caudal hasta precipitarse por la catarata. Esperaba de un momento a otro la reacción de mi señora, tanto como para compartir con alguien lo borrascoso del argumento, cuando en un pasaje quieto de la acción se entremezcló un ronquido. Giré lentamente la cabeza hacia el costado y… ¡hosanna en las alturas! Mi señora dormía. Se había quedado dormida desde el inicio como se quedan dormidas las mujeres, con el control remoto en la mano, en la suposición de que yo quisiera cambiarme al fútbol. Y de verdad lo hubiese hecho porque un sólo primer bloque de mi capítulo me había alterado mucho más que un gol de Independiente. Si Renán sufría por Racing, yo sufría mucho más por mi estreno. Pero no hice nada por rehuir el contenido completo de la emisión. Con los títulos de cierre lo primero que hice fue desbloquear el celular para ver si tenía algún mensaje. Caí en la cuenta de que esto era imposible. En tiempos de mis estrenos, amigos y parientes me llamaban para felicitarme o gastar un cumplido, pero en este caso nadie imaginaba que yo pudiese ser el responsable de este atentado.

Fui al baño y me friccioné la cara y las manos con agua oxigenada por si los gérmenes. Con gran cuidado, logré apagar la tele desde el control remoto cautivo, apagué el velador de mi mujer, y cuando iba arrastrando los patines para apagar el mío y acostarme, mis hijos me llamaron por el BlackBerry para avisarme que el clásico estaba uno a uno. El alarido del ringtone hizo saltar de la cama a mi mujer, que despertó exclamando:

—¿Qué pasó? ¿Terminó? ¿A quién mataron?

Estaba habituada a que en todos los finales de esos estrenos trasnochados se cobraban la vida de algún personaje. Me apresuré a tranquilizarla aclarándole que era mi celular.

—Qué estúpida por quedarme dormida. Quería ver ese programa nuevo. ¿Vos lo viste? —me interrogó.

—No —mentí—, la verdad es que te vi dormida y me vino sueño a mí también.

Se dio la vuelta y no dijo más nada. Apagué mi velador y me quedé pensando que, de haber podido contarle lo que había visto, seguro que pasaba la noche en vela. Al día siguiente hubo una sucesión de inquietantes novedades. El asistente del capo me llamó desde la productora para informarme de una reunión urgente porque había que replantear la historia, el fútbol les había ganado y la nueva familia había quedado desplazada al segundo puesto en las mediciones.

Mi mujer volvió a la tarde de su peluquería contando que las mujeres habían visto la primera historia y no respondió a sus expectativas. Casi todas esperaban ver algo de mayor contundencia. Es lo que arguyeron los responsables del ciclo en la anunciada reunión de producción un par de días después, cuando las críticas de los medios gráficos coincidían en que se trataba de un híbrido, que le gastaban un flaco favor al medio, y que el empeño de los actores no conseguía impedir el naufragio de un libro poco menos que abominable. En un costado de la mesa del directorio yo me sentía expuesto a las miradas de todo un equipo que no vaciló en sugerir ingentes cambios. Todo debía ser más truculento y excitar el morbo en un desordenado número de propuestas que yo anotaba y tachaba, de las cuales surgía que era imprescindible reescribir los próximos capítulos con una dosis mayor de vampirismo y hechicería.

Salí de la reunión apretando el cartapacio con los apuntes, y al tratar de comprenderlos en casa, no sabía ciertamente si estaba escribiendo el regreso de los muertos vivos o una saga no autorizada de Harry Potter. Me acosté temprano para tener un poco más de insomnio y organizar un poco la mente; la noche se me hizo interminable, pero como siempre, amanece, que no es poco. Me levanté consciente de haber tomado una decisión algo más que sabia: volver a ser yo. Para no verme envuelto en un problema judicial renunciando, opté por el camino menos tortuoso. Escribí el siguiente capítulo humanizando a los personajes; las historias eran las de cualquier hijo de vecino, y los conflictos que se planteaban se correspondían con los de una familia como la mía: el padre hacía

horas extras porque el más chico cumplía años y quería que le regalaran un metegol. La madre protestaba sobre dónde corno iban a meter un metegol, salvo en la baulera. La abuela cocinaba pastafrolas para un comedor comunitario y el abuelo jugaba al casín en Los 36 billares, donde tenía taco propio. Y en mi relato de ficción había salita de tres para los nietos, amores adolescentes, un tío cura, un cumpleaños de quince y, puertas afuera, un barrio lleno de casas con soles y lunas andando los tejados.

El resultado fue inmediato. El comité de programas asumió que yo vivía en otro planeta y que esa familia no tenía nada de biodegradable, por lo que además de recomendarme que buscara otra productora, lamentaban comunicarme que quedaba fuera del convenio. En otras palabras, a Dios gracias, Gregorio Samsa estaba literalmente despedido y yo había recuperado mi identidad.

Aquí estoy, retornando a mi oficio de escriba pero para dar forma no a un libro parlante, es decir, a un texto para ser interpretado por otros. Este tiene la pretensión de ser interpretado por usted, ya no mi espectador, ahora lector de mis memorias. Porque al fin y al cabo, todo fabulador que se precie no debe acabar sus días sin haber dejado testimonio de su vida y de su obra, aun siendo modesta y exigua como la mía. Y puesto que el Quijote confesó que sus andanzas habían transcurrido en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quería acordarse, yo me decidí por no olvidar nunca más el mío ahora que me siento de nuevo yo.

Permítaseme la licencia de asumirme como un elemento multiuso. Escribí tangos, folclore, humor, poemas, comedias; actué distintos personajes; hice avisos comerciales; inventé muletillas; tuve novias, mujer, hijos, nietos, televidentes, espectadores… Pero me estaba faltando el lector, el que me guarde en un anaquel apretado entre sus libros.

Solía decir mi amigo Pepe Biondi que a veces los empresarios que lo contrataban le pedían que tratara de cerrar su discurso de humor con un chiste ¡fa! Esa onomatopeya significaba que el final, el mutis, el telón, debía tener la fuerza de un cierre expresivo, contundente, superior. Y Pepe me confesaba: “Querido gordo, ¡me he pasado la vida buscando el chiste fa! Si algún día lo encontrás, te felicito, porque es el más difícil de hallar”.

Como ya no tengo tanto tiempo para buscarlo, declino en otros ese compromiso. En lugar de terminar mi libro con un chiste, prefiero hacerlo con un soneto:

La memoria que es frágil se disloca
cuando cuenta las vueltas de la vida
regresando a su punto de partida
como pasa en el juego de la oca.

Se resiste a llegar. La luz es poca
y vacilante su lámpara encendida
nos descubre la dicha prometida
pero advierte: se mira y no se toca.

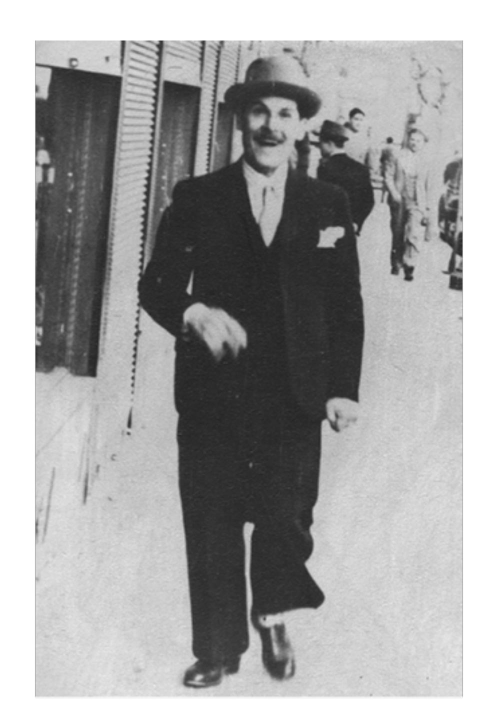
Y bien. Enhorabuena por lo andado,
por tanto buen recuerdo trajinado
y por vibrar con ellos como vibro,

le doy gracias a Dios que me ha inspirado
para cumplir al fin con su legado
del árbol, de los hijos, y del libro.

Anexo fotográfico



Juan Carlos Mesa



Diego Mesa



Deidamia Paz y Diego Mesa



Casamiento, 15 de enero de 1955



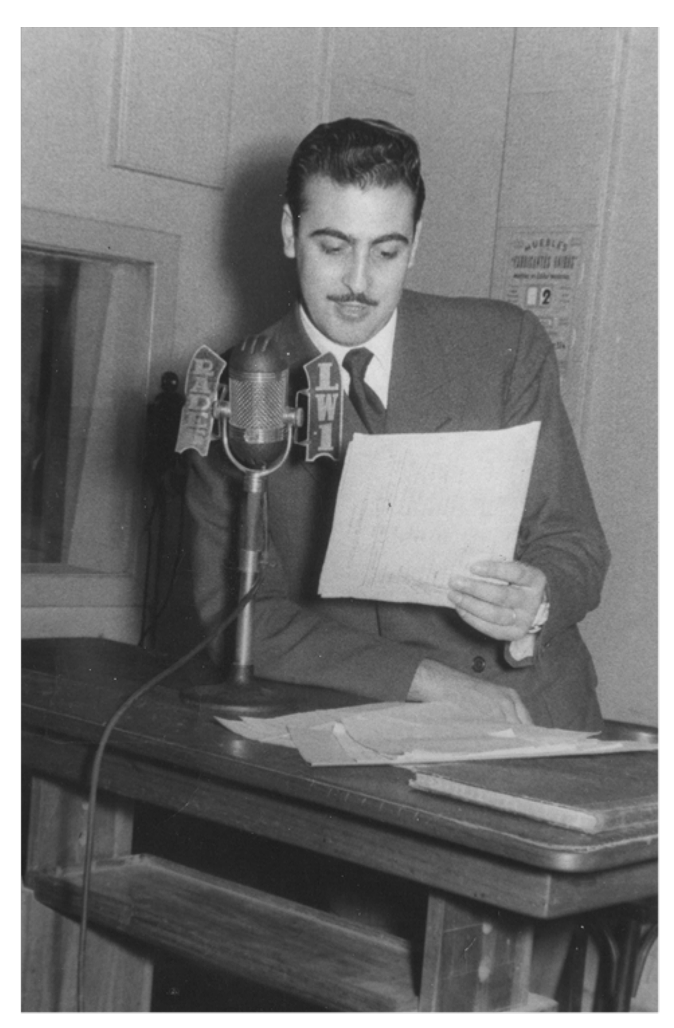
Edith



Con Edith y sus hijos Juan Carlos, Juan Martín y Gabriel



Mesa con Edith, sus hijos, sus nueras Pilar y Carola, sus nietos Paz, Felicitas, Matilda, Elena, Ezequiel, Daniela y Sofía, y su bisnieto Gerónimo



LW1, programa Bocaditos de Mesa, Córdoba, 1957



Hupumorpo, Canal 13. Martín Fierro 1974. Parados: Juan Carlos Mesa, Eduardo D'Angelo, Cacho Espalter, Catia Iaros. Sentados: Gabriela Acher, Berugo Carámbula, Eduardo Muñoz, Raymundo Soto, Andrés Redondo, Maurice Jouvet, Enrique Almada



Con Edgardo Mesa en Los pasajeros de ferrocarril,
Teatro de la Coba, 1980



Mario Clavel, Carlos Garaycochea y Juan Carlos Mesa



Juan Carlos Mesa con Jorge Basurto y Mario Clavel. Café concert en Kartuchos, década de 1970

Agosto 1981 - Año 24 - Nº 2254 - $ 15.000

CORREO DE LA TARDE

Director: Francisco G. Manrique



Defensor de la dignidad en libertad, custodio de la democracia y la República



Luchía-Puig Sacerdote de la pluma

EL APOLITICO

MESA - TATO: RADIOLOGOS DE LA POLITICA

UN INTENTO DE SOBORNO MORAL AL GOBIERNO

Tapa del diario Correo de la tarde, agosto de 1981



Mesa de noticias. Elenco original, 1983



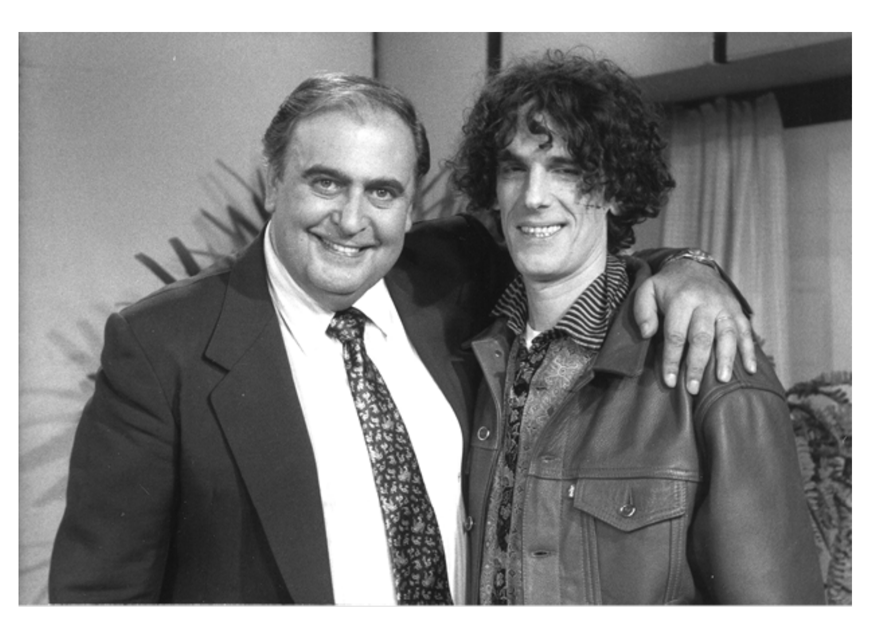
Con Fernando Marín, productor y amigo



Juan Carlos Mesa, moneda nacional



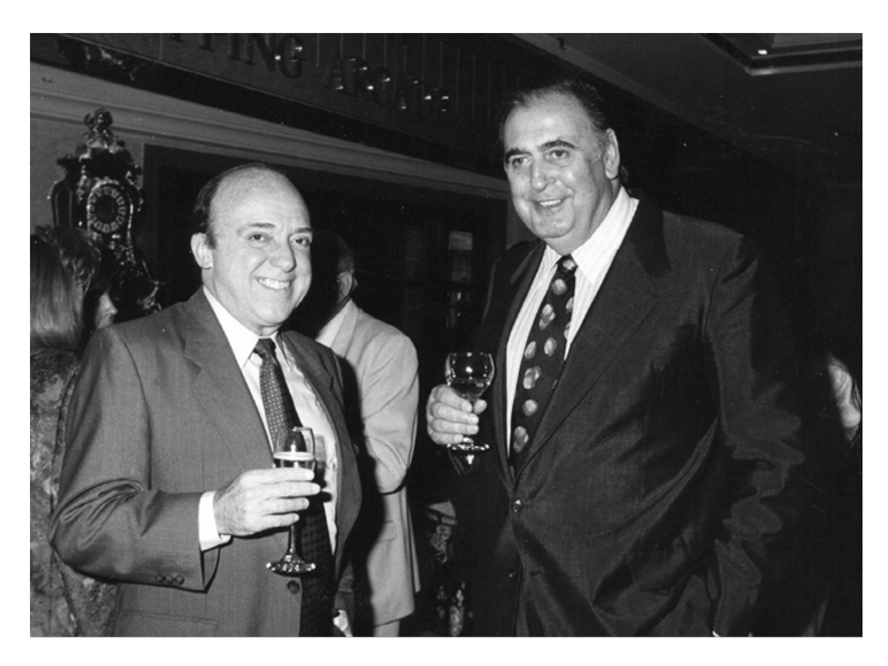
Gianni Lunadei y Juan Carlos Mesa, en El Gordo y el Flaco.
Década de 1990



Con Luis Alberto Spinetta en El Gordo y el Flaco,
década de 1990



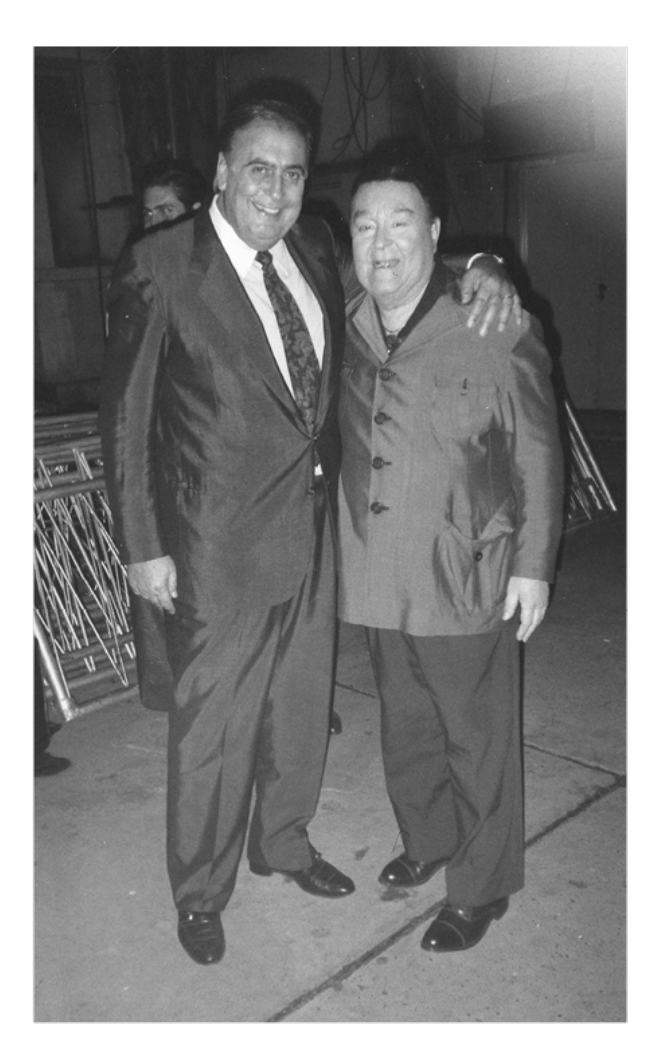
Con Mirtha Legrand en Potiche. Teatro Atlas,
Mar del Plata, 1990



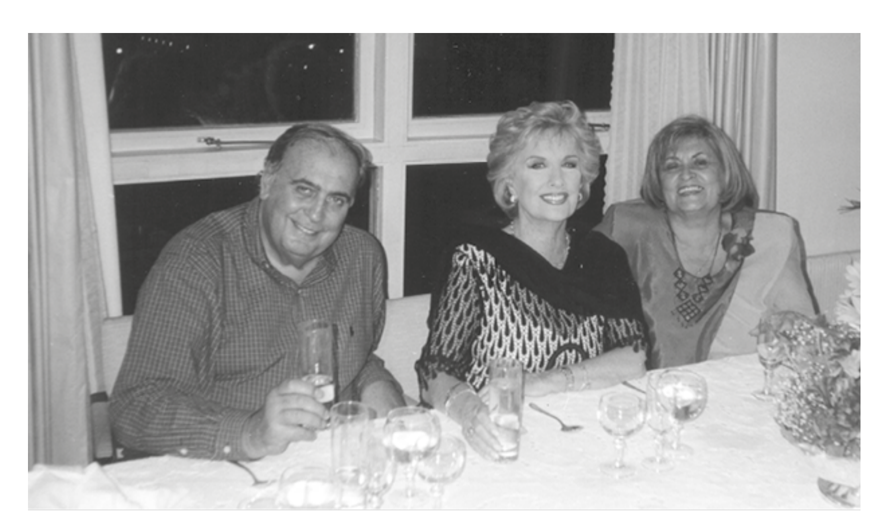
Con Carlos Basurto



Con Susana Giménez en Hola Susana, 2008



Con Alberto Castillo.
Canal 9, 1995



Con Edith y Mirtha Legrand, en Mar del Plata

La noche de los Martín Fierro

El premio justo

Juan Carlos Mesa recibió un galardón por su trayectoria y lo agradeció con un discurso conmovedor, que arrancó la mayor ovación de la noche. Cuando bajó, su hijo lo abrazó y después se acercó Susana a saludarlo.

Con S. Giménez al ganar el Martín Fierro a la trayectoria, 2006



Con su hijo y su esposa al ganar el Martín Fierro
a la trayectoria, 2006



Juan Martín Mesa, Juan Micheli, Gabriel Mesa, Cristian Judurcha, Juan Carlos Mesa (h) y Juan Carlos Mesa



Amigos de caminata en El Rosedal de Palermo



Disfrazado de Papá Noel para el programa El despertador,
2.° ciclo, Córdoba



Con Edith